

CERRANDO UN CICLO

Con este número estamos cerrando el ciclo que comenzamos en la edición de Enero-Febrero sobre el tema «Espíritu, alma y cuerpo». En el desarrollo de este ciclo hemos revisado los aspectos imprescindibles sobre la naturaleza tripartita del hombre, sobre cada una de sus partes, y sobre el lugar de cada una de ellas en el propósito de Dios para el hombre.

En este número enfatizamos lo referente al alma; en especial, los peligros de un alma insubordinada y rebelde en el servicio del cristiano. Gran parte de los estragos provocados en la iglesia a través de la historia se deben a esta causa. Sean problemas viejos o nuevos, de aquí o allá, si sondeamos para buscar las causas últimas, está involucrada el alma con sus mil argucias y su polifacética egolatría.

En este número, destacamos el artículo «El poder latente del alma», que es el capítulo primero del libro homónimo de Watchman Nee, continuación necesaria, obligada, de su conocido libro «El Hombre Espiritual». Detrás de Nee hay tres o cuatro autores de mucho crédito –que él mismo cita–, de probada autoridad en la enseñanza de las Escrituras. También resaltamos el artículo «Terrenal, animal, diabólico», de Derek Prince. Este autor inglés, que partió no hace mucho a la presencia del Señor, nos entrega una visión madura y reposada del movimiento carismático de las últimas décadas, y de sus virtudes y excesos.

También finalizamos aquí con la serie de mensajes que impartió el predicador norteamericano David Wilkerson en su visita a Chile en septiembre del año pasado, una voz profética muy oportuna en el tiempo presente.

Como siempre, entregamos este trabajo en las manos del Señor y de su pueblo, para que él lo unja y lo encamine hacia los corazones de sus amados.

Que así sea.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 7 • Nº 39 • MAYO - JUNIO 2006

UNA MIRADA PROFÉTICA

Renovando nuestra pasión por Cristo (4)

Cuarto y último mensaje de una serie de cuatro, que el predicador norteamericano impartió en Santiago de Chile, en septiembre de 2005. *David Wilkerson* 4

TEMA DE PORTADA

Fortaleciendo al hombre interior

La edificación de la Casa tiene etapas que son como los peldaños de una escalera. *Gino Lafrancesco* 11

El alma del hombre (continuación)

Basándose en la figura del rey Asuero, del libro de Ester, el autor describe los intrincados vericuetos del alma humana. *Christian Chen* 21

Hay que rendir el alma

El alma es el lugar de residencia del yo, ese hombre viejo del que es necesario despojarse. *Eliseo Apablaza* 29

LEGADO

En qué falla la Psicología

Aunque la Psicología postula la naturaleza dual del hombre, tiene que confesar la existencia de un tercer elemento. *T. Austin-Sparks* 37

El poder latente del alma

He aquí el primer capítulo del libro homónimo, continuación necesaria de «El Hombre Espiritual». *Watchman Nee* 44

Terrenal, animal, diabólico

¿Cuál es la causa de tanta confusión y división cuando se trata de las manifestaciones sobrenaturales? *Derek Prince* 57

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

John Hyde, apóstol de la oración

La maravillosa historia del misionero a la India, cuyo ejemplo de intercesión no tiene igual en la historia de la iglesia 73

Los novacianos

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada. *Rodrigo Abarca* 84

ESTUDIOS BÍBLICOS

Bosquejo de Rut. <i>A. T. Pierson</i>	89
El Tesoro de David Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon	90
Viendo a Cristo a través de los errores Un estudio de la Epístola a los Gálatas. <i>Stephen Kaung</i>	94
Los nombres de Cristo El Cordero. <i>Harry Foster</i>	103

BIBLIA

Los números en la Biblia «El número «40»	105
Preguntas & Respuestas	106
¿Cuánto sabe de la Biblia? Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos	108

APOLOGÉTICA

Todos íbamos a ser dioses Una mirada bíblica a la clonación. <i>Ricardo Bravo M.</i>	110
--	-----

REPORTAJES

La muerte de un gurú Milagros en una prominente familia hindú. <i>Rabi Maharaj</i>	116
--	-----

SECCIONES FIJAS

Joyas de Inspiración	10
Bocadillos de la Mesa del Rey	36
Cartas de nuestros lectores	120

* * *

Foto de portada: «Lago Calafquén» (Autor: Mario Contreras T.).
Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares
mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Renovando nuestra pasión por Cristo (IV).



Ofendido en Cristo

David Wilkerson

Vamos al libro de Mateo capítulo 11. Quiero hablarles sobre un tema que he titulado «Ofendido en Cristo». Versículos 2 al 6. *«Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y hacer saber a Juan las cosas que oís y veís. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí».* (En la versión inglesa, se lee en el versículo 6: «Bienaventurado es aquél que no halla ofensa en mí»).

La herida de Juan el Bautista

Juan el Bautista está en la cárcel. Su ministerio ha sido cortado después de haber ministrado durante más o menos un año; las multitudes se han ido. Ustedes recuerdan que los fariseos, los educados, los saduceos, venían a verlo, los soldados venían a escucharlo. Toda la nobleza, incluyendo al mismo rey, vinieron a escuchar a Juan. Es más, el mismo Jesús dio testimonio de él diciendo que no ha habido otro profeta mayor que Juan el Bautista.

Juan el Bautista era un estudioso del profeta Isaías. Él estaba en el desierto estudiando a los profetas. Sabemos que era un estudioso de Isaías, porque cuando en una ocasión le pre-

guntaron si era él el Cristo, él les citó a Isaías, diciendo: «No, yo soy la voz de uno que clama en el desierto». Cuando Juan estuvo en la cárcel, se le permitió mantener contacto con sus discípulos. Y sus discípulos venían a verlo para darle los reportes de lo que Jesús estaba haciendo en su ministerio. Yo imagino que los discípulos de Juan estaban presentes el día en que el Señor Jesús resucitó al hijo de la viuda de Naín. Es probable que le contaran: «Mira, Juan, mientras iba una comitiva a enterrar a un muchacho, vino Jesús y vio a la viuda, y levantó a su hijo que estaba en el féretro y lo resucitó». Dice la Palabra que ellos mismos le dieron testimonio a Juan diciéndole: «Ha venido temor a la gente, y la gente comienza a decir que hay un gran profeta que se ha levantado entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo».

Juan el Bautista. Este es un hombre del cual se dice que fue llamado. Cuando él bautizó a Jesús, él dijo: «Este es el Cordero de Dios». Este es el hombre que, refiriéndose a Jesús, dijo: «Yo debo menguar, para que él crezca». La Biblia nos dice que los discípulos de Juan le mostraron todas las cosas que Jesús estaba haciendo en su ministerio. Ellos estaban impresionados por los milagros que estaban sucediendo, y lo informaron a Juan. Pero Juan ya no está apasionado; hay una interrogante en su rostro, una pregunta en su voz. Dice: «Quiero que vayan delante de este hombre llamado Jesús, al que yo he bautizado, al que yo llamé el Cordero de Dios, y le hagan esta pregunta: ¿Eres tú aquel del que yo hablaba, o debemos esperar a otro?».

No entiendo qué es lo que le pasó a Juan el Bautista, para que este gran profeta, de un momento a otro, se encontrase en un valle de dudas. Este hombre había estado viviendo en el desierto por años, y ahora está encarcelado como un animal. ¿Te imaginas, entonces, la depresión en la que se encontraría? Él escucha a los guardias hablar, diciéndole: «Serás decapitado». Y qué tipo de devastación debe haber hecho Satanás en la mente de este hombre: «Predicabas que Jesús iba a librar a los cautivos, pero ¿por qué no ha venido a ti, Juan?».

Y comienza a escuchar los testimonios del ministerio de Jesús. Aquí hay un hombre que había sido duro con el pueblo. «Cuando este hombre venga, cuando este hombre aparezca, cuando su ministerio aparezca, él va a venir con un hacha en su mano, y va a ir directamente a la raíz del árbol; él va a traer fuego, y va a quemar todo aquello que se haya levantado contra el conocimiento del Padre». Y él escucha del ministerio de Jesús en una boda, cuando transforma el agua en vino; cómo se junta con los escribas, los fariseos y los saduceos; cómo come con los pecadores. Y aquí está Juan el Bautista, diciendo: «Esto no es lo que yo leí en Isaías; yo leí que este hombre vendría a traer juicio, y fuego caería del cielo». Pero comienza a ver a un Jesús que viene a hacer el bien, a un Jesús que envía a sus discípulos de dos en dos.

Déjenme decirles que Juan es un judío, y su mentalidad es netamente judía. Él pensaba que, cuando el Mesías viniera, iba a reunir un ejército para abatir al imperio romano, iba a

romper el yugo que había sobre los judíos, e iba a poner su trono en Jerusalén.

Y Juan empieza a escuchar reportes de que nadie respeta a este hombre, comienza a ver que en este hombre no hay el fuego; no ve el hacha; comienza a enviar a sus discípulos de dos en dos, no está reuniendo un ejército, como él pensaba. «Este no es de quien yo predicaba; esto no es lo que yo vi, este no es el ministerio del cual yo profeticé». Y de un momento a otro, se ofende, está herido; comienza a tener dudas, a tener expectativas no cumplidas. Llama a dos de sus discípulos y les dice: «Quiero que vayan donde Jesús y le pregunten, díganle que yo quiero saber: ¿Eres tú el Ungido, del que yo hablaba, o debemos esperar a otro?». Esto parece que fue dicho evidentemente delante de una multitud. Jesús les habla a estos dos discípulos de Juan, y les dice: «Siéntense y observen. Esto es lo que ustedes pueden ver; miren la escena». Jesús está realizando milagros; los cojos caminan, los ojos ciegos se abren; milagro tras milagro está sucediendo.

Jesús llama a los discípulos de Juan a un lado, y les dice: «Digan a Juan lo que ustedes ven: Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos caminan, y a los pobres les es anunciado el evangelio. Y denle este mensaje personal: Bienaventurado es el hombre que no se ha ofendido a causa de mí». Él le está diciendo a Juan: «No te ofendas porque piensas que lo que estoy haciendo es algo lento; no te ofendas por la forma cómo el reino se está manifestando; no te ofendas porque amo a

mis enemigos; no te ofendas por las expectativas que tenías y que ves que no se están llevando a cabo». En otras palabras, le está diciendo: «Esto va a hacerse a mi manera; el hacha va a aplicarse, el fuego vendrá; pero será a mi manera, en mi tiempo. No te ofendas».

Expectativas no cumplidas

Juan es un hombre perplejo. ¿Puede pasarles esto a los hombres de Dios, este tipo de ofensa, este sentimiento de expectativas que no se están realizando? Hombres de oración, que han dado sus vidas en el campo misionero, y que aun han sido martirizados; y para los cuales hay un tiempo en que todo aquello por lo que oraban, todo aquello que Dios había prometido, todo aquello que creían que era la voluntad de Dios, todo aquello que se recibía como la voz de Dios, ahora no está funcionando, las oraciones no están siendo respondidas; todo es lo opuesto de lo que yo creía que había escuchado de Dios. Es aquí donde Juan el Bautista está.

Yo preguntaba al Señor por qué ha puesto este mensaje en mi corazón, y no podía salirme de esta idea, porque el Espíritu Santo me decía que hay personas en este auditorio que están teniendo expectativas que no se han cumplido. Estás orando por algo que todavía no ha sido respondido. Tú no puedes enfadarte con Dios. Ese no es un motivo. Tú sabes que Dios es genuino y real; pero las cosas no están sucediendo como tú creías que iban a suceder. Las respuestas a tu oración no llegan en el tiempo que tú esperabas. Y hay preguntas muy den-

tro de tu alma: ¿Por qué; Señor? ¿Por qué no has cumplido tu promesa, luego de todas mis oraciones?

Conocí a un joven que acababa de regresar del campo misionero, muy quebrantado. Me dijo: «Hace cinco años fui a ese país; tuve una visión, tenía una promesa, que Dios iba a hacer algo grande en esa nación. Yo era un hombre quebrantado, con una visión por las almas, y sé que Dios me envió a ese país. Pasaron cinco años; no fui recibido, mi familia no fue bien recibida, y ninguna cosa que creí que Dios me había dicho ha sucedido. He estado lleno de temores; he sido rechazado, no veo frutos. Y el pequeño fruto que estoy viendo, parece ser que se desvanece, y me siento tan desanimado. Me he vuelto a la pornografía». Un joven precioso, un hombre de oración. Era como un hijo espiritual, pero estaba tan decaído, tan desalentado. Sentía ofensa dentro de su corazón. «¿Por qué me has enviado a un desierto, y has dejado que me seque?». Estaba tremendamente quebrantado.

El Señor lo ha sanado desde esa vez, y ha renovado su llamado a este joven. Y yo me pregunto en esta noche, ¿a quiénes les estoy hablando? Yo siento que el Espíritu Santo está hablándoles a través de este vaso, porque siento que algo está pasando dentro de tu corazón.

Un amigo pastor había orado mucho por una unción. Quería que su pequeña iglesia creciera. Él era de otro país, un hombre de Dios, probablemente uno de los hombres más íntegros que he conocido, un hombre que predicaba bajo una unción preciosa.

Pero muchas de sus expectativas no se estaban cumpliendo. Y él se puso una vez al lado del camino, y dijo: «Dios, ¿qué quieres de mí? ¿Mi sangre? ¿Qué estás esperando de mí? ¿Cuándo voy a ver la gloria de Dios? ¿Cuándo voy a ver las almas venir? ¿Cuándo vas a escuchar mi clamor?».

Ahora, él es el pastor principal en la iglesia en Nueva York, porque Dios escuchó su oración. Porque la parte más difícil de la fe es la última media hora, justo antes de cuando Dios te va a responder; y cuando estamos a punto de renunciar, Dios comienza a actuar.

La evidencia de la incredulidad es que tú dejas de orar acerca de aquello que Dios te dijo. Te rindes acerca de su promesa, renuncias a lo que Dios te prometió, ya no sigues orando sobre ello, y llegas a la conclusión de que seguramente no escuchaste bien la voz de Dios. «Este deseo fue algo carnal, debe haber sido el enemigo». Y comienzas a dejar de lado la visión.

No renuncies a la visión

Tengo una palabra directa desde el trono de Dios: No renuncies a la promesa que Dios ha puesto en tu corazón; no renuncies a la visión que puso en tu corazón. Es una mentira del diablo. El Señor te dice: «Sé paciente». Y esto es lo que Jesús quería de Juan: «Ten paciencia conmigo, Juan. Yo sé quién eres, conozco tu corazón. Sigue siendo el profeta, sigue siendo la voz, y tu recompensa vendrá pronto. Pero no te ofendas de mí, no te molestes conmigo.»

¿Estás ofendido? De repente, hay

algo dentro de tu corazón que se siente ofendido. «Señor, bendices a todos los que están alrededor mío. Veo lo que haces con ese hombre, lo que haces con esa mujer, ¿y por qué te has apartado de mí?».

Hace un tiempo atrás, recibí una carta de un hombre que había estado varios años en el campo misionero; era una carta muy triste. Se notaba frío. Él había tenido una carga por las almas, y no veía frutos. Sólo tenía un pequeño grupo de creyentes, y se desalentó. Me dijo: «Hermano, he comenzado a jugar un juego. Debo ser uno de los hombres más desanimados en el campo misionero. He estado yendo a conferencias misioneras, y sé como poner el rostro; sonreír, y le muestro a todo el mundo de que todo está bien». Y dijo: «Estuve en una conferencia, y muchas personas vinieron a mí porque pensaban que yo tenía tanta paz. Estas personas vienen esperando que yo les aliente, y yo les aliento. Luego vuelvo a mi cuarto, y entro yo mismo en un desaliento tremendo. Me he convertido en un charlatán, y he llegado a concluir que Dios me ha fallado. Nada de lo que él me prometió llegó a suceder». El dijo: «Me enojé. Ahora he estado de regreso en los Estados Unidos por quince años. Ahora soy un chofer de camión».

En una de las rutas, él tenía que ir a la ciudad de Nueva York, y un día llegó a Times Square Church. Lloró durante todo el servicio, y el Señor renovó su llamado. Y esto es lo que me dijo: «Ahora sé por qué me sentía equivocado: nunca tuve raíces, nunca profundicé en la Palabra; sólo busqué

resultados, no atendía a la Palabra, no estaba buscando a Dios, no estaba buscando mi satisfacción en el Señor; estaba juzgando mi caminar con Dios solamente por los resultados».

Si usted empieza a juzgar su ministerio de esa manera, entonces el apóstol Pablo debió ser el hombre que más fracasos tuvo en el campo misionero. Ahora, este hombre del que les estoy hablando, el Señor lo restauró, y está por ir al campo misionero otra vez. Miren, cuando Dios quiso conquistar Roma, envió a un hombre. Pablo fue en cadenas; terminó en una pequeña casa, y allí tuvo su primera reunión. Llamó a algunos judíos a reunirse con él, y comenzó a predicar. Ellos le dijeron: «Ni siquiera te conocemos». Pablo estaba encadenado a un guardia; para ellos, él era *un terrorista convertido*; estaba arrestado en una casa, nadie lo conocía. Y esta fue la casa que el Espíritu Santo usó como oficina central para Roma.

Dios, en esa pequeña casa, con un hombre, va a tocar un imperio. No había videos, no había pastores asociados. Allí ya no está Bernabé ni los otros. Pablo estaba solo, y la Biblia dice que él estaba contento. No tiene carisma; no es un excelente predicador. La gente hablaba de él como un mal predicador. No sé si tenía una voz chillona. No tenía carisma, pero no había ni un solo músculo tenso en su cuerpo, estaba en completa paz, porque Dios lo había enviado.

«Dios me puso aquí, y él se moverá de la forma en que quiera moverse. Yo solamente voy a venir a Jesús, voy a estar contento en Cristo. Y me voy a sentar aquí, y oraré, y voy a

ofrecerme a mí mismo. Señor, envía a quien tú quieras enviar. No puedo salir, no puedo usar la publicidad. Estoy atado y encadenado a un guardia; ni siquiera puedo comprar cosas en el mercado». Pero aun así, esa fue la oficina central del avivamiento, por dos años, allí en la parte trasera de un pasaje.

Hombres satisfechos en Cristo

Dios no está buscando un plan, Dios está buscando a un hombre, un hombre contento, satisfecho en Cristo, que sabe que tiene un llamado de Dios. No hay contradicciones, no hay preguntas. «Señor, tú me enviaste acá, tú me pusiste acá; tú me llamaste para tí, así tenga resultados o no. Te voy a conocer como nadie te ha conocido. He sido llamado a conocer quién es Jesús». Y la gente comenzará a venir, uno a uno, dos a dos, judíos y gentiles. Nunca construyó un templo, no tuvo más que esa simple casa; pero de esa casa salieron misioneros, evangelistas, que fueron a todo el imperio romano.

Tú me dirás: «Tengo una pequeña iglesia, no tengo muchos resultados». Dios no está contando números en la iglesia. Pablo dice «que yo pueda conocerlo, que pueda yo saber quién es él. Y si lo conozco, él enviará gente a mí, que estará dispuesta a conocerlo como yo lo conozco». Pastor, tú, llénate del fuego, y la gente va a venir a ver cómo te quemas. Spurgeon dijo eso hace mucho tiempo atrás.

El Espíritu Santo está aquí. Está viniendo en contra de esa mentira, de ese desánimo. El diablo te ha estado diciendo, hermana, que esa tristeza, ese cansancio que tienes, es cáncer. Estás escuchando mentiras. Te está diciendo que tus hijos se van a perder, que no estás haciendo bien tu trabajo; está tratando de derribarte con sus mentiras.

Tengo setenta y cuatro años de edad, he predicado ya por cincuenta años, y puedo decirles que Dios ha cumplido cada promesa. No hay una sola palabra que él no haya cumplido. ¡Él no va a fallarte jamás! ¡Aleluya, gloria sea a Jesús!

* * *

Sembrando

Es bien conocido que los mercaderes de trigo llevan consigo pequeños saquitos de grano con los que muestran las diferentes calidades de la mercancía que tienen a la venta.

Ahora, permítidme que pida a cada uno que lleve consigo un saquito con este precioso trigo del evangelio. Cuando escribas una carta, deja caer una palabra en favor de Cristo; puede ser una simiente que eche raíces... Di una palabra en favor de Cristo doquiera que vayas; puede ser la semilla productiva de mucho fruto. Deja un tratado en un mostrador o en una casa; puede ser la semilla de una cosecha abundante. El lugar más difícil, la montaña más empinada, el lugar en que haya menos esperanza de obtener fruto, éste es el primer lugar que debes atacar; y cuanta más labor se requiera en la distribución de las semillas, más devolverá.

James Sherman

EL EVANGELIO DESHARRAPADO

Después de leer el Evangelio de Lucas por primera vez, cierta adolescente dijo: «¡Oye, Jesús tenía una tremenda y radical inclinación por los harapientos!». Esa joven había llegado a una conclusión importante.

Jesús invertía una porción disparatada de tiempo con gente que es descrita en los Evangelios como siendo: pobres, ciegos, cojos, leprosos, hambrientos, pescadores, prostitutas, cobradores de impuestos, perseguidos, marginales, cautivos, poseídos por espíritu inmundos, todos los oprimidos y sobrecargados, toda la ralea que no tiene ningún conocimiento de la ley, multitudes, pequeños, menores, lo último, y las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Resumiendo, Jesús vivía constantemente con los desheredados.

Obviamente, su amor por los fracasados e insignificantes no era un amor exclusivo – eso meramente habría sustituido un prejuicio de clase por otro. Él se relacionaba con afecto y compasión con gentes de las clases media y alta no por causa de sus conexiones familiares, respaldo financiero, inteligencia o presencia en la columna social, sino porque también eran criaturas de Dios. Aunque en los Evangelios el término *pobre* englobe a todos los oprimidos que dependen de la misericordia de otros, se extiende también a aquellos que confían enteramente en la misericordia de Dios y aceptan el evangelio de la gracia – los pobres en espíritu (Mt. 5:3).

La preferencia de Jesús por gente de menor envergadura y su inclinación por los desheredados, es un hecho irrefutable de la narración del Evangelio. Como dice el filósofo francés Maurice Blondel: «Si usted quiere realmente comprender a un hombre, no sólo oiga lo que dice, sino observe lo que hace».

Uno de los misterios de la tradición del evangelio es esa extraña atracción de Jesús por los que no tenían nada de atractivo, ese extraño deseo por los que no eran nada deseables, ese extraño amor por los que no tenían nada de amable. La clave de este misterio es, naturalmente, Abba. Jesús hace lo que ve hacer al Padre, él ama a aquellos que el Padre ama.

Brennan Manning

La edificación de la casa de Dios tiene etapas que son como los peldaños de una escalera, en los cuales hay que avanzar con todos los santos hasta llegar a la plenitud de Cristo.

Fortaleciendo el hombre interior



Gino Iafrancesco

Lectura: Efesios 3: 14-23.

La escala ascendente

En el anterior texto vemos una progresión, una gran escalera donde el eslabón posterior descansa en el anterior y éste a su vez en su anterior. La edificación de la casa de Dios, con todos los santos, para la plenitud de Cristo, que es el último eslabón, tiene etapas o eslabones anteriores que son necesarios para que se pueda dar aquel último. La Palabra de Dios nos dice (Génesis 28) que Jacob en Betel vio una escalera; aquí veremos algunos escalones de esa escalera.

Comienza diciendo Pablo: «Por esta causa». Pablo vio primero algo de Dios, y la causa de Dios, porque lo que nos dicen los capítulos 1 al 3 de Efesios

es el propósito eterno de Dios, la identidad de la Iglesia y el lugar de la Iglesia en ese santo propósito. Esa es la causa por la cual la intercesión de Pablo se comprometió. Primeramente vio el propósito de Dios; vio el significado de la Iglesia para Dios y el lugar de la Iglesia en el propósito de Dios. Pero nosotros podemos caer en la tentación de quedarnos solamente con la conversación acerca de una visión mística de la Iglesia. El Señor no quiere que nosotros solamente conversemos acerca de esa hermosa y mística visión de lo que para él es la Iglesia en la Palabra de Dios, sino que Dios realmente quiere tener a la Iglesia como esposa para sí, como Cuerpo para su Hijo, como

vehículo para su Espíritu, como morada para su plenitud.

Primer eslabón: Vida en Cristo

Eso requiere un trabajo muy íntimo de Dios; primero con cada uno de nosotros personalmente; es decir, para que Dios tenga la Iglesia que él quiere realmente, él tiene que trabajar en serio, sin miramientos; verdaderamente tomarnos en Sus manos y hacer una obra verdadera. Cuando la obra del Señor es verdadera, se siente; a veces duele; no siempre hay dolor, pero es una doradura verdadera, porque Dios realmente está dorando, realmente está transformando, y eso significa que Dios se mete con nosotros inequívocamente, con todas nuestras cosas; en cualquier área de nuestra vida, la que menos imaginemos, llega el momento en que Dios pone el dedo allí y dice: «Esto lo voy a tratar ahora usando este método que sólo yo sé que es el apropiado. Hasta aquí he tratado otras cosas, pero le llegó el turno a esta parte».

Vemos que esa edificación que realiza Dios de su morada para su plenitud, se hace de una manera muy práctica con un tratamiento muy verdadero en cada uno de nosotros, primero como individuo, pero el tratamiento de Dios en cada individuo, pasa después a ser un tratamiento sobre nosotros como Iglesia.

Segundo eslabón: Ser fortalecidos en el hombre interior

Dios trabaja con cada individuo, con las personas de los redimidos, tratando a cada uno como un caso especial. Luego el Señor trata con las interrelaciones de los individuos,

como Iglesia. Él hace un trabajo con cada uno personalmente para poder hacer un trabajo con la Iglesia colectivamente. Sucede que a veces falta que dejemos a Dios trabajar en nuestras personas en lo individual, y eso impide que avance el trabajo colectivo del Señor con la Iglesia. Eso nos enseña que el trabajo esencial del Señor es en nuestras personas, para luego sí trabajar verdaderamente con la Iglesia. El verso 16 dice: «...*para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*». Aquí encontramos el primer blanco en esta escalera. Pablo está orando para que alcancemos un primer blanco; nuestra intercesión debe llegar a entender en espíritu la intercesión de Pablo; y quiera Dios que ésta llegue a ser nuestra intercesión. Es de temer que en muchos de nuestros casos, pocas veces hayamos intercedido por esta causa. El ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu de Dios, es el primer objetivo por el cual debemos comprometernos para orar unos por otros, para orar por cada uno de nuestros hermanos.

Si este primer paso no se da, si no somos fortalecidos con poder en nuestro espíritu, podemos hablar mucho, podemos tener una visión, pero no vamos a tener la realidad de esa visión, porque la realidad de esa visión se da con el fortalecimiento del hombre interior. Uno puede saber lo que debiera ser, puede conocer los ideales, pero si no somos fortalecidos con poder en el hombre interior, no podemos poner en práctica los ideales que tenemos. Así que la primera necesidad es la vida, el

fortalecimiento del hombre interior. El apóstol Juan en su primera epístola en el capítulo 5:16 dice:

«Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida».

Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte – es decir, que Dios no haya tenido que decidir su muerte–, pedirá a Dios y Dios le dará vida; eso significa que los creyentes pecamos porque tenemos un fluir de vida un poco restringido; aunque tenemos la vida del Señor en nuestro espíritu, su circulación a través del resto de nuestro ser es muy débil todavía; no es fortalecida, y porque es débil somos capaces de hacer cosas que ofenden a Dios y a otras personas; no somos lo suficientemente consagrados. ¿Y eso a qué se debe? A que estamos cortos en el fluir de vida. Cuando la Palabra dice que si alguno viere a su hermano cometer pecado – ahí está la intercesión– que no sea de muerte, pedirá a Dios para que él le dé vida, y Dios le dará vida. En Efesios 2 dice que Dios, cuando estábamos muertos en delitos y pecados, nos dio vida juntamente con Cristo. La primera necesidad que tenemos en la nueva creación es la de la vida. La vida es el comienzo, y esto que dice: «ser fortalecidos con poder en el hombre interior», es una cuestión de vida. Casi siempre estamos dados a criticar, a juzgar, a sentenciar, pero a nadie se va a levantar o a ayudar con esa actitud; solamente pidiendo vida. Esa es la primera necesidad que cada uno como

persona necesita, ser fortalecido en su hombre interior.

Tercer eslabón: Que habite Cristo en nuestro corazón

El anterior objetivo ya logrado es el requisito para un segundo objetivo más avanzado que es el que aparece a continuación de para qué debemos ser fortalecidos en el hombre interior. Lee-mos a continuación (verso 17): *«...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones».* Recapitulando, tenemos que interceder; doblo mis rodillas ante el Padre por esta causa, porque conozco lo que Dios quiere, porque veo lo que la Iglesia es para Dios, veo el lugar de la Iglesia en ese propósito, y para que ese propósito empiece a cumplirse, necesitamos primero vida, y luego ser fortalecidos en vida en el hombre interior. Eso es lo principal. No actividades religiosas; no posturas que uno suele tener, sino vida; realmente lo necesario es la vida, el poder del hombre interior. La Palabra

Uno puede saber lo que debiera ser, puede conocer los ideales, pero si no somos fortalecidos con poder en el hombre interior, no podemos poner en práctica los ideales que tenemos. Así que la primera necesidad es la vida, el fortalecimiento del hombre interior.

allí nos dice que ese ser fortalecido en el hombre interior, es «*para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*». Realmente la vida del Señor, el fortalecimiento del hombre interior debe fluir del interior al exterior. El Señor Jesús identificó el hombre interior como nuestro espíritu. El Señor Jesús dice en Juan 7:38: «*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*».

Y luego en el verso siguiente explica San Juan por el Espíritu Santo: «*Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*». Eso nos confirma que hay un fluir como ríos del Espíritu desde el interior. Cuando la Escritura dice «de su interior», esa palabra de en el idioma griego es *ek*, de donde tenemos esas raíces en castellano: éxodo, exterior, externo; *ek* significa salir, de dentro hacia afuera; se trata de una preposición griega que en la gramática se dibuja como una especie de círculo y una flecha saliendo, para dar idea del significado de la preposición: salir de. Tengamos muy en cuenta que al decir desde su espíritu, significa que la vida del Señor pasa del espíritu humano al alma.

Por eso dice a la Iglesia —no lo está hablando a incrédulos, lo hace a la Iglesia, que ya tiene al Señor en su espíritu—: «para que habite», como si no habitara. Pero no dice en su espíritu sino «en vuestros corazones». Hay que entender lo que significa corazón en la Biblia, porque cuando Pablo dice a la Iglesia que sean fortalecidos en el hombre interior para que Cristo habite en sus corazones, si uno piensa que

ya lo recibió en el corazón, entonces, ¿cómo dice para que habite en el corazón de los santos, si ya son santos porque recibieron a Cristo en el corazón? Hay que entender qué quiere decir «el corazón» en la Biblia. Debemos entender qué es ese habitar de Cristo en el corazón por medio del fortalecimiento del hombre interior por medio del fluir del Espíritu de Dios por el espíritu del hombre hacia el alma del hombre; ya que en la Biblia dice que el corazón es el alma más la conciencia del espíritu. En la Biblia se ve que nuestro espíritu es la parte más íntima de nuestro ser, o sea el Lugar Santísimo del templo de Dios. El espíritu tiene tres funciones principales: La de la conciencia, como dice la Palabra, «*un corazón limpio... un espíritu recto dentro de mí... al corazón contrito y humillado no despreciarás tú*». La contrición es una cuestión de la conciencia; así que la conciencia del hombre está relacionada con su espíritu; la conciencia es una función del espíritu. Dice la Palabra: «*Y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo*». Es con nuestro espíritu que recibimos las certezas que nos da el Espíritu de Dios. Dice en Romanos 8:16 que: «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*». Las otras funciones del espíritu humano son la intuición y la comunión con Dios.

El alma tiene funciones diferentes a las del espíritu, como la de la mente. Hay un versículo que dice: «*Mi alma sabe muy bien...*», de modo que la que sabe las cosas, eso de saber, de pensar, de razonar, esas funciones mentales corresponden al alma. Pero tam-

bién toda la gama de emociones corresponden al alma. En la Biblia el alma es la que se alegra, la que está triste, la que se enoja, a la que se le dio la gana; y la voluntad es también del alma. Ahora al conocer las funciones del alma y las de la conciencia del espíritu, y vemos qué es lo que hace el corazón, descubrimos que el corazón es la relación del alma con la conciencia del espíritu, porque la Palabra dice que del corazón mana la vida.

La vida viene del Espíritu de Dios a nuestro espíritu, pero no viene para quedarse quieta sino para fluir, para manar del espíritu al alma; desde lo más íntimo de nuestro ser, desde la intuición y percepción y de la comunión que experimentamos cuando estamos en la presencia de Dios, y experimentamos en el espíritu el fluir de vida. Ahí tiene que manar; de (*ek*) su interior correrán; ese manar es hacia el exterior de nuestro ser. Cuando en el Antiguo Testamento Dios simbolizaba la casa de Dios con el templo, del Lugar Santísimo, debajo del trono, fluía el río de vida, pero el río de vida salía del Lugar Santísimo, pasaba al lugar santo, luego pasaba al atrio, y por último salía hasta las naciones y hasta el mar; desde debajo del trono de Dios en el Lugar Santísimo fluía el río hacia afuera. Aquello era la tipología, pero hoy es la realidad.

El río de Dios es el Espíritu y la casa de Dios somos nosotros; el Lugar Santísimo es nuestro espíritu, el Lugar Santo es nuestra alma y el atrio es nuestro cuerpo. Eso nos enseña que el plan de Dios es que la vida de Dios, que se manifestó en Jesucristo y que nos es suministrada por el Espíritu

Santo, ha llegado primero a nuestro espíritu y desde allí debe correr a nuestra alma; es decir, «vuestro interior sea fortalecido para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones». El corazón tiene sus funciones un poco más exteriores que el espíritu, pues el espíritu es más íntimo que el corazón humano; en cambio el corazón está relacionado con la conciencia del espíritu, pero es, por así decirlo, la puerta por donde mana la vida. «*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida*» (Proverbios 4:23). La puerta para que el Espíritu del Señor salga de las profundidades, de la intimidad, hacia el exterior, es el corazón. Si estudias en la Biblia cuáles son las funciones del corazón, verás que son las mismas que las de nuestra alma, de manera que decir corazón y alma es casi lo mismo, con la diferencia que cuando dices corazón, estás diciendo algo más, pues encierra la conciencia del espíritu.

Porque, ¿cuáles son las funciones del corazón? Dice la Biblia: «...*pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios*» (1 Juan 3:20-21); es decir, que esa función de la conciencia, de reprender o no, es del corazón. Ahí vemos la función que, con el espíritu humano, tiene el corazón, la de la conciencia. También en Hebreos 4:12 dice: «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intencio-*

nes del corazón». Aquí se refiere también a funciones del alma, porque las intenciones las ejerce con la mente y la voluntad. Existe un fluir desde el interior hacia el exterior, del espíritu al alma, al corazón.

La vida que todo hijo de Dios ya tiene, está muy profundamente guardada en nosotros. Mas muchas veces en nuestro pensamiento—porque cuando decimos corazón hay que desglosar, porque los pensamientos son del corazón, las intenciones son del corazón, la conciencia es del corazón, las emociones son del corazón—podemos decir, sí, Cristo habita en mi corazón, yo acepté a Cristo en mi corazón. Es muy fácil decirlo, pero realizarlo es diferente. Tener a Cristo morando en mi corazón significa que Cristo está morando en mis pensamientos. Pero cuántos hijos de Dios tenemos pensamientos donde no mora Cristo. Quiere decir que el proceso de habitación de Cristo en el corazón es algo más complejo; que Cristo habite en mis pensamientos, habite en mis emociones, necesita un proceso, un desarrollo, porque cuántos hijos de Dios tenemos emociones de ira, de pereza, de rebeldía, de adulterio, o de cualquiera otra cosa, y somos legítimos cristianos y tenemos al Señor en nuestro espíritu, mas nuestras emociones aún no están lo suficientemente controladas o habitadas por Cristo, y si no estamos fortalecidos en el hombre interior, esas emociones se nos vuelven un gigante difícil de manejar y controlar. Pero si somos fortalecidos en el hombre interior, éste controla esas emociones, trae sujetos los pensamientos a la obediencia a Cristo,

pone la voluntad en acuerdo con la voluntad de Dios, porque es un fluir de Cristo que viene desde adentro hacia afuera.

Esa es una ley espiritual: Todo lo de Dios está en Cristo; todo lo de Dios y Cristo, está en el Espíritu; todo lo del Espíritu viene a nuestro espíritu, y todo lo de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que está en nuestro espíritu, tiene que formarse, transfundirse en nuestros pensamientos, intenciones, emociones, conciencia; es decir, en nuestros corazones. En 1 Corintios 14:15, cuando Pablo habla de orar en el espíritu, dice: *«Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento».* En el versículo 13 dice: *«...el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla».* El entendimiento pertenece a la mente del alma, el corazón, pero en el espíritu se está intercediendo, mas se da el caso en que, como la mente es un poco más exterior, no logra interpretar la oración del espíritu, y es por eso que Pablo exhorta diciendo (verso 14): *«Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto».* Por eso es necesario pedir en oración poder interpretarla, para que la luz de la vida no se quede sólo en el espíritu sino que alumbre los ojos del entendimiento y fluya desde el interior hacia el exterior y desde el hombre interior habite también en el corazón.

Todo eso es un proceso. Recibir al Señor nos dio la vida; estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, pero al unirnos al Señor nos limpió de nuestros pecados y nos dio vida y Es-

píritu. Luego la segunda etapa es en el corazón; ya es un trabajo más serio. El trabajo de Dios es verdadero. Para que Cristo habite en mis pensamientos, Dios tiene que tener un combate con mi mente, con los hábitos mentales míos, con los pensamientos, con las mentiras que he aceptado como verdades y que están en nuestros pensamientos. El ya habita en mi espíritu, pero es necesario que habite en mis pensamientos. Hay una muy marcada relación de los pensamientos con los sentimientos, porque según lo que pienso y siento, hago. De ahí que diga el Proverbio 23:7: «...*cual es su pensamiento en su corazón, tal es él*». Según lo que la persona piensa con su corazón, eso se vuelve. Si el diablo te dice una mentira como una verdad y aceptas esa mentira como verdad, empiezas a sentir equivocadamente y a actuar también equivocadamente. Para corregir la conducta es necesario corregir el sentir, y para corregir el sentir se debe corregir el pensar, y demostrar dónde está la mentira del diablo, porque una mentira no se puede expulsar como si se tratara de un demonio, pues el demonio es una persona, y existen engaños de demonios en la persona; el demonio puede salir, pero si la mentira queda, esa mentira no se puede exorcizar, se tiene que desmentir con la verdad.

Ese trabajo de la inhabitación de Cristo en el corazón es una operación quirúrgica minuciosa, verdadera del Señor con nuestros hábitos mentales, sentimientos decisivos; en ese proceso Dios está operando. Dios quiere verdaderamente algo para sí mismo; él quiere fluir en nosotros y que nues-

tros pensamientos estén de acuerdo con los suyos, pero a menudo él piensa una cosa y nosotros otra, porque sus pensamientos no son los nuestros, de manera que nuestros pensamientos tienen que aprender a sujetarse a Cristo; y ese es un trabajo largo de Dios, que sólo se puede hacer con el fortalecimiento del hombre interior.

Antes de fortalecer el hombre interior, no se tenían ganas, y ahora se tienen; pensabas mal, ahora piensas bien; estabas opaco, ahora estás luminoso, porque fuiste fortalecido en el hombre interior. Pero ahora tus pensamientos necesitan ser inhabitados por Cristo. Tus pensamientos, tus determinaciones, deben ir siendo cada vez más cristalinos, más transparentes. Un vaso, si está limpio, le pones agua, y si alguien toma de esa agua, sabe a agua porque es pura y el vaso está limpio. Pero si el vaso no es limpio, aunque el agua sea limpia, el vaso le añade un sabor diferente o raro. Es agua, pero además tiene algún elemento extraño. Nosotros somos ese vaso sucio; tenemos el tesoro pero en vasos de barro. Cuando nos encontramos con nuestros hermanos, aparentemente todo está bien, pero siempre hay un saborcito extraño que debe ser tratado; en ese sabor raro no está habitando Cristo, sino que hay un elemento viejo que debe ser renovado por el Espíritu. Esa es una verdadera operación de Dios, y no se trata sólo de una doctrina linda sino de una operación quirúrgica que Dios hace con cada hijo, con toda nuestra personalidad, porque él quiere reflejarse a través de nuestra personalidad; nuestra personalidad debe ser purificada, renovada.

Cuarto eslabón: Comprender las medidas de Cristo

En los anteriores escalones hemos hablado de un proceso a nivel individual; ahora entra la etapa a nivel colectivo. El fortalecimiento del hombre interior tiene como objetivo la inhabitación de Cristo en el corazón, y esto tiene como objetivo el presente eslabón sucesivo, y para ello nos ubicamos de nuevo en los versos 17-19a: *«...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento...»*. ¿Para qué tiene el Señor que hacer ese trabajo en el corazón hasta que lleguemos a atender la guianza de Dios y la voz interior? Para que «seáis capaces de comprender con todos los santos» las medidas de Cristo. Un individuo no puede comprender él solo las medidas de Cristo, sino que las tiene que comprender colectivamente. Para que yo pueda ser capaz de comprender con mis hermanos las medidas de Cristo, debo ser antes tratado en mi corazón, de lo contrario no voy a aceptar a mi hermano. Voy a aceptarme a mí mismo, pero no creo que Dios pueda decirme algo a través de otro hermano. Es por eso que es necesario que Dios entre a operar en cada uno de nosotros para aprender a comprender colectivamente. Una cosa es comprender algo individualmente, y otra es que cuando estamos juntos, entre todos comprendemos más porque lo

que uno comprende individualmente es una cosa, pero lo que comprende con los otros es mayor.

El hermano Watchman Nee daba un ejemplo muy precioso en un mensaje de un libro llamado «Pláticas adicionales sobre la vida de la Iglesia», que trata sobre unos temas que él compartió antes de ser encarcelado por 20 años. Él decía que si un vaso de vidrio está quebrado en muchos pedacitos, puede ser que no falte ni uno solo de los pedacitos de vidrio; ahí están todos; pero, ¿cuánta agua pueden contener los pedacitos de vidrio? Un pedacito sólo puede contener cierto nivel, pero cuando todos los pedacitos están formando un vaso, no solamente puede contener la suma de lo que cada uno puede contener, sino algo más. Por ejemplo, si uno puede contener 2 y otro 2, van 4, y otro 2, van 6, y otro dos, van 8... 24... 32... 40. Si cada uno de nosotros contiene 2, lo que contenemos separados es 40; pero si los juntamos, ya no sólo vamos a contener 40, sino 2.000, 5.000; porque al vaso unido le cabe más que al vaso quebrado. Como personas individuales, hasta cierta medida podemos contener, pero como Iglesia estamos destinados a contener la plenitud, pero esto es algo muy serio.

Hermano, quizá vas a aprender que los mayores sufrimientos que vas a tener en tu vida, tal vez no vayan a provenir del diablo, o de los enemigos; a lo mejor los vas a recibir de las personas más queridas, de los más cercanos, de los más amigos; vas a ser profundamente herido, a lo mejor criticado o expuesto o avergonzado, o a lo mejor menospreciado, o desprecia-

do, o ignorado; pero esos sufrimientos los vamos aprendiendo para que no nos portemos de esa manera con los demás.

Uno no puede darse cuenta de cómo es uno con otros, hasta que otro es con uno como uno es con otros, entonces es cuando nos damos cuenta. Ahí tenemos el ejemplo de Jacob. Él no se daba cuenta que él era Jacob, el tramposo, el usurpador. Dios tenía un propósito con Jacob y necesitaba tratar con él, y Dios sí sabía dónde iba Jacob a aprender, y para ese fin lo encaminó hasta donde Labán, su tío. En la relación con el tío no sólo se trató de cambiarle la piel al ganado, sino que el tío le cambió la esposa, le cambió el salario 30 veces. Nos damos cuenta de lo que le hacemos a otros cuando nos lo hacen a nosotros. El Señor nos trata verdaderamente. Si alguno se va a escapar de ser tratado, se va a quedar muy fuera de la Iglesia, lejos del plan de Dios; si realmente queremos caminar por el camino de Dios, tenemos que aceptar muchas disposiciones del Señor que nos pueden molestar o que nos pueden herir, porque hay que aprender a comprender con todos, y esto es muy difícil. Es muy difícil ponernos de acuerdo con personas que miran distinto, que tienen diferente temperamento, distinto carácter; unos son extrovertidos, otros introvertidos; unos son acelerados y otros perezosos.

Quinto eslabón: La Iglesia llena de la plenitud de Dios

Es necesario aprender a ser un solo vaso unido y no uno quebrado. Dice en el verso 19b: «...para que seáis lle-

nos de toda la plenitud de Dios». Dios ha destinado a la Iglesia como vaso para su plenitud; pero para que la plenitud de Dios quepa en la Iglesia, ésta tiene que estar bien coordinada como un solo Cuerpo, y esa coordinación, ese empalme del uno con el otro es doloroso para la carne pero bueno para el espíritu, porque Dios no nos pone con las personas que queremos. Si dependiera de nosotros la decisión, escogeríamos las personas que queremos, pero Dios tiene otros hijos, quizá con los que uno no quisiera estar, y Dios te pone con ellos y debes aprender a tragar saliva, a soportar y a sufrir; y eso es hasta negarte a ti mismo, y negarse él a sí mismo, que no quede nada de él, y no quede nada de ti, y quede Cristo en él, y quede Cristo en ti.

Ahí halla lugar la plenitud de Cristo. Esto no es nada teórico; el Señor no está contento con las teorías y bibliotecas llenas de los temas de la Iglesia; eso está muy bien, pero no es suficiente; él quiere una verdadera Iglesia, y que aprendamos a integrarnos unos con otros, así no sean nuestros amigos; variedad de todo hay en la Iglesia.

La Palabra dice: «*el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu... seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos...*». Qué difícil es «*comprender con...*»; es muy fácil estar seguro de mi opinión, estar seguro de mi prudencia, de la interpretación clara de la doctrina, y no tengo por qué escucharle al otro la otra interpretación, y lo refuto y lo menosprecio antes de oírlo. Hay que tratar de entender al otro y reconocer que tam-

bién él tenía razón y que me enriquece con lo que yo no veía y a lo mejor Dios lo enriquece con lo que yo digo, y ya no soy yo solo viendo dos y él solo viendo dos, sino juntos vemos diez, porque por el juntarse dos y dos son cuatro, pero cuatro tienen relación con ocho y se aumenta la unión; esto es algo muy práctico y hay que aprender a no guiarse por los gustos naturales, sino dejar que las disposiciones de Dios prevalezcan como Dios haya ordena-

do las circunstancias en su vida, con las personas que él quiera, sean agradables o no.

Algo tienes que aprender en ese medio porque no es suficiente la vida individual, sino el comprender con todos, las medidas de Cristo, y luego llegar al último eslabón, «*para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*», destinada a los santos, pero como Cuerpo. Este es el camino que nos espera.

* * *

Al borde de la eternidad

"Muerdo antes de completar mis días; mi cuerpo será devuelto a la tierra para alimento de los gusanos. Este es el destino de aquel que fue llamado el gran Napoleón. Cuán grande es el abismo entre mi profunda miseria y el reino eterno de Cristo". (*Napoleón Bonaparte*).

"Las aguas están subiendo, pero yo también. ¡No voy a quedar debajo, sino encima de ellas! No se preocupe por la muerte – viva bien, y la muerte será normal". (*Catherine, esposa de William Booth, fundador del Ejército de Salvación*).

En un breve testamento, el gran pintor y escultor italiano Miguel Ángel dice: "Entrego mi alma a Dios, mi cuerpo a la tierra, mis bienes a mis parientes más próximos. Muerdo en la fe de Jesucristo y en la firme esperanza de una vida mejor". Sus últimas palabras fueron: "Durante toda la vida, recuerden los sufrimientos de Jesús".

"Trascurrieron 50 años desde que llegué a ser Califa. Riquezas, honras, placeres – tuve todo eso. En este período tan largo de aparente felicidad, conté los días en que realmente fui feliz: Catorce". (*Califa Abd-Er-Rahman III*).

"Hay una cosa que disipa todo placer de mi vida: la sospecha de que la Biblia esté en lo cierto. Si al menos tuviese la certeza de que la muerte es un sueño eterno, yo sería feliz. Pero aquí está lo que hiera mi alma: Si la Biblia es verdadera, yo estoy perdido para siempre". (*Un ateo*).

"Yo voy con la alegría de un niño que va corriendo hacia la escuela. Me siento tan fuerte en Cristo". (*Misionero Adoniram Judson*).

"Por la gracia soy lo que soy. Vivo en Cristo y la carne no precisa temer a la muerte". (*Reformador John Knox*).

"Nada más quiero a no ser el Cielo; por eso, no me moleste más". (*Philip Melancthon, en respuesta a la pregunta de su yerno si quería alguna cosa*).

Basándose en la figura del rey Asuero, del libro de Ester, el autor describe los intrincados vericuetos del alma humana.

El alma del hombre

(Continuación)



Christian Chen

Características de una persona anímica: la expresión del alma

Por medio de la figura de Asuero, vemos cómo el alma expresa la riqueza y abundancia de Adán y, al mismo tiempo, su decadencia. Al estudiar el libro de Ester a la luz del Nuevo Testamento, se ve que la primera mitad del capítulo 1 expresa la capacidad y riqueza del alma. La segunda mitad de ese capítulo muestra un hombre torcido, un hombre cuyo orden —espíritu, alma y cuerpo— está invertido. El comportamiento de Asuero en el libro de Ester muestra las expresiones del alma anormal, o las características de un hombre anímico.

Exhibición de sí mismo: Autopromoción

La primera característica de una persona anímica es mostrarse a sí mismo, es decir, la autopromoción. La primera impresión que Asuero mostró es que tenía manía de grandeza. Todas las personas anímicas poseen esa característica. Primeramente, él ofrece un banquete a todos sus príncipes, siervos y nobles de 127 provincias de su reino para mostrar las riquezas de la gloria de su reino y el esplendor de su excelente grandeza durante 180 días. Después, ofrece otro banquete, tanto para los mayores como para los menores, a fin de mostrar la bondad y el gran corazón del rey para con su pueblo.

A fin de reforzar su respeto por las mujeres, el rey instruyó a Vasti a ofrecer también un banquete para las mujeres. Asuero pensaba que con eso estaría dando una oportunidad para que la reina mostrase su hermosura, así como él estaba mostrando sus riquezas y gloria. En realidad, al mostrar la belleza de la reina, la capacidad de elección del rey estaría siendo indirectamente exhibida. La hermosura de la reina Vasti era una demostración y resultado de su buen gusto y excelencia en escoger. No es difícil percibir que el alma no solamente ama exhibirse, sino que emplea técnicas y eficiencia en ello. Si se trata de mostrarse, entonces, que sea de la mejor manera posible y que el resultado sea el mejor. Las personas vieron la grandeza del rey durante 180 días; era imposible no admirarlo.

El alma no sólo gusta de exhibirse; al mismo tiempo, no escatima esfuerzos para crear oportunidades de ser vista. Cierta vez, el padre del rey Luis XV estaba discutiendo con respecto al capítulo 1 del libro de Ester. El consejero del rey dijo: «No consigo entender cómo el rey Asuero tenía tanta paciencia para soportar un banquete de 180 días». El padre del rey dijo: «Yo no logro entender de dónde obtuvo tanto dinero para dar un banquete de 180 días». En realidad, si entendemos que Asuero representa a nuestra alma, no nos será difícil entender estas exageraciones.

Para apuntar al blanco de su auto-proclamación, no faltan al alma paciencia e ideas. Raramente está tranquilo el que aprecia mostrarse. Cuando alguien se está exhibiendo, esa persona habla

mucho. Cierta vez, dos amigos conversaban; a uno de ellos le gustaba mucho hablar. De principio a fin de la charla, uno hablaba, en tanto el otro no decía una sola palabra. El amigo parlanchín estaba alegre, de buen humor, y dijo al otro: «¡Qué bueno! Nuestra conversación ha sido muy buena». Otra vez, alguien preguntó: «¿Saben por qué en la mayoría de las familias el abuelo muere antes que la abuela? Porque el abuelo terminó de hablar lo que tenía que hablar, mientras que la abuela aún tiene mucho que decir». Ciento ochenta días de exposición no eran una carga para el rey Asuero; él tenía paciencia de sobra. En verdad, formas de hacer esa exposición no faltan. Muchas esposas suspiran diciendo: «Necesito un vestido para salir». Entonces compran varios ‘un vestido’ para salir. Cuando el alma humana decide mostrarse, difícilmente hallará obstáculos.

Al describir los siete días de banquete en Susa, la Biblia no menciona los manjares con que era provista la mesa. Por el contrario, lo que llamó la atención fue la belleza, la gloria del local del banquete y cuán libremente, tanto los mayores como los menores de la ciudad de Susa, podían divertirse en los jardines de palacio; cómo subían a los asientos de oro y plata del rey, y cómo utilizaban toda suerte de utensilios para beber vino. Si hubiesen sido utilizados vasos de cerámica, no afectaría al sabor del vino; sin embargo, beber en copas de oro da al usuario un sentimiento muy diferente, pues los utensilios de oro proporcionan una sensación de grandeza e importancia a quien los usa. Lo mismo puede decirse en relación a los

aposentos del lugar del banquete. Ahora, lo que se observa es que todo el lugar del banquete fue preparado de manera que suscitara en las personas un sentimiento de admiración al rey. De esa forma, se puede ver que Asuero sabía muy bien cómo preparar un ambiente para mostrarse. Muchas personas son así, preparan ambientes suntuosos para que los demás puedan tener una impresión fuera de lo común.

Alguien visitó Japón y quedó impresionado con el desayuno japonés. Los japoneses llena la mesa con toda clase de platos grandes y pequeños, y en cada uno de ellos colocan apenas un trocito de 'tofu' o unas rodajas de nabo, o algunos granos de maní. Mas, como la mesa está repleta de platos, eso transmite a las personas una sensación de abundancia. Ahora, ¡las personas quieren tomar café y no apreciar los platos! No obstante, muchas veces esa es la impresión más profunda que las personas ofrecen.

Tal vez Asuero, en su corazón, tenía un sentimiento de grandeza a causa de las dos conquistas que había hecho: la extensa área que dominaba – 187 provincias desde la India a Etiopía– y la más bella reina. Esconder esas dos conquistas era muy difícil para Asuero. Los dos banquetes eran como dos exposiciones para mostrar al mundo sus grandiosas conquistas. El alma es como un niño que recibió un nuevo juguete y quiere mostrarlo a todos. Es imposible, en ese momento, no hacer barullo para llamar la atención de los demás. Una persona anímica aprecia exhibirse. Después de recibir la salvación, si ella tiene algunas experiencias espirituales, no per-

derá oportunidad de contar lo que aprendió en la presencia de Dios. Si obtuvo alguna luz o fue victoriosa en alguna situación, será aún más difícil que se la guarde para sí.

¡Quién pudiera ser como Pablo, que tuvo una experiencia del tercer cielo, y después de muchos años, habló brevemente al respecto! El hombre carnal no puede tener experiencias espirituales, porque querrá exponerlas para que todos lo sepan.

Como vemos, esa es la expresión del alma; el hombre natural quiere que los demás lo vean, pues le gusta ser el centro de la atención. Mas, quien de hecho tiene riqueza espiritual se asemeja a una perla que espera silenciosamente por la persona que la busca. En Isaías 6 está escrito que los serafines son como los ángeles, pero tienen seis alas. Ellos utilizan dos alas para cubrir su rostro a fin de que nadie vea su belleza; otras dos para cubrir sus pies, para que su servicio no sea visto, y dos para volar. Aquí podemos ver cuán grande es la diferencia entre lo que es espiritual y lo que es del alma.

Actuar según sus propias decisiones

La segunda característica de una persona anímica es actuar según sus propias intenciones. Una persona que tiene una fuerte vida del alma es conocida por su voluntad. La historia del rey Asuero demuestra que la parte más fuerte y firme de él era su voluntad. La palabra Asuero significa rey en la versión original. La mayor característica de un rey es su voluntad, cuyo poder está por sobre todas las otras en el reino, para derribar cualquier otra voluntad. Muchas veces el alma da su-

gerencias que son como decretos reales – su cumplimiento es indiscutible.

Esa es la razón del sufrimiento de las personas que están a nuestro alrededor. Asuero no era sólo un rey; era un rey persa. La orden de un rey persa era ley en el reino, era inmutable; la severidad de las leyes persas es bien conocida. Está registrado en Ester 8:8: «...porque los decretos hechos en el nombre del rey y sellados con su sello no se pueden revocar». Después de destituir a Vasti, Asuero se arrepintió, pero nada podía hacer más allá de pensar en ella. Cuando Ester, llorando, suplicó a su marido que revocase el decreto hecho por Amán en nombre del rey, sus lágrimas conmovieron el corazón del monarca, mas él no podía modificar su decreto. Hay un caso semejante en Daniel 6. Después de ser acusado de violar el decreto del rey persa, Daniel tuvo que ser lanzado en

el foso de los leones. El rey deseaba mucho librar a Daniel, pero estaba impedido por su propio decreto y nada podía hacer. Lo interesante fue que Daniel pasó una noche en paz en aquel lugar, mientras que el rey perdió el sueño. Al romper el día, el rey se levantó y corrió al foso de los leones. Triste por la incertidumbre, preguntó a Daniel si estaba bien. El tiempo que Daniel pasó con los leones fue un periodo en el cual el rey se sintió prisionero de su propia ley; fueron como esposas en sus muñecas.

Menosprecio de sí mismo

La tercera característica de una persona anímica es el menosprecio de sí misma. El nombre Asuero también significa ‘Deseo ser una persona tranquila y pobre’. A primera vista, parece que esa expresión no es apropiada para el personaje de Asuero, pues él no era pobre. Una persona tranquila ciertamente no buscaría su autopromoción. Asuero no era pobre ni tranquilo, pero su nombre significaba ‘quiero ser una persona tranquila y pobre’; entonces él en verdad se estaba menospreciando a sí mismo.

Supongamos que un hermano diga: «Mi carnalidad es muy grande y yo soy el peor de todos». Él puede decir eso de sí mismo, pero los demás no pueden atreverse a decir Amén. Si alguien dijese que ese hermano está en lo correcto, él quedará muy enojado. El menosprecio es una forma disfrazada de orgullo. Algunas veces las personas se desprecian a sí mismas para que otros vean cuán humildes son, cuán frecuentemente cargan la marca de la cruz, cuán mansos y espirituales son. En rea-

Algunas veces las personas se desprecian a sí mismas para que otros vean cuán humildes son, cuán frecuentemente cargan la marca de la cruz, cuán mansos y espirituales son. En realidad, ese tipo de actitud es otra forma de autopromoción; por lo tanto, es una característica del alma.

lidad, ese tipo de actitud es otra forma de autopromoción; por lo tanto, es una característica del alma.

Cierta vez, un joven hermano necesitaba ayuda, y buscó a un hermano de más edad y más maduro en el Señor para decirle: «Hermano, ore por mí. Pida al Señor que me vuelva una persona que nada posee». El hermano de edad le respondió: «Hermano, Dios ya oyó tu oración. Ahora, levántate, y por fe, aprópiate de la Palabra de Dios que dice: Nada sois». Solamente la cruz puede hacernos decir, del fondo del corazón, que nada somos.

Autojustificación

La cuarta característica de una persona anímica es la auto justificación. La historia de Asuero nos causa la impresión de que todo lo que él hace está correcto; ya sea destituir o coronar a la reina, ya sea engrandecer a Amán u honrar a Mardoqueo. Con todo, Asuero se arrepintió de haber destituido a la reina y se airó con Amán, mas parece que él no sabía pedir disculpas. Siendo un acto del rey, aunque estuviese errado, lo que Asuero hacía era tenido como 'correcto'. Sin embargo, esto no significa que la conciencia del rey estaba siempre en paz. Por ejemplo, él tomó dos decisiones: primero, pidió que la reina viniese a su presencia durante el banquete, sin haber consultado a sus siete consejeros. Esa decisión fue un acto apresurado, tomado bajo la influencia del alcohol. Una vez consumado el hecho, él quiso cuestionarse al respecto. Él ya sabía lo que quería hacer, mas como su conciencia le incomodaba, resolvió consultar a los otros. Eso no significa que él estaba

reflexionando sobre el asunto; demuestra, más bien, que su conciencia lo intranquilizaba, lo cual resultó en la incertidumbre de sus hechos. Así, pues, Asuero necesitaba de alguien que concordase con aquello que estaba en su corazón, legitimando, de esa manera, la destitución de la reina.

Lo más interesante es que Memucán, oportunamente, contribuyó con hermosas palabras. De esa manera, el rey empezó a tener una sensación de paz en la conciencia. Se dijo a sí mismo que había obrado rectamente al destituir a la reina. Eso es la autojustificación. Esa figura describe con precisión a una persona anímica. Muchas veces la persona ya tomó una decisión, pero en su conciencia siente que algo no marcha bien; entonces, corre para consultar a un hermano que tenga experiencia espiritual, preguntándole si debe o no proceder de esa forma. En realidad, antes de consultar al hermano, él ya sabía que estaba errado; mas, como en su corazón deseaba hacerlo, vacila entre dos actitudes. Él busca la ayuda de Memucán, y si el hermano de mayor experiencia no hace el papel de Memucán, su propio corazón corrupto se vuelve un perfecto Memucán. Empezará a argumentar consigo mismo, levantando innumerables excusas hasta encontrar las mejores. El resultado es validar la belleza de las palabras de Memucán, apagando así la voz de la conciencia.

Cuando la conciencia está adormecida, todo lo que se hace parece correcto. Por ejemplo, ¿por qué había un hermano acusando a otro en la iglesia en Corinto? ¿Es que nadie sabía que aquello era vergonzoso? Al principio,

todos se sentían inconfortables con aquello, pues la conciencia dejaba en evidencia que estaba errado. Mas Memucán contribuyó grandemente en esos conflictos, y a veces la persona hasta encuentra algunos versículos bíblicos que intenta adecuar para justificar su proceder.

Cuando Pablo perseguía a la iglesia y derramaba sangre inocente, Memucán le decía que le estaba prestando un servicio a Dios; por eso, su conciencia se adormeció. De la misma manera sucedió con Jonás; Dios quería enviarlo al oriente, mas él fue para occidente, subió al barco y se durmió. Lo increíble es que, aun desobedeciendo la orden de Dios, él pudiese dormir tranquilamente, porque Memucán le decía: «Tú estás haciendo esto por el pueblo de Dios. Si Nínive se arrepiente, Dios permitirá que ella crezca; entonces esa gente se levantará y oprimirá al pueblo de Dios. Tú eres un héroe, te estás desterrando y sacrificando por causa del pueblo y el testimonio de Dios». Entonces, Jonás creía que su acción era digna de encomio, por eso podía dormir. Dios tuvo que enviar una gran tempestad para despertarlo. Una persona anímica necesita pasar por la obra de la cruz para que su conciencia despierte y perciba que es víctima de la autojustificación.

Amor propio y autocompasión

El hombre anímico es un individuo que tiene amor propio y autocompasión. Al leer el libro de Ester nos preguntamos si finalmente Asuero amaba o no a su esposa. Parece que amaba a Ester, porque en tres ocasiones dijo que le daría hasta la mitad de

su reino. ¿O esta fue sólo una figura de lenguaje usada por Asuero? Si él tomara en serio lo que dijo, sólo era necesario decir dos veces que obsesquiaría a Ester todo su reino. Había un hermano que usaba esa frase de Asuero para alegrar a su esposa: «¿Cuál es tu petición? Te daré hasta la mitad de mi reino». La esposa respondía inmediatamente: «¡Muchas gracias! No tengo el valor de tomar la mitad de tu reino, porque la contabilidad de tu reino está en bancarrota». Si pensamos que hay seriedad en las palabras de Asuero, entonces, ¿cómo se explica el hecho de que él no quería ver el rostro de Ester durante treinta días? No sabemos lo que Ester pensaba; tal vez ella dijera que no necesitaba de la mitad del reino, sino que la mitad de una hora en un día la satisfaría. Asuero amaba a Ester a su modo, y no a la manera de Ester.

Por otra parte, ¿cómo amaba Asuero a Vasti? Él era un esposo cariñoso, y creó la mejor oportunidad para que ella luciera su hermosura en presencia del pueblo y de los príncipes de la tierra. Si eso no es por amor, ¿qué es entonces? Pero descubrimos que Asuero se amaba a sí mismo por encima de todo, y la mejor prueba de ello fue su reacción cuando su voluntad se vio contrariada. Para salvarse, destituyó a la reina. Así son las personas llenas de amor propio. Aunque amen a su esposa, aman más bien aquel ‘amor de amar a la esposa’. Nosotros amamos a otra persona, también amamos a nuestros hermanos; sin embargo, la persona anímica no ama al hermano, sino que ama ‘el amor de amar al hermano’, porque considera que

‘amar al hermano’ es una realización espiritual para exaltarse, mostrándose amorosa para con el hermano. Por eso, ella ama ese amor. Una forma de poner ese amor a prueba es observar nuestra reacción cuando alguien a quien amamos hiere nuestra alma. Podemos entonces descubrir si nuestro amor es verdadero o falso.

¡Dios nos ayude para no exaltar-nos a nosotros mismos! No hablemos tan fácilmente del amor cristiano. Es preferible que seamos honestos y digamos que nos amamos a nosotros mismos. Amar el yo es la raíz de nuestra vida. Por eso, la cosa más importante y más amable de este mundo es el yo. Cuando miramos la fotografía de un grupo donde estamos nosotros, ¿cuál es la primera persona que veremos ver? Es a nosotros mismos. Cierta vez, un hermano estaba con su esposa escogiendo algunas fotos para imprimir. Al final, serían reveladas las fotos que escogiese la esposa, y las restantes serían desechadas. El hermano descubrió que las fotos en que él salía bien fueron dejadas de lado, pero todas las imágenes en que ella se veía bien fueron reveladas. Sabemos entonces quién ama a quién. Cuántas veces el hombre usa su amor propio para decidir sus actos. Revivimos muchas veces la historia de Asuero. Nuestro amor propio es tan profundo que el mínimo daño nos transforma en feroces leones.

Dos hermanos conversaban, cuando uno de ellos dijo: «Gracias a Dios, yo no soy nada orgulloso». A lo cual el otro respondió: «Si yo fuese tú, no tendría de qué enorgullecerme». Es claro que el primero se molestó y res-

pondió de inmediato: «Despacio, tú tienes lo mismo que yo tengo para enorgullecerte». Cuando el alma se siente herida, contesta de inmediato. Y cuanto mayor es la herida, mayor será su reacción, al punto de no tratar a su hermano como hermano, y considerar más importante protegerse. Un hermano, al compartir la Palabra en las reuniones, utilizaba con frecuencia frases espirituales famosas, sin citar la fuente, y daba la impresión de que esas frases eran de su autoría. Naturalmente, los demás hermanos hallaban que él era muy bueno, que su espiritualidad era muy profunda. Pero había otro hermano en la congregación que leía mucho, y por ello conocía el origen de las citas, y decía públicamente de quién eran, todas las veces que el otro hacía las alusiones. Por ejemplo, si el hermano en el púlpito decía: «Cuando el trigo madura, se inclina hacia abajo», el otro hermano decía: «Eso dijo Madame Guyon». Si el que estaba compartiendo decía: «El orgullo tiene una muerte lenta y también la más difícil de morir», el otro gritaba: «¡Esa es una frase de Darby!». Después de algún tiempo, el hermano que exponía la Palabra no se contuvo, y dijo en alta voz: «¡Cierra la boca ahora!». Instantáneamente, el otro replicó: «¡Esa frase es de él!». ¡Aquella era producción propia, no un préstamo!

Cuando el yo es fastidiado, la inmediata reacción del hombre natural revela su naturaleza original. Eso nos permite percibir, innumerables veces, que a pesar de decir que ama al hermano, en realidad la persona a quien más ama es a sí mismo.

No se restringe a sí mismo

Una persona anímica no se pone limitaciones a sí misma. Por medio de la destitución de una y de la coronación de otra reina, podemos ver que el rey Asuero era un hombre muy obstinado. Una persona que actúa conforme a la carne no tiene principios; ella obra según el viento. Siempre actúa en busca de su propio beneficio; irá donde sus sentidos encuentren comodidad, y actúa conforme sus impulsos. Cierta estudiante tenía en su corazón una orientación definida durante el desarrollo de una exposición oral, mas por un descuido, algunas palabras lo llevaron en dirección opuesta. Lo que él no esperaba era el hecho de haber sido muy aplaudido por sus palabras. Emocionado, dijo algunas palabras más, contrarias al pensamiento original. Como el público reaccionó positivamente, él tomó un nuevo rumbo, desechando la orientación inicial. La dirección de su pensamiento debería ser clara y coherente del principio al fin; sin embargo, escogió la dirección opuesta al pensamiento original. Eso es falta de principios.

Destituir o coronar a una reina es muy importante; no es un juego de niños. La actitud de Asuero fue decep-

cionante. Él destituyó a Vasti como si se estuviera mudando de ropa. Todo lo que no le agradaba, él lo removía. Coronaba lo que le era agradable. Se volvió esclavo de sus propios sentimientos. ¿No somos necios como Asuero en muchas de nuestras decisiones importantes? A un hermano que se estaba mudando a los Estados Unidos, le gustó mucho un apartamento que vio para alquilar. Le gustó el apartamento porque en la sala había una linda alfombra que daba al ambiente una impresión singular. Firmó el contrato de alquiler sin dudar. Después de cambiarse, se dio cuenta que el baño estaba al lado afuera del departamento, pero era demasiado tarde. Otro hermano decidió casarse cuando conoció a una muchacha de grandes ojos castaño oscuros. Después de la boda, el ya no recordaba si los ojos de ella eran castaño oscuros o blancos, a causa de los graves conflictos que surgieron entre ambos. Esa es la situación de una persona anímica. Solamente la cruz puede tratar con esa persona, para que no dé prioridad a los planos de la carne, restringiendo a su propio espíritu. (*Fin*)

(Tomado del libro *Una vislumbre del libro de Ester*. Traducido desde el portugués).

* * *

Todo es transitorio

Vemos en la orilla del tiempo los naufragios de los Césares, los restos de los mongoles y las últimas reliquias de los otomanos. Carlomagno, Maximiliano, Napoleón, ¡todos ellos han pasado como sombras delante de nosotros! Eran, y ya no son; pero Jesús es para siempre. En cuanto a las casas de los Hohenzollern, los Güelfos o los Habsburgos, han tenido su hora de poderío, pero el Hijo de David tiene todas las horas y todas las épocas como suyas.

C. H. Spurgeon.

El alma es el lugar de residencia del yo, ese hombre viejo que está corrompido, y del que es preciso despojarse.



Hay que **rendir** el alma

Eliseo Apablaza

Dos hombres

Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Cor. 15:21-22).

Noten ustedes que en el versículo 21 dice: «...por un hombre...», y luego dice: «...también por un hombre...». Es decir, aquí hay dos hombres. ¿Qué entró por el primer hombre? «...la muerte». ¿qué entró por el segundo hombre? «...la resurrección de los muertos». Noten ustedes que son dos cosas muy contrarias: la muerte y la resurrección. Un hombre trajo la muerte; el otro, la resurrección.

Aquí no se dicen los nombres de estos hombres, pero en el versículo 22 están. Así que el versículo 22 nos ayuda a entender el 21. «Porque así como en Adán todos mueren –ahí está el hombre de la muerte–, también en Cristo todos serán vivificados» –aquí está el hombre de la resurrección de los muertos. ¡Bendito es el Señor Jesús!

Leamos ahora el 15: 45: «Así también está escrito: fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante». Aquí se sigue hablando de estos dos hombres. Se menciona aquí a Adán, el primer hombre; y, en vez de mencionarse a Cristo en el segundo caso, se dice «postrer Adán». Pero, si nosotros mi-

ramos el contexto, se refiere a Cristo también.

¿Qué se dice en este versículo acerca del primer Adán? Que es un *alma viviente*. Y, ¿qué se dice del postrer Adán, es decir, Cristo? Que es *Espíritu vivificante*. Miren qué interesante: Adán se asocia con el *alma*, y Cristo con el *espíritu*.

Los seres humanos tenemos tres partes, de afuera hacia adentro: cuerpo, alma y espíritu. Hay uno que es visible —el cuerpo—, y dos invisibles —alma y espíritu. Y aquí se dice que Adán es alma viviente, y Cristo, espíritu vivificante. Esto no significa que Adán haya sido sólo alma; lo que significa es que Adán era una persona que vivía por su alma. Su alma era la que gobernaba, la que regía su vida.

Pero de Cristo se dice que es espíritu vivificante, lo cual no significa que Cristo no haya tenido cuerpo ni alma. Cristo tenía cuerpo, alma y espíritu, lo mismo que nosotros. Pero, si Adán vivía *por el alma*, Cristo vivía *por el espíritu*. Dicho de otra manera, Adán era una persona anímica (o almática), y Cristo era una persona espiritual.

De manera que, resumiendo, hay dos hombres: Adán y Cristo. Por uno se introdujo la muerte, por el otro la resurrección. Uno vive por su alma, el Otro vive por su espíritu. Lo que gobierna a Adán es su alma; lo que gobierna a Cristo es su espíritu.

Veamos ahora el versículo 47: «*El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo*». Aquí tenemos de nuevo a los dos hombres. Del primero se dice que es de la tierra, terrenal. Y del segundo hombre, que es el Se-

ñor, se dice que es del cielo, es celestial. Por lo tanto, aquí de nuevo contraponemos: Adán, terrenal; Cristo, celestial.

Para que un hombre sea terrenal, ¿qué se requiere? Según el versículo 45, que lo gobierne el alma, que viva por el alma. Y para que un hombre sea celestial, o sea, del cielo, ¿qué se requiere? Que viva por el Espíritu.

Y noten ustedes algo más: Cuando dice ‘alma viviente’, y luego dice ‘espíritu vivificante’ (v. 45), se hace otra diferencia más entre Adán y Cristo. Adán vive para sí, vive centrado en sí. Pero cuando dice que Cristo es espíritu vivificante, la palabra ‘vivificante’ implica dar vida a otros. Es decir, el espíritu que vivifica es el espíritu que imparte vida a otros.

Nosotros, los hijos de Dios, tenemos dentro de nuestra naturaleza, cuerpo, alma y espíritu. Y por causa de que tenemos alma y espíritu, tenemos —esto es muy importante, lo vamos a subrayar— dentro de nosotros a Adán y a Cristo. En nuestra alma hay un hombre terrenal, viviente; un hombre que quiere gobernarse solo. Un hombre al cual en otras partes de la Escritura se le llama *el hombre viejo*. Pero también, gracias a Dios, en nuestro espíritu, más adentro del alma, tenemos a Cristo.

Y entonces tenemos aquí dos personas —Adán y Cristo—, que quieren gobernar dentro de nuestro corazón. Uno quiere vivir para sí; el otro quiere vivir para Dios y para los demás. Y por eso surgen muchas luchas, y surgen dificultades. Sin embargo, nosotros —que tenemos el espíritu, y a Cristo por el espíritu y en el espíritu— queremos vivir la vida de Cristo.

Es un problema éste, ¿no es cierto? ¿Usted ha enfrentado este problema? Lo estamos viviendo todo el tiempo: Adán y Cristo, ahí están, luchando en nosotros; uno en el alma, y el otro en el espíritu. Gálatas lo dice así: *«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais»* (v.17).

Veamos cómo resolvía Juan el Bautista este gran problema que hay con nosotros, un problema que él también tenía. *«Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe. El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos»* (Jn. 3:30-31). Aquí en estos dos versículos aparece de nuevo el hombre celestial y el hombre terrenal. Y Juan se identifica, por supuesto, con el terrenal. Y, cuando habla del Señor, dice *«...el que viene del cielo es sobre todos»*, es del cielo, es celestial. Por eso, en el versículo 30 dice: *«Es necesario que él –Jesús, el hombre celestial, el hombre espiritual– crezca, pero que yo mengüe»*.

Y, ¿qué diremos nosotros? ¡Amén! Nosotros nos vamos a poner en el lugar de Juan, para decir con él: «Es preciso que él crezca, y que yo mengüe». Es preciso que él –el Hombre espiritual– crezca, y que nosotros –los hombres alámicos– mengüemos.

Desvestirse y volverse a vestir

Ahora, ¿por qué es tan necesario que nosotros mengüemos, que Adán mengüe? ¿Saben por qué? Porque este Adán es un canalla. Nosotros, a ve-

ces, casi jugamos un poco con estos términos: carnal - espiritual. Pero no es para jugar, porque Adán es un canalla, un homicida.

Alguien puede decir: «Adán no mató a nadie, que sepamos». Pero cuando Caín mató a su hermano Abel, era la naturaleza de Adán la que se manifestó. Lo que Caín hizo, matando a Abel, lo heredó de Adán. El asesino que había en Caín, lo heredó de Adán. Y Adán no sólo es un homicida: es envidioso, es malvado, es iracundo, es individualista, es orgulloso, es soberbio... Y el gran problema, hermanos, es que Adán también está en nosotros.

Hay algunas corrientes doctrinales que dicen que, luego que nosotros hemos recibido al Señor, Adán desaparece de nosotros. Que nosotros ya no pecamos más, que ya estamos libres de todas estas cosas de la tierra, terrenales. Pero eso no es verdad.

El apóstol Pablo reconoce que en nosotros hay dos hombres. Veamos en Efesios – porque todo lo que estamos afirmando tiene que tener base en la Escritura; si no tiene base en la Escritura, entonces estamos hablando invenciones, cosas ficticias. Veamos lo que dice Efesios 4:22-24: *«En cuanto a la pasada manera de vivir, despojados del viejo hombre...»*. Si a alguien se le dice que se despoje de algo, es porque lo tiene, ¿verdad? El viejo hombre está. Y se lo dice a los hermanos de Éfeso, que son hermanos maduros, porque ustedes saben que la epístola a los Efesios es una de las epístolas más profundas de toda la Escritura. Y porque Pablo les escribe estas profundidades espirituales a los

¿Cuánta distancia hay entre Cristo y nosotros, según la Biblia? No la hay. Entre el Señor y nosotros no hay distancia, porque somos miembros de él, miembros de su cuerpo, y él no está separado de sus miembros.

hermanos de Éfeso, no debemos pensar que ellos eran impecables. No; no eran intachables, como tampoco nosotros lo somos. Por eso Pablo les dice: «Despójense del viejo hombre», «...que está viciado conforme a los deseos engañosos». ¿Qué significa estar viciado? Estar contaminado, corrompido. Algo está viciado cuando se ha echado a perder. El viejo hombre – Adán– está corrompido, y sus deseos son engañosos, no son reales.

En lo negativo, dice: «Despojaos». Y en lo positivo, ahora dice: «...y renovaos en el espíritu de vuestra mente». Noten ustedes que no dice: «Renovaos en vuestra alma». El alma, la mente, no es capaz de renovarse. Es el espíritu de la mente el que tiene que ser renovado. Pablo dice también en otro lugar: «Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento» (Rom. 12:2). Y aquí dice: «...renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad».

El punto aquí es desvestirse de algo

y vestirse de otra cosa. Es como cuando uno se cambia ropa. Nosotros no nos ponemos la ropa limpia encima de la ropa sucia. Primero hay que desvestirse de un hombre antiguo, viciado, corrompido, echado a perder, para luego vestirse del nuevo hombre. Ya sabemos el nombre de estos dos hombres, así que podemos decirlo así: «Despojaos de Adán, el canalla, y vestíos de Cristo».

Pasemos ahora a Colosenses 3:9-11: «No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos». Aquí aparece otra característica de Adán, otro adjetivo: es mentiroso. Pero si se trata de ponerle adjetivos a Adán, en la Biblia podemos encontrar cientos. Todos los adjetivos oscuros, malvados, diabólicos, le vienen a él. «...con sus hechos». Claro, porque Adán hace muchas cosas que no convienen. Versículo 10: «...y revestido del nuevo –del nuevo hombre– el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno». Aquí entonces, de nuevo, se habla de renovar.

Los números en la Biblia son muy importantes. El hecho de que este pasaje, casi calcado, aparezca tanto en Efesios como en Colosenses le da mucha fuerza, porque en la Escritura el dos habla de un testimonio firme, porque hay al menos dos testigos. «Por el testimonio de dos o tres testigos, conste toda palabra», dice la Escritura (Mat. 18:16).

Este hombre nuevo se va renovando hasta el conocimiento pleno. Adán no se renueva nunca; está siempre dando vueltas en el mismo punto, con sus

envidias, con sus prejuicios, con su malignidad. Adán está estancado en el mismo punto.

Cuántas veces en nosotros se da algo así. Nosotros nos estancamos en un determinado momento de nuestra historia. A veces hemos tenido experiencias espirituales muy hermosas hace cinco años atrás, y nos quedamos anclados ahí, con orgullo y vanagloria. O bien si alguien me ofendió, me hirió, hace dos años atrás, yo me quedo ahí. Adán no se renueva.

A veces ocurre que hasta una misma verdad espiritual la tomamos, y no nos renovamos. El Señor quiere ir aumentando su luz en nosotros, dándonos más revelación. Él quiere que lo sigamos a él, y sin embargo nosotros nos quedamos atrás. Y esas verdades de ayer se transforman en doctrinas frías, sin vida, muertas. Hay muchas doctrinas en la cristiandad que son cosas muertas. Falta la renovación del entendimiento para seguir avanzando hasta el conocimiento pleno.

Versículo 11: «...donde no hay griego ni judío...». ¿Dónde es que no hay griego ni judío? En el nuevo hombre, en Cristo. «...circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos». Aquí no es Cristo solo, sino Cristo con todos sus miembros. ¿Cuánta distancia hay entre Cristo y nosotros, según la Biblia? No la hay. Entre el Señor y nosotros no hay distancia, porque somos miembros de él, miembros de su cuerpo, y él no está separado de sus miembros. Estamos unidos a él; por tanto, Cristo es el todo y en todos. Ahí estamos nosotros in-

cluidos también. Pero tenemos que ser revestidos, tenemos que ir despojándonos y revistiéndonos permanentemente.

Ahora bien, ¿quién hace este trabajo de despojarse y de vestirse, según hemos leído acá? Nosotros. «Despojaos» y «vestíos» – estas son unas formas verbales un poco antiguas para nosotros los hispanoamericanos, y no las usamos mucho, aunque sí se usan aún en España – tienen la característica que son imperativos, es decir, son órdenes. Dios quiere que nosotros hagamos algo – que nos despojemos y que nos vistamos. Así que, hermanos, tenemos «la sartén por el mango». Depende de nosotros.

Así que esta mañana, antes de terminar la palabra, le vamos a decir: «Señor, yo quiero despojarme. Me despojo de este canalla, de este Adán homicida, soberbio, que todavía quiere aferrarse a mí, que quiere todavía hacer prevalecer sus principios en mí». Adán nos dice: «Aquí estoy yo todavía». Tenemos que decirle algo a la luz de la palabra. Digámosle con Gálatas 2:20: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo...». ¿Qué es ese «yo» aquí, el alma o el espíritu? El alma. En el alma es donde está el yo, el ego, el hombre viejo.

Entonces, cuando Adán dice: «Yo todavía estoy aquí», nosotros le diremos: «Escrito está: «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí». Y si no vivo yo, tú, Adán, estás muerto». Nosotros no podemos altercar con Adán, como tampoco podemos altercar con el diablo. El Señor no argumentó con Satanás en el desierto. Él citó la Palabra. Porque la Palabra es espada, y nues-

tros argumentos, en cambio, son como un cuchillito mellado. Digamos también como Juan el Bautista: «*Es necesario que él crezca; pero que yo mengüe*».

Rindiendo el alma

Leamos Marcos 10:45: «*Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*». Es interesante que la palabra *vida* en este versículo, en griego, es *psiqué*. Y esa palabra significa *alma*. Es decir, apegándonos más al sentido original, podríamos decir que «el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su alma, para rendir su alma en rescate por muchos». O sea, significa que él no vivió para sí.

Él no tenía nada de Adán, porque él no nació de José. Nació de María, pero no de José. El pecado entró por Adán y, legalmente, siguió pasando de varón en varón (Rom. 5:12); pero Jesús no fue hijo de varón, sino hijo de la mujer – «la simiente de la mujer» (Gén. 3:15). Jesús no tenía al «hombre canalla» adentro; pero, aun así, para darnos ejemplo a nosotros, él rindió su alma – esa parte de nuestro ser donde quiere Adán posesionarse, y donde el enemigo quiere sentar sus reales. Así, aunque el Señor no tenía «hombre viejo», él rindió su alma en rescate por muchos. ¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Cómo debemos nosotros también ofrecer nuestra alma, esta alma donde quiere el yo gobernar!

Hay otro pasaje, en Juan 10:11, donde también se habla de esto mis-

mo. Es un versículo que conocemos muy bien. «*Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas*». Aquí la palabra *vida* otra vez es *psiqué*, alma. «*Su alma da por las ovejas*». El ejemplo está dado.

En nuestra alma hay un ‘yo’ que quiere hacer su gusto, que quiere hacer prevalecer sus ideas. Y cuando yo le otorgo libertad dentro de mí, entonces soy capaz de cualquier atrocidad, de cualquier pecado. Ahora bien, en medio de la iglesia, ¿qué puede causar este «canalla»? Divisiones, pleitos, enemistades, bandos, sectas (es decir, grupos), descalificaciones. Todo lo que hay allí en Gálatas 5: 19 al 21. Por eso el Señor dice: «Yo ofrezco mi alma, todos mis deseos, mi manera de pensar, mi querer, lo rindo, en rescate por muchos».

Pero, ¿sabe?, este ejemplo que el Señor Jesús dio al decir estas palabras, lo tomó también Pablo. Y Pablo usó esta misma palabra, en Hechos 20:24. «*Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida* –aquí *vida es alma*– *para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios*». Subrayemos entonces la frase que nos interesa destacar: «...*ni estimo preciosa mi alma para mí mismo...*». ¿Cuánto amamos nuestra alma, nuestro yo, nuestra vida, nuestros deseos? Pablo imitó al Señor en eso, y el Señor nos invita a que nosotros también lo hagamos.

Veamos Apocalipsis 12:11. «*Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron*

sus almas hasta la muerte». Aquí de nuevo, el amor propio, el amor al yo, es despreciado.

El diablo y el alma trabajan juntos. Aun más, hay tres cosas que van juntas: el mundo, la carne—toda la vida almática— y Satanás. Estas tres cosas van juntas, y Satanás se potencia con el mundo y con el alma. Por eso aquí se dice que «ellos le han vencido», porque menospreciaron sus almas hasta la muerte. Es decir, ellos no se aman a sí mismos, no le siguieron el juego a Satanás.

La manifestación más profunda y clara de espiritualidad es negarse al yo. Es la tarea más difícil; ningún hombre la puede realizar en sí mismo. Todos los que no han aceptado la operación de la cruz sobre él, han perdido esta batalla. Por eso, demos nosotros hoy el primer paso diciéndole al Señor: «Me despojo del hombre viejo, y me visto de Cristo». ¡Señor, ten misericordia de mí!

La decisión es nuestra

Amados hermanos y hermanas, Cristo es maravilloso; la iglesia es maravillosa. Ella lo es, porque él lo es. El cuerpo es precioso porque la Cabeza es preciosa. En Cristo somos hermosos porque tenemos un Hombre nuevo adentro, porque somos miembros de este Hombre celestial.

Sin embargo, existe un peligro. Es necesario advertirlo, a la luz de la Palabra. Si queremos que este hombre nuevo, que esta casa de Dios, sea llena de la gloria de Dios y exprese la gloria de Cristo, Adán con todos sus

hechos debe ser quitado de en medio.

Hermano, seas antiguo o nuevo, en tí y en mí hay dos fuerzas. Yo decido, tú decides, a cuál de las dos le dejarás espacio libre en tu vida, con cuál de las dos tú te alinearás. Hay dos hombres, hay dos principios de vida. Si hoy hacemos la decisión correcta, mañana veremos mucha más gloria de la que estamos viendo hoy.

Hubo un día en que el Señor Jesús entregó su alma por nosotros. Ahora nos toca a nosotros entregar nuestra alma, menospreciar nuestra alma, por causa del Señor y de los hermanos. Está la cruz de Cristo, donde él fue por amor a nosotros. Esa cruz está vacía hoy. Pero allí, en esa cruz, debes estar tú y debo estar yo.

El Señor ya decretó su sentencia sobre el hombre viejo; él ya lo incluyó en su muerte cuando murió en la cruz. Ahora nosotros debemos aceptarlo, debemos unir nuestra voluntad a la suya, para que él reconozca su lugar. (Rom. 6:6).

«Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz, y sígame». El Señor Jesús no le pone la cruz a nadie a la fuerza. No. Dice: «Tome su cruz». El lugar para Adán, el único lugar donde está bien, donde nos gusta verlo, donde no hace daño, donde está inmóvil y mudo, es en la cruz, muerto.

Le vamos a decir al Señor: «El lugar que tú ocupaste ayer, yo quiero ocuparlo hoy». No para expiación de pecados; sino para dejar allí a este canalla, para que no haga más daño, ni a mí mismo, ni a los demás. Vamos a orar.

LAS MEDIDAS DE CRISTO

El pasaje de Efesios 3:17-18 expresa el deseo de Pablo de que los efesios sean capaces de *comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.*

¿Qué es aquello que tiene anchura, longitud, profundidad y altura? ¿A qué o a quién se refieren esas dimensiones? Normalmente se piensa que es el amor de Dios en Cristo. Sin embargo, es recién después de mencionarse esas dimensiones, que se dice «*y de conocer el amor de Cristo*», como si se tratara de algo diferente.

¿Se refieren a algo o a alguien? Si miramos atentamente el antecedente, veremos que se trata de Cristo mismo: «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender...*» (v. 17).

Ahora bien, ¿cuál es la anchura de Cristo? En griego, la palabra correspondiente aparece sólo en Apocalipsis 20:9, para referirse a la «anchura de la tierra», y en Ap. 21:16, para referirse a la anchura de la nueva Jerusalén. La anchura de Cristo es, pues, la anchura de la tierra (y el oriente está indeciblemente lejos del occidente), y también la de la ciudad santa, su iglesia. ¡Qué simbólico! ¡Qué significativo!

¿Cuál es la longitud de Cristo? Es tanta como la escalera de Jacob, que unía el cielo con la tierra, los dos extremos del universo. Salva la distancia mayor, uniendo la santidad excelsa e inaccesible de Dios con la negrura más densa de nuestro estado pecaminoso. Cristo unió el cielo con la tierra.

¿Cuál es la profundidad de Cristo? Para descubrir la profundidad de Cristo tenemos que entrar en las honduras de su tierno corazón, donde caben todos los hombres.

¿Y cuál es la altura de Cristo? La palabra griega para «altura» también es usada en Efesios 4:8, para referirse a la altura de los cielos. Cristo está hoy glorificado en el cielo, pero sus pies están sobre la tierra, y camina sobre ella por medio de la iglesia.

Cristo es el Nuevo Hombre, el Hombre Espiritual, que, a diferencia de nosotros, no sólo tiene estatura, o anchura, sino que tiene todas las maravillosas dimensiones de la nueva creación.

El psicólogo no da lugar a la descripción tripartita del hombre como espíritu, alma y cuerpo, sino sólo como alma –o mente– y cuerpo. Pero, incluso el psicólogo tiene que confesar la existencia de un tercer elemento.



¿En qué
falla la

psicología?

T. Austin-Sparks

Muchos de los lectores estarán familiarizados con la posición de la psicología, y es justo aquí donde hallamos el punto que hace toda la diferencia entre lo natural, que deja fuera a Dios, y lo espiritual, que le da su pleno lugar. Porque aquí encontramos que la descripción escritural del hombre va totalmente a contracorriente de las conclusiones de la «psicología científica». Hemos observado que el psicólogo no dará lugar a la descripción tripartita del hombre como espíritu, alma y cuerpo, sino sólo como alma –o mente– y cuerpo. Pero, incluso el psicólogo tiene que confesar la existencia de un tercer elemento. Él lo reconoce, centra su supremo interés y ocupación en

él, edifica un sistema completo de experimentación a su alrededor, y a menudo se encuentra al borde de llamarlo por su nombre correcto. Pero hacerlo sería conceder demasiado; y Satanás, que tiene la mente del hombre natural con la soga bien atada al cuello, vigila que en esto, como en otros asuntos, únicamente no se utilice la palabra. El psicólogo, en consecuencia, reconoce y llama a este factor adicional «la mente subconsciente», o «la mente subjetiva», o «el yo subliminal», o la «personalidad secundaria», etc.

Escuche algunas cosas que nos indican hasta dónde pueden ir estos maestros: «El alma consiste en dos partes, una adicta a la verdad, y amante

de la honestidad y la razón; la otra, ruda, engañosa, sensual». Y, otra vez: «Existe un psiquismo en el alma». **«La existencia de un psiquismo en el alma no es un mero dogma teológico, sino un hecho científico»:** *El hombre está dotado de dos mentes, cada una de las cuales es capaz de acción independiente, y ambas de acción simultánea; pero, en lo principal, ellas poseen poderes independientes y desempeñan funciones independientes. Las facultades distintivas de una pertenecen a esta vida; las de la otra, están adaptadas especialmente para un plano de existencia más alto. Yo las distingo designando a la una como mente objetiva, y a la otra como mente subjetiva*. «Cualesquiera sean las facultades que se hallen existiendo en la mente subjetiva de un ser sensitivo, necesariamente existieron potencialmente en el ancestro de ese ser, cercano o remoto. *El corolario es que cualquier facultad que podamos encontrar existiendo en la mente subjetiva del hombre debe necesariamente existir, en cuanto a su posibilidad y potencialidad, en la mente de Dios Padre*» (Todas las cursivas son nuestras).

Cuando leemos afirmaciones como éstas, dos cosas exigen ser exclamadas. La primera: «¡Oh, por qué no llamarlo por su nombre correcto!». La otra: «¡Qué tragedia el que los filósofos paganos hayan tenido su propia esfera de investigación y que la Biblia haya sido dejada de lado!». Se podría pensar que no tiene mucha importancia como usted lo llame si se aferra a la cosa en sí. Sin embargo, sostenemos que es vital reconocer que estamos tratando con dos cosas abso-

lutamente distintas y separadas, y no con los dos lados de una misma cosa. Es un error hablar de la unión del alma, o de la comunión del alma con Dios, porque no hay tal cosa. «La unión con Dios» es en el espíritu. «El que se une al Señor es un espíritu» (1^a Co. 6:17); y, a pesar de lo altamente desarrollada que sea la vida del alma, no hay «unión con Dios» hasta que el espíritu ha sido traído de regreso a su correcto lugar y condición.

Esto abre la puerta a la siguiente gran pregunta: **¿Qué es nacer de nuevo?** Esta experiencia, nos fue dicho por Cristo, es imperativa (Juan 3:3, 5, etc.).

Nicodemo tropezaba con el aspecto físico, pero se le dijo pronto que «lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». En primer lugar, entonces, y obviamente, no es el cuerpo lo que nace de nuevo. ¡Pero, tampoco es el alma! «Para que el cuerpo del pecado sea destruido» (Rom. 6:6), y «aquellos que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gál. 5:24). Los pasajes similares a estos son demasiados como para citarlos, pero busque usted, «carne», «viejo hombre», «hombre natural», etc. La respuesta a la pregunta es, de manera enfática, que el nuevo nacimiento es la revivificación del espíritu humano por el Espíritu de Dios, el impartimiento dentro de él de la vida divina, y la reunificación del hombre con Dios por medio de esa única vida en el hombre interior.

Esto, por supuesto, solamente sobre el terreno de la resurrección de Cristo y la unión del creyente con él

de allí en adelante; con la implicación de que todo el significado de su muerte expiatoria, substitutiva y representativa, ha sido aceptada por fe, aunque quizá no entendida aún. Desde ese momento, el creyente anda en «novedad de espíritu» (Rom. 7:6). El alma puede aún ser capaz de retener sus temores, dudas, cuestionamientos, sentimientos, etc., de otro tiempo, mostrando así que no es un alma nueva. Pero hay algo más profundo que ello, y Dios es más grande que nuestras almas. Lo más cierto acerca del nuevo nacimiento es, a menudo, más profundo que la conciencia, y aunque el alma, e incluso el cuerpo, pueden obtener cosas buenas y bendiciones, Dios buscará separarnos, como a bebés, de nuestras sensaciones acostumbradas y llevarnos al hecho que es él mismo.

Aquellos que deben tener, y demandan, continuas evidencias en sus sentidos de su nueva vida no crecerán espiritualmente, sino que permanecerán siendo bebés. Pero, viendo que, aparentemente, hemos dado al alma un lugar completamente secundario, debemos apresurarnos hacia la tercera pregunta.

¿Cuál es el lugar del alma?

¿Qué hemos dicho e inferido sobre el alma? Hemos indicado que Adán pecó con su alma. Como resultado de ello, el alma se ha convertido en aliada de los poderes malignos. Además, una consecuencia de esto es que el hombre ha llegado a ser, de manera preeminente, un ser anímico (almático) en oposición con lo espiritual; esto es, dominado por el alma.

Así, el hombre está ahora en un estado desorganizado, y representa una alteración del orden divino. Esta es sólo una parte del trastorno mucho más amplio que ocasionó el pecado de Adán.

En la nueva creación en Cristo, los principios del verdadero orden divino han sido reestablecidos. El espíritu, vivificado, levantado, habitado por Cristo y unido con él, se establece como el órgano del gobierno divino sobre el resto del hombre, su alma y su cuerpo. En una persona verdaderamente espiritual o nacida de nuevo, el alma y el cuerpo no tendrán un lugar de preeminencia, pero en su lugar correcto serán siervos e instrumentos muy útiles y fructíferos.

Por medio de su alma, el hombre funciona en dos direcciones: desde adentro hacia fuera y desde afuera hacia adentro. El alma es el órgano y el plano de la vida humana y su comunicación. Incluso las cosas divinas, que no pueden ser conocidas o capturadas por el alma en primera instancia, si es que van a convertirse en algo práctico para la vida humana, deben tener un órgano constituido para traducirlas, interpretarlas y hacerlas inteligibles en el plano humano. Así, lo que se recibe sólo

«¡Qué tragedia el que los filósofos paganos hayan tenido su propia esfera de investigación, y que la Biblia haya sido dejada de lado!».

con el espíritu, debido a sus exclusivas facultades (como veremos más adelante), es traducido con propósitos prácticos, primero, para el receptor en sí, y luego para otros seres humanos, por medio del alma.

Esto puede ocurrir a través de una mente alumbrada por la verdad (razón); un corazón lleno de gozo, o amor, etc., para confortar y levantar (emoción); o la voluntad energizada para la acción o la ejecución (volición). Sin embargo, se debe tener siempre en mente que el servir a los fines divinos con un valor realmente eterno no viene, en primera instancia, del alma, sino de Dios, hacia y por medio de nuestros espíritus. Debe ser la verdad obtenida por revelación (Ef.1:17, 18; RV)¹, y no, en un primer momento, por nuestro propio razonamiento. Deben ser el gozo y el amor por el Espíritu Santo, y no nuestras propias emociones. Deben ser la fuerza y la energía de Cristo, y no nuestro impulso o fuerza de voluntad. Cuando procuramos lo último, otra vez el orden divino se altera, se crea una falsa posición, y el fruto se pierde, aun cuando pueda parecernos que algo muy bueno está ocurriendo todo el tiempo.

Luego, en cuanto a la dirección opuesta, el alma puede reconocer, apreciar, registrar y aprehender todo lo de este mundo en la medida de su capacidad, natural o adquirida. Todo esto puede quedar simplemente allí y agotarse en sí mismo, o ser traído a un terreno más alto y así regulado para

ser transmutado en algo de valor espiritual (que es eterno) y subordinado a la vida, o bien, rechazado. El espíritu de este modo, por medio de su contacto con Dios, dictamina en cuanto a lo que es bueno o malo, o solamente bueno en apariencia. El alma no conoce esto por sí misma. Debe haber un órgano espiritual, con inteligencia espiritual, que lleve consigo los estándares divinos.

¿Por qué ocurre que tanta de la gente más artística, poética y sensible ha sido y es moralmente tan deformada, degradada, lasciva, celosa y vanagloriosa? ¿Por qué los dictadores, cuyo ego oscurece cualquier otra cosa, son tan impíos y desafiantes frente a Dios? ¿Por qué tantos de los grandes intelectuales son tan orgullosos, arrogantes y a menudo infieles a sus esposas? Bueno, la respuesta es obvia ¡Todo es el alma! Ellos no saben nada del equilibrio que surge de la unión en espíritu con Dios, y, en consecuencia, sus almas tienen la última palabra en cada asunto. No es que todos ellos saquen a Dios del universo, porque, a veces, se refieren a él. Pero no hay correspondencia entre él y ellos. Y él no existe para ningún propósito moral en lo que a ellos se refiere.

Hemos buscado mostrar que el alma como un siervo —no un amo— puede, y debería, ser muy útil y fructífera en relación con un órgano superior. Y, de esta forma, cuando hablamos de gente que es «anímica», solo queremos decir que el alma predomina en ellos, y no que el alma es algo equivocado o necesariamente malo. El orden divino es siempre una ley de la plenitud divina.

¹ «Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les de un espíritu de sabiduría y de revelación en el verdadero conocimiento de él».

Al mismo tiempo, deberíamos puntualizar cuidadosamente que el alma, como siervo, tiene una inmensa responsabilidad. De hecho, el ego humano —el «yo»— como vida ‘auto racional’ y ‘auto consciente’, tiene que responder a Dios por su sumisión o jactancia de sí misma; por «la hechura de su propia vida»; y por la exaltación y afirmación de sí misma más allá de su propia provincia y medida. Así que, «*el alma que pecare, esa morirá*» (Ez. 18:4) era la sentencia de Dios y aún lo es. Totalmente aparte del espíritu renovado por el nuevo nacimiento, ella tiene una responsabilidad frente a la palabra de Dios.

En relación con lo mismo, ciertas cosas deben ser aclaradas, tanto como sea posible. Mientras que puede no ser posible hacer la voluntad revelada de Dios para una persona no regenerada, pues para esto la capacitación del Espíritu Santo es esencial; sin embargo, a ella y a todas las demás esa voluntad revelada hace una apelación y una demanda. Esta última puede llegar solamente hasta el grado de tomar la actitud de querer ser personas dispuestas y capaces. Pero, como criaturas moralmente responsables, esta obligación pesa sobre nosotros cuando quiera que se presente la palabra de Dios.

Luego, en conexión con aquellos que son el pueblo de Dios, no hay tal cosa como una revelación o espiritualidad adicional, que deje de lado la palabra de Dios o la trasciende. Si Dios dice algo en la Escritura, eso permanece, y nosotros permanecemos o caemos con ello. Por medio de la iluminación espiritual, podemos venir a un

significado mucho más pleno de las Escrituras y ver los pensamientos y las intenciones de Dios tras ella. Pero esto no suspende sus obligaciones prácticas, *dado que estamos en la dispensación donde éstas se aplican de manera práctica*. Hemos conocido a cierta clase de cristiano que, pretendiendo actuar de acuerdo al espíritu con respecto a la voluntad de Dios, ha sido culpable de la más flagrante negación de las más obvias y elementales obligaciones de honestidad, justicia, buena fe y humildad.

A veces, una sutil evasiva mental se trasluce en la justificación intencional de un curso contrario a la palabra de Dios, al decir «Sí, pero el diablo también puede citar la Escritura». Parece increíble; si no nos hubiéramos topado con este tipo de cosas sentiríamos que es demasiado inverosímil como para mencionarlo. Es, no obstante, algo que toca el mismo asunto. Permítanos preguntar: ¿Cuán a menudo Satanás trata de alejar a una persona no regenerada de Cristo usando la Escritura? ¿Ha escuchado usted alguna vez que él hiciera algo así? Debe ser el caso más remoto que usted pueda hallar. No; es con aquellos que son verdaderamente hijos de Dios que él emplea el método de usar la palabra de Dios ¿Por qué es esto? Porque él tiene a la vista algo mucho más profundo. Descubramoslo tomando el propio caso de Cristo.

Cuando Satanás asaltó a Cristo, el Señor lo enfrentó con «Escrito está». En efecto, Satanás dijo (dentro de sí): «Oh, éste es tu terreno, ¿verdad? Muy bien, entonces: Escrito está: el mandará a sus ángeles acerca de ti», etc.

Él buscó, de una vez por todas, derrotar a Cristo en su propio terreno ¿Qué punto atacó realmente? El Señor Jesucristo había tomado definitivamente la posición de que no tendría ni haría nada por o a partir de sí mismo, sino que mantendría todo en relación con el Padre y, en consecuencia, sólo bajo el permiso del Padre. Sí, todas las cosas única y totalmente para Dios, poniendo completamente a un lado su propio interés y gratificación.

Entonces, aquello que con más probabilidad lo podría mover de esa posición de abandono en Dios sería su respaldo a cualquier movimiento o curso propuesto por la misma palabra de Dios. Hubiera sido inútil decir al Hijo de Dios, el último Adán: «¿Con que Dios os ha dicho?». Pero, decir «Dios ha dicho» es mucho más sutil. La cuestión del espíritu (en unión con Dios) o del alma (centrada en sí misma) ha sido siempre el blanco de los esfuerzos de Satanás. Si él cita las Escrituras, es para destruir la unión interior con Dios. Pero la palabra de Dios en sí misma nunca conduce a ello; y nadie debería defender un curso contrario a la clara palabra de Dios, replicando que «el diablo puede citar la Escritura»; o incluso tener en mente algo así, a menos que él mismo deseara ir por un determinado camino. ¿Cómo se defiende y preserva a sí misma nuestra alma!

Pero, cuán necesario es, para la propia liberación de nuestro corazón engañoso, estar tan sujetos a Dios como para estar igualmente despiertos a la naturaleza e implicaciones del engaño.

Dos cosas deben sucederle al alma

Y hemos tocado aquí la clave de todo el asunto en lo que respecta al lugar del alma. Dos cosas deben sucederle. Primero, tiene que ser golpeada letalmente por la muerte de Cristo en cuanto a su propia fuerza y gobierno; al igual que el muslo o tendón de Jacob, quien a partir del momento en que fue tocado por Dios continuó rengueando hasta el fin de su vida. Así pues, debe quedar para siempre grabado en el alma el hecho de que ella no puede y no debe: Dios ha quebrado su poder. Después, en cuanto a instrumento, ella debe ser ganada, enseñada y regida en relación con los caminos más altos y distintos de Dios. En la Escritura se habla frecuentemente de ella como «algo» sobre lo cual *nosotros* tenemos que ganar y ejercer autoridad. Por ejemplo: «*Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas*» (Luc. 21:19). «*Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad*» (1 Ped. 1:22). «*El fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas*» (1 Ped. 1:9).

Al reconocer el hecho de que el alma ha sido seducida, llevada cautiva, entenebrecida y envenenada por su propio interés, debemos cuidarnos de considerarla como algo que debe ser aniquilado y destruido en esta vida. Esto no sería sino ascetismo o una forma de Budismo. El resultado de una conducta semejante es normalmente una nueva forma de actividad del alma en un grado exagerado; quizá ocultismo. Nuestra entera naturaleza humana reside en nuestras almas, y, *si la naturaleza es suprimida en una dirección se vengará en otra*. Este es precisamente el problema de un gran nú-

mero de personas, si tan sólo lo reconocieran.

Existe una diferencia entre una vida de supresión y una vida de servicio. En el caso de Cristo con respecto al Padre, la sumisión, la sujeción, y el servicio no condujeron a una vida de destrucción del alma, sino al descanso y al deleite. La esclavitud, en su sentido negativo, es la porción de aquellos que viven enteramente en sus propias almas. Necesitamos revisar nuestras ideas sobre el servicio, porque se está volviendo cada vez más común entre los cristianos la idea de que el servicio significa esclavitud y limitación; cuando en realidad es una cosa divina. La espiritualidad no es una vida de supresión. Es una vida nueva y superior, y no la antigua esforzándose por conseguir el dominio de sí misma. Esto es negativo. La espiritualidad es positiva.

El alma tiene que ser tomada bajo responsabilidad y conducida a aprender una nueva y más alta sabiduría. Sea que nosotros seamos capaces de aceptarlo o no, el hecho es que si vamos a continuar plenamente con Dios, todas las energías y habilidades del alma para conocer, entender, sentir y hacer llegarán a su fin, y nosotros nos encontraremos –de este lado– desconcertados, confundidos, entumecidos e impotentes. Entonces, sólo un nuevo, distinto, y divino entendimiento, constreñimiento y energía nos sostendrá y enviará hacia delante. En tales tiempos diremos a nuestra alma: «*Alma mía, en Dios solamente reposa*» (Sal. 62:5); «*Alma mía... espera en Dios*» (Sal. 42:5); y, «*Alma mía, ven conmigo a seguir al Señor*». Pero qué gozo

y fuerza hay cuando el alma, habiendo sido constreñida a rendirse al espíritu, percibe una sabiduría y gloria más altas en su vindicación. Es entonces cuando, «*Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se ha regocijado en Dios mi Salvador*» (Luc. 1:46)². Note usted los tiempos: el alma *engrandece* y el espíritu *se ha regocijado*.

Así que, para la plenitud del gozo el alma es esencial, y debe ser traída a través de la oscuridad y la muerte a su propia habilidad, para aprender las realidades más altas y profundas para las cuales el espíritu es el primer órgano y facultad.

No; no viva una vida de supresión de su alma, ni tampoco la desprecie. Pero, fortalézcase en espíritu para que su alma sea ganada, salvada y puesta al servicio de un gozo más pleno. El Señor Jesús desea que hallemos descanso para nuestras almas, y esto, nos dice, nos viene por la vía de su yugo: el símbolo de la unión y del servicio.

El alma, al igual que algunas personas, encontrará su mayor valor siendo sierva, y no siendo ama. Ella quiere ser lo último, pero está ciega a las limitaciones que Dios le ha impuesto. Ella piensa que puede, pero Dios le dice: «No puedes». Sin embargo, en su justo lugar, con su propio interés puesto en interdicción bajo la muerte de Cristo, puede ser una sierva muy útil.

(Tomado de *¿Qué es el Hombre?*.
Trad. Rodrigo Abarca).

² El autor emplea aquí una traducción más literal de los tiempos verbales del texto griego (Nota del traductor).

Este artículo es el primer capítulo del libro del mismo nombre. La necesaria, imperdible, continuación de "El Hombre Espiritual".

El poder latente del alma



Watchman Nee

Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; y canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres» (Ap. 18:11-13).

(Por favor, observe que aquí en este pasaje, la lista de mercadería comienza con oro y plata, caballos y carros y

todos los artículos naturales que pueden ser comerciados. Los esclavos siempre pueden ser comerciados o trocados, sin embargo, esto es un comercio con cuerpos humanos. Pero, además de eso, existe un mercado de almas de hombres como mercadería).

«Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual» (1 Cor. 15:45, 46). «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gén. 2:7).

En el discurrir de los dos últimos

años he sentido intensamente la necesidad de dar un mensaje conforme será dado ahora. Es tan complejo como profundo. Para el que habla no será fácil, ni para los que oyen será fácil entender. Por esta razón no inserté este mensaje en la tercera parte de «El Hombre Espiritual». Aun así, siempre tuve el sentir de exponerlo, especialmente después de haber leído varios libros y revistas, y haber tenido contacto hasta cierto punto con personas de este mundo. Siento cuán precioso es el mensaje que tuvimos el privilegio de conocer. En vista de la situación y tendencia actual de la Iglesia, como también del mundo, somos constreñidos a compartir lo que nos es dado. De otro modo, estaremos escondiendo la lámpara debajo del almud.

Lo que voy a mencionar en el mensaje para nuestra consideración hoy, tiene relación con el conflicto espiritual y el fin de esta era.

La autoridad y destreza física de Adán

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Gén. 1:27-28).

Amigos, ¿ya han pensado ustedes en la inmensidad de la tierra? Supongamos que un patrón solicita a su siervo que le administre dos casas. Él le hace la designación basado en la habilidad del siervo para cuidar de ellas.

Un patrón duro puede exigir de su siervo más de lo que requiere su obligación, pero nunca exigirá que su siervo se comprometa a realizar algo por encima de su capacidad. ¿Pediría entonces Dios, que Adán hiciese algo fuera de su capacidad? Por lo tanto podemos concluir que si Adán era capaz de gobernar la tierra, sus habilidades ciertamente eran superiores a las nuestras hoy. Él tenía poder, habilidad y pericia. Todas estas habilidades él las recibió del Creador.

Aunque no podemos medir el poder de Adán como si hubiera estado mil millones de veces por sobre nosotros, podemos suponer, no obstante, y con seguridad, que era un millón de veces superior a nosotros. De otra manera él no sería capaz de realizar la tarea asignada por Dios. En cuanto a nosotros hoy, sin embargo, si se nos fuese exigido barrer una alameda tres veces al día, después no seríamos capaces de enderezar nuestras espaldas. ¿Cómo podríamos entonces gobernar la tierra? Aun así, Adán no sólo gobernó la tierra, sino que también tuvo dominio sobre los peces del mar, los pájaros del aire y sobre todo ser viviente sobre la tierra. Gobernar no es sólo sentarse sin hacer nada. Se exige diligencia y trabajo. Viendo eso, debemos reconocer el poder superior que Adán de hecho poseía.

Pero ¿piensa usted que esta comprensión es algo nuevo? En verdad esta es la enseñanza de la Biblia. Antes de su caída, Adán tenía tal fuerza que nunca se sentía cansado después de trabajar. Sólo después de la caída fue que Dios le dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan».

El poder intelectual y la memoria de Adán

«Y Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre» (Génesis 2:19). Mis amigos, ¿no es esto maravilloso? Supongamos que usted tomase un diccionario y leyese los nombres de todos los animales; ¿no confesaría usted no poder aprender de memoria todos ellos? Mientras que Adán le dio nombres a todos los pájaros y animales. ¿Qué inteligente debe haber sido él!

El poder administrativo de Adán

«Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que labrara y lo guardase» (Génesis 2:15). Examinando cómo Adán guardaba la tierra, vamos a meditar un poco en las cosas que Dios le encargó que hiciese. Dios ordenó que él labrase el jardín de Edén. Esto precisaba ser hecho sistemáticamente. ¿De qué tamaño era el jardín? Génesis 2:10-14 menciona el nombre de cuatro ríos: Pisón, Gihón, Tigris y Éufrates. Todos ellos fluían del Edén y se dividían en cuatro regiones fluviales. ¿Puede usted imaginar cuán grande era el jardín?

Él no debía sólo labrarla, sino también guardarla; guardar el jardín para que no fuese invadido por el enemigo. Por lo tanto, el poder que Adán tenía en aquel tiempo debe haber sido tremendo. Todos sus poderes estaban inherentes en su alma viviente. Podemos considerar el poder de Adán como

sobrenatural y milagroso, pero en lo tocante a Adán, estas habilidades no eran milagrosas y sí humanas; no sobrenaturales, sino naturales.

¿Usó Adán todos sus poderes en aquel tiempo? Por lo que puede ser visto de nuestro estudio de Génesis, él no agotó su poder, pues luego después de ser creado por Dios, y antes que pudiese manifestar todas sus habilidades, él cayó. ¿Cuál fue la carnada que usó el enemigo para seducir a Eva? ¿Qué le prometió el enemigo a ella? Fue esto: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:5). «Ser igual a Dios» fue la promesa del enemigo. Él le dijo a Eva que, a despecho del poder que ella ya poseía, aún había entre ella y Dios un gran abismo. Pero si comiese de ese fruto, ella tendría la autoridad, sabiduría y poder de Dios. Y en aquel día Eva fue tentada y cayó.

El poder que Dios le dio a Adán

Investigando de ese modo, no estamos siendo desordenadamente curiosos; sólo deseamos conocer lo que Dios dio a Adán. «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gén. 1:26). Las palabras «imagen» y «semejanza», pueden parecer iguales en el significado y de ahí repetitivas. Pero en el hebreo la palabra «imagen» no indica semejanza física, antes denota semejanza moral o espiritual. Alguien expresó asimismo: «transformado en la semejanza»; esto es, «ser conformado a una semejanza». El propósito de Dios al crear al

hombre es para que éste sea transformado según Su imagen. Dios quería que Adán fuese como Él. El diablo dijo: «Seréis como Dios». Pero la intención original de Dios era que Adán fuese transformado para que se volviese como Él.

De eso concluimos que antes de la caída, Adán tenía en él el poder de volverse como Dios. Él poseía una habilidad oculta que le daba la posibilidad de volverse como Dios. Él era ya como Dios en la apariencia externa, pero Dios le había ordenado que fuese como Él moralmente (uso la palabra «moralmente» para indicar aquello que está por encima de lo material, y no aquello que apunta hacia la buena conducta del hombre). Asimismo nos es mostrado cuánta pérdida sufrió la humanidad a través de la caída. La intensidad del perjuicio está probablemente más allá de nuestra imaginación.

La caída del hombre

Adán es un alma. Su espíritu y cuerpo están unidos en su alma. Aquel poder extraordinario que mencionamos está presente en el alma de Adán. Sin embargo, en la caída, el poder que diferenciaba a Adán de nosotros se perdió. Ahora, esto no significa que ya no haya tal poder; sólo indica que, aunque esta habilidad aún esté en el hombre, no obstante está «congelada» o inmovilizada. De acuerdo con Génesis 6, después de la caída, el hombre se convierte en carne. La carne engloba al ser total y lo subyuga. Originalmente, el alma era un alma viviente. Ahora, estando caído, se vuelve carne. Su alma que fue destinada a

someterse al control del espíritu, ahora está sujeta al dominio de la carne. Por eso el Señor dice: «*No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne*» (Gén. 6:3). Al mencionar aquí al hombre, Dios lo llamó carne. Por consiguiente, está registrado en la Biblia que «*toda carne había corrompido su camino sobre la tierra*» (Gén. 6:12); y también que «*sobre carne de hombre no será derramado*» (el aceite santo de la unción, que representa un tipo del Espíritu Santo – Éx. 30:32); y más: «*por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él*» (Rom. 3:20).

¿Por qué enfatizo esto en forma amplia? En Apocalipsis 18 se mencionan cosas que deberán ocurrir en los últimos días. Al comenzar, mostré bien cómo el alma del hombre se convertirá en una mercancía en la Babilonia; es decir, algo que puede ser vendido y comprado. Pero, ¿por qué el alma del hombre es tratada como una mercancía? Porque Satanás, y su títere, el anticristo, desean usar el alma humana como un instrumento para sus actividades al final de esta era. Cuando Adán cayó en el jardín del Edén, su poder fue inmovilizado. Él no perdió ese poder totalmente; sólo estaba enterrado dentro de él. Generación sucedió a otra generación y el resultado fue que esta habilidad inicial de Adán se convirtió en una fuerza «latente» en sus descendientes. Vino a ser un tipo de poder «oculto». No está perdido para el hombre, sino apenas confinado por la carne.

Hoy, en toda y cada una de las per-

sonas que viven en la tierra, reposa este poder adámico, aunque esté confinado en ella y no sea capaz de expresarse libremente. Sin embargo, tal poder está en el alma de todo hombre, así como estaba en el alma de Adán al principio. En vista de que el alma de hoy está bajo el cerco de la carne, del mismo modo este poder está confinado por la carne. La obra del diablo hoy en día es despertar al alma del hombre y liberar este poder latente en su interior, como una falsificación del poder espiritual. Menciono estas cosas porque necesitamos ser advertidos respecto a la relación especial entre el alma del hombre y Satanás en los últimos días.

Antes el cuerpo era una ayuda para la poderosa alma de Adán; ahora había caído y su poder fue limitado por la cubierta de la carne. Satanás, sin embargo, intenta romper la cubierta carnal y liberar el poder latente en el alma del hombre, a fin de obtener el control sobre él. Muchos no entienden esta estrategia y son engañados, aceptándola como si viniera de Dios.

Visto bajo el aspecto religioso

Aun así, esto no acontece sólo en el cristianismo. Los babilonios, los árabes, los budistas, los taoístas y los hindúes, todos intentan, por sus propios medios, liberar el poder que Adán legó a nuestra alma. En cualquier religión, sean cuales fueren los medios o modos de instrucción, yace un principio común. Este principio tiene la mira de subyugar la carne exterior, con la finalidad de libertar el poder del alma de todos los tipos de cautiverio, hacia una expresión

La obra del diablo hoy en día es despertar al alma del hombre y liberar este poder latente en su interior, como una falsificación del poder espiritual.

más libre. Algunas lecciones de instrucción dadas en esas religiones quieren destruir la obstrucción del cuerpo; otras, la unión del cuerpo y el alma; y otras más, el fortalecimiento del alma por medio de entrenamiento, capacitándola asimismo para vencer el cuerpo. Sean cuales fueren los medios, el principio detrás de todos ellos es el mismo. Es importante que sepamos esto; en caso contrario, seremos engañados.

Yo no sé cómo las personas son informadas respecto de ese maravilloso poder latente del alma del hombre, cuya liberación, actualmente limitada por la carne, resultará en la manifestación de poder milagroso, hasta alcanzar la misma posición de un «mago» o «buda». Probablemente ellas son informadas por el diablo, o algún espíritu maligno. Ellas pueden no usar, como nosotros, la expresión «poder del alma»; sin embargo, el hecho es evidente. Por ejemplo, en el budismo y en el taoísmo, e igualmente en algunas sectas del cristianismo, un poder especial sobrenatural está disponible a todos ellos para efectuar milagros en la cura de dolencias y en la predicción del futuro.

Tome, como ejemplo, las prácti-

cas ascéticas y los ejercicios del taoísmo, e igualmente la forma más simple de meditación abstracta: todo eso es ejecutado según el principio de subyugar el cuerpo bajo el alma, con miras a la liberación de su poder. No es de admirarse que muchas cosas milagrosas hayan acontecido, las cuales no podemos rechazar como supersticiones. Gautama Sidharta fue ateaísta. Esto es un consenso de muchos eruditos y críticos respecto a las enseñanzas del budismo. Él creía en la transmigración del alma, así como en el nirvana.¹ No tengo la mínima intención de disertar sobre el budismo; sólo quiero explicar por qué es que muchas maravillas han sido realizadas en esa religión.

Existe en el budismo una enseñanza sobre la evasión del mundo. Aquellos que aceptan el voto budista deben abstenerse del matrimonio y de la comida. No deben matar ninguna cosa viviente. Debido a las prácticas ascéticas pueden, eventualmente, alcanzar la eliminación de todo alimento. Algunos monjes de alto grado pueden asimismo regresar al pasado desconocido y predecir el futuro. Ellos realizan muchas maravillas por medio de la magia budista. Son capaces de profetizar cosas verdaderas cuando lo que ellos llaman el «corazón de la sangre» chorrea. El empeño en todos estos tipos de abstinencias y prácticas ascéticas fluye de un único principio domi-

nante: el budista está intentando quebrar todos los lazos físicos y materiales, con el fin de liberar el poder de su alma.

Conozco algunas personas de más edad que yo, que se unieron al «Club de la Unidad». Ellas y sus colegas miembros del club, practican la meditación abstracta y así por consiguiente. Ellos me cuentan que cada peldaño que penetran tiene su propia dimensión de luz. La luz que ellos perciben sigue a la verdad que penetran. Creo en lo que dicen, pues son capaces de ser liberados de la represión del cuerpo y así, liberan el poder que Adán poseía antes de su caída. No hay nada de extraordinario en eso.

La moderna iglesia «Ciencia Cristiana» fue fundada por la señora Mary Baker Eddy. Ella negó la existencia de las enfermedades, del sufrimiento, del pecado y de la muerte (aunque ella ya murió). Siendo que, según sus enseñanzas, no existe tal cosa como las enfermedades, siempre que alguien estuviere enfermo, ella sólo necesitaba ejercitar su mente contra cualquier reconocimiento de dolor, y estaba curado. Esto significa entonces, que si alguien cree que no existe ninguna enfermedad, él no estará enfermo. Del mismo modo, si alguien no cree en el pecado, él no pecará. Por el entrenamiento de la mente, emoción y voluntad del hombre, al punto de la absoluta negación de la existencia de esas cosas, considerándolas falsas e ilusorias, se descubrirá que ellas realmente no existen.

Cuando esta enseñanza fue publicada por primera vez, muchas personas se opusieron. Los médicos, en es-

¹ El nirvana, según el Diccionario Herencia Americana de la Lengua Inglesa, es el estado «de absoluta felicidad, que se caracteriza por la liberación del ciclo de reencarnaciones y conquistas, a través de la extinción del ego». (Nota del traductor).

pecial, hicieron oposición, pues si eso fuese verdad, no habría más necesidad de ellos. Aun así, al proseguir sus exámenes en las personas que habían sido curadas por la Ciencia Cristiana, aquellos médicos no pudieron repudiarla como falsa. Por consiguiente, más y más personas creen, y más médicos y científicos famosos abrazan esta enseñanza. Esto no es del todo sorprendente, porque existe una reserva de tremendo poder en el alma, esperando apenas ser liberado del confinamiento de la carne.

Visto científicamente

Veamos ahora este asunto científicamente. El campo de la psicología ha emprendido investigaciones sin precedentes en la era moderna. ¿Qué es la psicología? La palabra es una combinación de dos palabras griegas: «psique», que significa alma, y «logos», que significa discurso. Por lo tanto, psicología es la «ciencia del alma». La investigación utilizada por los científicos modernos es apenas un sondeo en la parte del alma de nuestro ser. Se limita a esa parte, no llegando a tocar el espíritu.

La parapsicología moderna comenzó con Franz Anton Mesmer. Su primer descubrimiento, hecho en 1778, es ahora conocido como Mesmerismo (hipnotismo como fue practicado por el propio Mesmer). Sus discípulos lo superaron a través de sus propios descubrimientos, así como el verde es derivado del azul pero supera al azul. Algunos de sus experimentos son casi increíbles en sus resultados. El método de ellos, que no es imprevisible, apunta a descargar

aquel poder oculto dentro del alma humana. En la clarividencia, por ejemplo (que es el poder de percibir cosas que están fuera del alcance natural de los sentidos), o en la telepatía (comunicación científicamente desconocida o medios inexplicables, como por el ejercicio del poder místico), las personas son capaces de ver, oír u oler cosas que están a millares de kilómetros.

Se ha afirmado que el Mesmerismo «es la roca de la cual todas las ciencias mentales fueron cortadas» (Jessie Penn Lewis). Antes de la época de Mesmer, la investigación psíquica no era una ramificación independiente de la ciencia; ocupaba un lugar insignificante en la ciencia natural. Pero, debido a estos sorprendentes descubrimientos, vino a ser un sistema en sí mismo.

Deseo atraer su atención, no al estudio de la psicología, sino al hecho de que todos aquellos fenómenos milagrosos son obtenidos a través de la liberación del poder latente del alma del hombre, aquella capacidad que quedó oculta después de la caída. ¿Por qué esto es llamado poder «latente»? Porque en la caída de Adán, Dios no había removido aquel poder «sobrenatural» que cierta vez él poseyera. En vez de eso, este poder cayó con él y quedó aprisionado en su cuerpo. El poder estaba allí, sólo que no podía ser manifestado. De ahí el término «poder latente».

Los fenómenos de nuestra vida humana, tales como hablar y pensar, son habilidades bastantes notables; sin embargo, el poder latente que está oculto en el hombre es también impresionante. Si este poder fuese acti-

vado, muchos otros fenómenos notables serían manifestados en nuestras vidas. Los muchos acontecimientos milagrosos que la parapsicología moderna descubre, de modo alguno testifican su carácter sobrenatural. Simplemente prueban que el poder latente del alma puede ser liberado por los medios apropiados.

«Una lista de los ‘descubrimientos’ que siguieron después de haber obtenido Mesmer el conocimiento básico de las fuerzas misteriosas latentes en la constitución humana, muestra cómo el movimiento avanzó de modo sorprendente, una vez que la llave fue obtenida. En 1784, un alumno de Mesmer descubrió la ‘clarividencia’ como resultado del sueño mesmérico, y accidentalmente tropezó en la ‘lectura del pensamiento’.

(Jessie Penn-Lewis).

La telepatía es la comunicación entre mente y mente de forma diferente de aquella por los conocidos canales de los sentidos. Ella capacita a una persona para usar su propia fuerza psíquica a fin de determinar el pensamiento de otros, sin necesidad de ser informada. «El Hipnotismo, la Neurología, la Psicometría y otros innumerables ‘descubrimientos’ se siguieron a medida que pasaron los años» (J. Penn-Lewis). La hipnosis es una condición de sueño artificialmente inducido, en el cual un individuo queda extremadamente sensible y dispuesto a las sugestiones hechas por el hipnotizador. No sólo los hombres, sino también los animales inferiores también pueden ser hipnotizados. Y la Psicometría es «el descubrimiento de que la mente

puede actuar fuera del cuerpo humano, y de que la ‘psicometría sensitiva’ puede leer el pasado como en un libro abierto. Después vino un descubrimiento llamado estatuvolismo, que significa una condición peculiar producida por la voluntad, en que el sujeto puede ‘lanzar su mente a algún lugar distante y ver, oír, sentir, oler y probar lo que está aconteciendo allá. Después, vino un descubrimiento llamado ‘Patetismo’, por el cual la mente podría retirar de sí misma la conciencia de dolor y curar enfermedades. Al principio los hombres de ciencia sólo siguieron estos ‘descubrimientos’ como ramificaciones de la ciencia natural» (J. Penn-Lewis).

Pero, debido a la multiplicación de esos fenómenos milagrosos, la parapsicología luego se convirtió en una ciencia propia. Para los practicantes de esa ciencia, estos fenómenos son bastante naturales. Para nosotros son aun más naturales, porque sabemos que son simplemente las consecuencias de la liberación del poder latente del alma.

Los psicólogos afirman que en el interior del hombre existe un tremendo ejército de poderes: el poder de autocontrol, el poder creativo, el poder reconstructivo, el poder de la fe, el poder de estimular y el poder de revivificar. Todo eso puede ser liberado por los hombres. Un libro de psicología va tan lejos, que llega a proclamar que todos los hombres son dioses, sólo que este dios está aprisionado dentro de nosotros. Al ser liberado dentro de nosotros, todos nos volvemos dioses. ¡Cuán semejantes son estas palabras a aquellas de Satanás!

La regla común

Sea en China o en los países occidentales, todas estas prácticas de respiración, ejercicio ascético, hipnotismo, predicciones, reacciones y comunicaciones, apenas son la liberación y manifestación del poder interior. Imagino que todos ya hemos oído algo de los hechos milagrosos del hipnotismo. En China existen adivinos cuyos actos de predicción son bien conocidos. Cada día ellos reciben sólo a unos pocos clientes. Dedicán mucho tiempo y energía en el perfeccionamiento de su arte, y sus predicciones son maravillosamente exactas. Los budistas tienen sus proezas milagrosas. Aunque no faltan evidencias de engaño, las manifestaciones sobrenaturales son aparentemente innegables.

La explicación para estos fenómenos es simple: ellos, por el acaso o dirigidos por el maligno, descubren algún método o métodos de prácticas ascéticas que los capacitan para ejecutar proezas extraordinarias. Las personas comunes no saben que poseen este poder en ellas. Otras, con algún conocimiento científico, saben que este poder está oculto en ellas, aunque no puedan decir cómo es eso. Nosotros que hemos sido enseñados por Dios (Juan 6:45), sabemos que esta capacidad es el poder latente del alma del hombre, el cual está ahora confinado por la carne, a través de la caída de Adán. Este poder cayó con el hombre de tal modo que, de acuerdo con la voluntad de Dios, no debería ser usado más. Pero es el deseo de Satanás desenvolver esta capacidad latente, a fin de hacer que el hombre se sienta tan rico como Dios, según lo que Satanás había prometido. Así el

hombre se adorará a sí mismo, aunque indirectamente sea una adoración a Satanás.

Por eso, Satanás está detrás de todas esas investigaciones parasíquicas. Él está haciendo lo mejor que puede para usar la energía latente del alma, para alcanzar su objetivo. Por esta razón, todos los que hacen crecer su poder del alma, no pueden evitar la comunicación con el espíritu maligno, y de ser usados por él.

G. H. Pember, en su libro *Las Eras Más Primitivas de la Tierra*, mencionó este asunto desde otro ángulo: «Parecen existir dos métodos a través de los cuales los hombres pueden alcanzar conocimiento y poder prohibidos y obtener acceso a una relación prohibida. Aquel que busca lo primero debe colocar su cuerpo bajo el control de su propia alma, a fin de poder proyectarla. El desarrollo de esas facultades es, sin duda, posible sólo a unos pocos, y aun en el caso de ellos, sólo puede ser alcanzados por medio de un largo y severo curso de entrenamiento, cuyo propósito es quebrantar el cuerpo, llevándolo a una completa sujeción, y producir una perfecta apatía con relación a todos los placeres, dolores y emociones de esta vida, a fin de que ningún elemento perturbador pueda alterar la tranquilidad de la mente del aspirante e impedir su progreso. El segundo método es por medio de una sumisión pasiva al control de inteligencias exteriores».

Debemos prestar atención principalmente al primer método, esto es, a la activación del poder latente del alma de alguien. El punto de vista de Pember coincide completamente con

el nuestro. Las prácticas ascéticas de los budistas, la respiración abstracta del taoísmo, la meditación y concentración mental de los hipnotizadores, la sesión silenciosa de los pertenecientes al «Club de la Unidad» y todas las variedades de meditaciones, contemplaciones, los pensamientos concentrados en no pensar en absolutamente nada, y centenas de hechos semejantes que practican las personas, siguen la misma regla, no importando cuán variados sean su conocimiento y fe. Todas estas cosas no hacen nada más que llevar la voluntad del hombre a un lugar de tranquilidad, con su carne totalmente subyugada, haciendo así posible la liberación del poder latente del alma. La razón por la cual tal cosa no se manifiesta en todos, es porque no todas las personas pueden romper la barrera de la carne y llevar todas las expresiones físicas comunes a la perfecta tranquilidad.

Algunos hechos

Hace muchos años trabé conocimiento con un hindú. Él me habló sobre un amigo en el hinduismo que podía revelar, con precisión, los secretos de las personas. Cierta vez él deseó probar la capacidad de su amigo hindú. Entonces lo convidó a su casa, con la certeza de que el hindú podría revelar todo lo que había sido colocado dentro de cada gaveta. Más tarde, mi amigo hindú solicitó a su amigo que se quedara del lado de afuera y aguardara, mientras él envolvía un valioso objeto en tela y papel antes de colocarlo dentro de una caja y ponerlo en una gaveta bajo llave. Su amigo volvió al interior de la casa y fue ca-

paz de revelar, sin equivocarse, cuál era el valioso objeto. Esto incuestionablemente sucedió debido al ejercicio del poder del alma, que podía penetrar a través de todas las barreras físicas.

La señora Jessie Penn-Lewis, a quien citamos más atrás, cierta vez escribió lo siguiente: «Una vez encontré, en el norte de la India, un hombre que tenía acceso a los más altos círculos de la sociedad en Simla, la residencia de verano del gobierno de la India, el cual me contó cierta noche, de su conexión con los Mahatmas de la India y en otros países de Asia. Él dijo que conocía los grandes eventos políticos semanas y meses antes de que ocurrieran. ‘Yo no dependo de las noticias en telegramas y diarios. Ellos sólo registran acontecimientos pasados, pero nosotros los conocemos antes de que ocurran’, dijo él. ¿Cómo puede un hombre en Londres saber lo que sucede en la India y viceversa? Me explicaron que ello era debido a la ‘fuerza del alma’ que era proyectada por los hombres que conocían el secreto de los Mahatmas» (Revista *El Vencedor* de 1921-23).

Citando el libro «Dinámicas Espirituales» de Wild, Pember registró que un adepto «puede conscientemente ver las mentes de los demás. Él puede obrar a través de su fuerza del alma sobre espíritus externos, puede acelerar el crecimiento de plantas, apagar el fuego, y, como Daniel, subyugar animales salvajes y feroces. Puede también enviar su alma a cierta distancia, y de allá, no sólo leer los pensamientos de los demás, sino hablar y tocar aquellos objetos distantes; no

sólo eso, puede manifestar a sus amigos distantes su cuerpo espiritual en la semejanza exacta del de la carne. Además de eso, el adepto puede crear, de la múltiple atmósfera circunstancial, la semejanza de cualquier objeto físico u ordenarles que vengan a su presencia» (Pember, op. cit. pág. 252).

La actitud del cristiano

Estos fenómenos milagrosos en la religión y en la ciencia son sólo la manifestación del poder latente del hombre, el cual, a su vez, es usado por el espíritu maligno. Todos siguen una regla común: romper el cautiverio de la carne y liberar el poder del alma. La diferencia entre nosotros (los cristianos) y ellos, se encuentra en el hecho de que todos nuestros milagros son realizados por Dios a través del Espíritu Santo. Satanás usa la fuerza del alma del hombre para manifestar su fuerza. El poder del alma del hombre es el instrumento de operación de Satanás, a través del cual él realiza sus fines malignos.

Dios, sin embargo, nunca opera con el poder del alma, pues es sin utilidad para Él. Cuando nacemos de nuevo, nosotros nacemos del Espíritu Santo. Dios opera por el Espíritu Santo y por nuestro espíritu renovado. Él no tiene ningún deseo de usar el poder del alma. Desde la caída, Dios prohibió al hombre usar nuevamente su poder original del alma. Por esa razón el Señor Jesús frecuentemente declara que necesitamos perder nuestra vida del alma, esto es, nuestro poder del alma. Dios desea que nosotros, hoy, no usemos este poder en modo alguno.

No podemos decir que todas las maravillas realizadas en el mundo son falsas; hemos de admitir que muchas de ellas son reales. Sin embargo, todos estos fenómenos son producidos por el poder latente del alma después de la caída de Adán. Como cristianos, debemos ser cautelosos en esta última era, para que no se nos despierte la energía latente del alma, sea a propósito o involuntariamente.

Volvamos nuevamente a las Escrituras leídas al comienzo. Notamos que al final de la era la obra particular de Satanás y de los espíritus malignos bajo su dirección será la de comerciar con el poder del alma de los hombres. La intención es simplemente llenar este mundo con el poder latente del alma. Un corresponsal de la revista «Overcomer» (Vencedor) hace la siguiente comparación: «Las fuerzas de la *psique* (alma), dispuestas contra las fuerzas del *pneuma* (espíritu)». Todos los que tienen discernimiento espiritual y sensibilidad, conocen la realidad de esa declaración.

El poder del alma se lanza sobre nosotros como un torrente. Haciendo uso de la ciencia (psicología y parapsicología), religión y asimismo de una iglesia ignorante (en su búsqueda exagerada de manifestaciones sobrenaturales y en la ausencia de control en cuanto a los dones sobrenaturales según la dirección de la Biblia), Satanás está llevando este mundo a llenarse de poder de las tinieblas. Aun así, esto es apenas la preparación última y final de Satanás para la manifestación del anticristo. Aquellos que son realmente espirituales (esto es, aquellos que rechazan el

poder del alma), perciben en todo alrededor de sí, el crecimiento de la oposición de los espíritus malignos. La atmósfera entera está tan oscurecida, que ellos encuentran difícil avanzar. Sin embargo, esta es también la preparación de Dios para el arrebatación de los vencedores.

Necesitamos entender lo que es el poder del alma y lo que esta fuerza del alma puede hacer. Déjeme decir que, antes del regreso del Señor, cosas semejantes a estas serán grandemente aumentadas, tal vez más de cien veces. Satanás realizará muchas proezas sorprendentes a través del uso del poder del alma, a fin de engañar a los elegidos de Dios.

Estamos aproximándonos ahora al tiempo de la gran apostasía. «El mover está aumentando rápidamente», observó la señora Penn-Lewis. «La mano del archienemigo de Dios y del hombre está en la dirección y el mundo se apresta para la hora negra, cuando, por un breve período, Satanás será entonces el «dios de este siglo», gobernando a través de un súper hombre cuya 'parousía' (aparición) no podrá demorar». ¿Qué es el poder del alma? Yendo a las Escrituras y bajo la iluminación del Espíritu Santo, los creyentes deben reconocer que este poder es tan infernal, al punto de diseminarse por todas las naciones sobre la tierra y transformar el mundo entero en un caos.

Satanás está utilizando ahora este poder del alma a fin de que sirva como un sustituto para el evangelio de Dios y su poder. Él intenta cegar los corazones de las personas por medio del prodigio del poder del alma, a aceptar

una religión sin vida. Él usa también los descubrimientos de la ciencia psíquica para lanzar dudas sobre el valor de hechos sobrenaturales en el cristianismo, llevando a las personas a considerarlos como si fuesen de igual modo, nada más que el poder latente del alma. Su mira es sustituir la salvación de Cristo por la fuerza psíquica. El esfuerzo moderno de cambiar malos hábitos y temperamentos por medio de la hipnosis es un precursor a este objetivo.

Los hijos de Dios sólo pueden ser protegidos por el conocimiento de la diferencia entre espíritu y alma. Si la obra profunda de la cruz no fuere aplicada a nuestra vida adámica, y si por el Espíritu Santo una unión de vida real no fuere realizada con el Señor resucitado, podemos inconscientemente desarrollar nuestro poder del alma.

Aquí puede ser útil citar nuevamente a la señora Penn-Lewis: «El campo de batalla hoy es 'la fuerza del alma' versus 'la fuerza del espíritu'. El Cuerpo de Cristo está, por la energía del Espíritu Santo en él, avanzando hacia el cielo. La atmósfera del mundo está oscureciéndose con las corrientes psíquicas, detrás de las cuales están concentrados los enemigos de los aires. La única seguridad para el hijo de Dios es un conocimiento experimental de la vida de unión con Cristo, donde él habita con Cristo en Dios, encima de los aires envenenados, en los cuales el príncipe de las potestades del aire realiza su trabajo. Sólo la sangre de Cristo para purificación, la cruz de Cristo para identificación en la muerte y el poder del Señor resucitado y ascendido por el

Espíritu Santo, continuamente declarado, retenido y ejercido, conducirá a los miembros del cuerpo en victoria para unirse a la Cabeza que ascendió al cielo».

Mi esperanza hoy es que tú puedas ser ayudado a conocer la fuente y las operaciones del poder latente del alma. Que Dios nos pueda impresionar con el hecho de que donde está la fuerza del alma, ahí está también el espíritu maligno. No debemos usar el

poder que proviene de nosotros; debemos antes usar el poder que procede del Espíritu Santo. Rechacemos principalmente el poder del alma, a fin de que no vengamos a caer en manos de Satanás, pues, el poder del alma debido al pecado de Adán, ya cayó bajo el dominio de Satanás y se convirtió en su último instrumento de trabajo. Nosotros, por esa razón, necesitamos ejercer gran cuidado contra el engaño de Satanás.

* * *

El salvaje en la jaula

“Si un hombre salvaje fuere preso en una jaula”, dice D.M. Panton, “cuando estuviere solo, es amable, tratable, callado y parece bastante civilizado y razonable. Solo en una jaula él sigue sus propios impulsos, sus inclinaciones, y está en paz. Pero, abra la puerta y ponga un hombre civilizado en la jaula, y observe. El semblante del salvaje se transforma; un crispado enfurruñado le oscurece la faz; de súbito se lanza contra el intruso, trabándose en un combate mortal”.

Una joven cristiana afirmó cierta vez: “Yo no sabía que era mal genio hasta después de ser salva”. Hasta entonces su casa no estaba dividida contra sí misma. El ego dominaba por completo. Ella escogía su propio camino, seguía sus propias inclinaciones. Sin embargo, cuando se tornó una “nueva criatura” en Cristo, comenzó a descubrir el principio maligno del egoísmo implantado en nosotros en la caída. El Salvador dice claramente al piadoso Nicodemo: “Aquel que es nacido de la carne” jamás puede entrar en el reino del Espíritu. Él es incurable, incorregible, no puede ser mejorado. Solamente “aquel que es nacido del Espíritu es espíritu”. Existe, pues, en cada creyente el viejo y el nuevo hombre. Cuando las Escrituras hablan del “primer hombre”, “hombre natural” y del “viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos” ellas se refieren a lo que somos “en Adán” y por la naturaleza de él. Por otro lado, los que nacieron de nuevo se tornaron nuevas criaturas “en Cristo”; ellos se revisitaron del “nuevo hombre”.

À Maturidade.

La virtud de las lágrimas

Las lágrimas tienen una lengua, una gramática y un lenguaje que nuestro Padre conoce. Los niños pequeños no tienen necesidad de oraciones para conseguir el pecho, sino que usan el llanto: la madre puede oír el hambre en el lloro.

Samuel Rutherford.

¿Cuál es la causa de tanta confusión y división cuando se trata de las manifestaciones sobrenaturales? El autor, un experimentado hombre de Dios, reúne aquí su vasta experiencia como maestro de la Palabra y líder carismático, e intenta explicar las causas de tal fenómeno.



Derek Prince

Terrenal, animal, diabólico

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1ª Tes. 5: 23-24).

En la primera parte, intenté analizar lo que considero es un problema.¹ En esta segunda parte, quiero verificar, en términos escriturales, cómo surge este problema. Esto es muy importante, porque el problema continúa manifestándose. Voy a dar cinco ejemplos de cómo el

mismo problema ha surgido en los últimos cincuenta años dentro del movimiento carismático. Pienso que si conseguimos analizar el problema, el paso siguiente es evitarlo. Así, espero que todo cuanto tengo que decir sea totalmente práctico.

Comprendiendo la personalidad humana

Quiero hablar ahora sobre la personalidad humana en su totalidad y, especialmente, sobre dos de sus ele-

¹ Se refiere a la primera parte de su libro *Protection from Decepcion*, en que hace un análisis de las manifestaciones sobrenaturales («señales y maravillas») en la cristiandad, especialmente en el ámbito carismático.

mentos. Si no nos comprendemos a nosotros mismos y el modo cómo estamos constituidos, enfrentaremos un gran problema. La personalidad humana total es revelada en el versículo citado más arriba: *«Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable»*. Por tanto, *por completo*, significa *nuestro espíritu, alma y cuerpo*.

En Génesis 1 dice que Dios decidió crear al hombre a su imagen y semejanza (v. 26). A *su imagen* se refiere a su apariencia externa. Hay algo en la apariencia externa del hombre que refleja la apariencia externa de Dios. Digámoslo de otra forma: Fue apropiado que el Hijo de Dios se manifestase en la forma de un ser humano masculino. No podía haber aparecido en forma de un buey y de un becerro, porque, en cierto sentido, el hombre representa la *imagen* o la *apariciencia externa* de Dios. *«Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios...»* (1ª Cor. 11:7).

Semejanza representa la estructura interna de la Divinidad. La estructura de la Divinidad es trina: Padre, Hijo y Espíritu. En esta *semejanza*, el hombre fue creado como un ser trino – espíritu, alma y cuerpo. Así, de manera singular, el hombre representa a Dios junto a la creación sobre la cual Dios lo puso como señor: en su apariencia exterior y en su constitución interior. No vamos a hablar de la apariencia exterior, sino de la estructura interior de la personalidad humana, que es triple: espíritu, alma y cuerpo.

Volviendo al relato de la creación,

podemos detectar el origen de cada uno. El espíritu vino del soplo de Dios. Cuando Dios sopló en la nariz de Adán, eso produjo *espíritu* en Adán. Incidentalmente, las palabras usadas para *espíritu* y *soplo* son las mismas tanto en hebreo como en griego.

El cuerpo fue barro al que se infundió vida divina. El alma surgió a través de la unión entre espíritu y cuerpo. El alma es la parte de difícil comprensión. Es el ego individual, singular – aquello en cada uno de nosotros que puede decir «yo deseo» o «yo quiero». En general, es definida como constituida de voluntad, emociones e intelecto. Así, de modo muy simple, estos están representados en las tres declaraciones verbales: «Quiero... Siento... Pienso». Esta es la naturaleza del alma. Quien está separado de Dios por el pecado es dominado por su alma. Si nos diéramos el trabajo de analizar, veríamos que la vida y las acciones del hombre natural son controladas por estas tres cosas: «Quiero... Siento... Pienso».

Consideremos ahora lo que sucedió a Adán y Eva a causa del pecado. Primero, el espíritu murió. En Génesis 2:17, Dios dice a Adán: *«El día que de él comieres, ciertamente morirás»*. Durante más de 900 años Adán no murió físicamente, pero murió espiritualmente en el momento que desobedeció a Dios.

Al mismo tiempo, el alma de Adán se tornó rebelde. Necesitamos recordar que cada descendiente de Adán, hombre o mujer, tiene en sí mismo la naturaleza rebelde. Este es nuestro mayor problema. Por esta razón, no basta sólo que nuestros pecados nos

sean perdonados, aunque eso sea maravilloso. Lo rebelde tiene que ser muerto y eso forma parte de la provisión del evangelio.

De la rebelión a la salvación

Entonces, ¿qué sucede cuando somos salvos? ¿Qué pasa con nuestro espíritu? Es vivificado. Volvemos a vivir en cuanto al espíritu, en Cristo. Pero eso no es todo: él también nos resucitó y después nos entronizó. Todo eso se encuentra en el pasado. Así, si pudiésemos aceptar esto, espiritualmente estamos sentados con Cristo en el trono (Vea Efesios 2:4-6). Pero el aspecto que quiero enfatizar ahora es: ¡fuimos vivificados!

El alma es reconciliada con Dios a través del arrepentimiento. Es muy importante enfatizar el arrepentimiento. Un rebelde no puede ser reconciliado con Dios mientras permanezca rebelde. Así, una de las cosas implícitas en la salvación es el hecho de librarnos de nuestra rebelión. Muchos que afirman haber nacido de nuevo y ser salvos, de hecho nunca han renunciado a su rebelión. Poseen una forma exterior de cristianismo, sin la realidad interior. *«Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»* (Rom. 5:1).

Estuvimos en guerra contra Dios. Ahora fuimos justificados por la fe – tenemos paz con Dios. Después, en el versículo 11, encontramos: *«Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación»*.

Entonces ¿qué sucede con el cuer-

po por medio de la salvación? Se torna un templo del Espíritu Santo. Considero esto importantísimo. Muchos creyentes no perciben que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo y que tenemos que tratarlos con reverencia (1ª Corintios 6:19-20).

Resumamos lo que sucede en la salvación: Nuestro espíritu es vivificado; nuestra alma es reconciliada con Dios; y nuestro cuerpo es transformado en templo del Espíritu Santo y también queda calificado para la primera resurrección (Fil. 3:10-11).

Entonces, ¿cuáles son las funciones de estos tres elementos? Primero, el espíritu. El espíritu puede mantener comunión directa con Dios y adorarlo. Es la parte del hombre que se originó en Dios y puede volver a Dios en comunión y adoración. Esto es lo que Pablo afirma en 1ª Corintios 6:17, un versículo muy importante: *«Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él»*. En mi opinión, sería totalmente incorrecto decir «un alma». Es «un espíritu». Si observa el contexto de esta frase, verá que Pablo está hablando de un hombre que se une a una ramera y que esto es una unión física, pero él se está refiriendo a una unión espiritual. Visto de esta forma, se torna claro que es una unión muy real. Pero es sólo el espíritu que se puede unir a Dios. El alma no puede, tampoco el cuerpo. Por causa de eso, el espíritu, y sólo él es capaz de verdadera adoración (Jn. 4:23-24). El alma es capaz de alabar y de acciones de gracias; pero sólo el espíritu puede ofrecer a Dios la adoración aceptable.

¿Y el alma? ¿Qué sucede con ella? El alma es el elemento que toma las

decisiones y, a través de la regeneración, ella es capaz de tomar las decisiones correctas. David dice en el Salmo 103: «*Bendice, alma mía, al Señor*». Él estaba hablando con su alma. ¿Qué parte de él estaba hablando con su alma? ¡Su espíritu! Su espíritu sentía la necesidad de bendecir al Señor, pero sólo su espíritu podía hacerlo cuando su alma activase el cuerpo. Así, en esta creación actual, el espíritu se mueve sobre el cuerpo a través del alma.

Usando un ejemplo tosco, pienso que el alma es como la palanca de cambios de un automóvil. Nos sentamos al volante, ponemos a funcionar el motor, pero para que el automóvil se mueva, tenemos que usar la palanca de cambios. Esa palanca es el alma. El espíritu está presente, pero sin el alma no consigue mover el auto.

Mi propósito en todo esto es llegar al punto en que podamos distinguir entre espíritu y alma, pero esto no es fácil. De hecho, hay sólo una forma de lograrlo con eficacia y la encontramos en Hebreos 4:12: «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*». Note la expresión «hasta». La palabra de Dios es el único instrumento suficientemente sensible y afilado para penetrar, dividir alma y espíritu. No existe otra manera para comprender las diferentes funciones del alma y del espíritu y la relación entre ellos, a no ser por la Palabra de Dios. No podemos confiar en nuestra comprensión o en nuestros

sentimientos. El único discernidor confiable es la palabra de Dios. Pero para utilizarla como discernidor, son necesarias dos condiciones. Ellas se encuentran en Hebreos 5:13-14, donde el autor habla de la diferencia entre cristianos maduros e inmaduros. «*Y todo aquel que participa de la leche, es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño* (Los que sólo se alimentan de leche todavía son bebés. Después prosigue); *pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*». En otras palabras, el discernimiento no es algo automático. Viene solamente por la práctica y sólo cuando recibimos todo el consejo de Dios a través de su Palabra. Si vivimos como bebés a base de leche, no tendremos la capacidad de discernir. Si crecemos a pesar de eso, continuaremos sin poder discernir, a menos que nos ejercitemos.

Me gustaría desafiarlo a preguntarse: ¿Está practicando el discernimiento? De mí mismo, puedo decirle que, en cierta medida, practico el discernimiento. Cuando entro en una determinada situación, pongo en funcionamiento mis «antenas espirituales» y pregunto: ¿Cuáles son las fuerzas espirituales que están en acción en esta situación? Cuando escucho una predicación no oigo sólo las palabras, sino que procuro discernir el espíritu que acompaña a las palabras.

Pero eso sólo viene con la práctica. Si vivimos de modo descuidado, no adquirimos la capacidad de discernir. Creo que necesitamos practicar el discernimiento en cada situación. Creo

que el discernimiento debe ser una parte tan rutinaria en nuestra vida espiritual como la oración. En caso contrario, tendremos problemas.

Discerniendo entre alma y espíritu

Ahora me gustaría hablar de la diferencia entre lo espiritual y lo almático (es decir, del alma), que ilustraré en el siguiente cuadro.

Idioma	Sustantivo	Adjetivo
Griego	pneuma	pneumatikós
Español	espíritu	espiritual
Griego	psique	psiquikós
Español	alma	almático

Para comprender este cuadro, tenemos que ir más allá de la traducción. Voy a intentar explicar. En el cuadro, tenemos el griego y después el español, el griego y después el español. Tenemos el sustantivo y después el adjetivo. Al verlos en conjunto la relación es obvia.

La palabra griega para espíritu es *pneuma*, de donde obtenemos en español ‘neumático’ – o sea algo que funciona con aire. Esto es porque *pneuma* significa ‘soplo’, ‘viento’ y ‘espíritu’. Ahora, el adjetivo de *pneuma* es *pneumatikós*. ¿Cómo se traduce al español? Sabemos que *pneuma* es ‘espíritu’. Obviamente, el adjetivo español de *pneuma* es espiritual. No hay otra opción.

Ahora llegamos a la palabra griega para ‘alma’, y aquí enfrentamos un problema: el término griego para alma es *psique*, que da origen a un gran número de palabras como psicológico, psiquiatra, o psicósomático.

Pues bien, tenemos *psique* y el ad-

jetivo es *psiquikós*. No hay duda en cuanto a la traducción del sustantivo – es ‘alma’. ¿Pero el adjetivo? El problema es que en inglés y en español no existe una palabra adecuada. La mejor aproximación en español es ‘almático’. A pesar de no existir esta palabra en español, necesitamos usarla para traducir correctamente la Biblia. Hasta donde yo sé, en alemán, en holandés, en danés, en el sueco y en el noruego – en todos estos idiomas existe una palabra para ‘almático». Pero el inglés y el español carecen de la palabra necesaria para transmitir esta distinción tan importante.

Ahora voy a analizar todos los pasajes del Nuevo Testamento donde la palabra *psiquikós* o ‘almático’ es usada, e intentaré mostrar la diferencia entre espiritual y almático.

Primero, veremos tres casos donde la palabra ‘almático’ se refiere al cuerpo físico, lo que es tal vez un poco difícil de comprender. En 1ª Corintios 15:44 (dos veces) y 46. Nunca oí a alguien discutir este asunto, pero voy a decir lo que pienso y usted puede aceptarlo o rechazarlo. Pero es un asunto relevante, porque Pablo dice en 1ª Corintios 15:44, refiriéndose a la resurrección: «*Se siembra cuerpo animal* (es decir, almático), *resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal* (almático), *y hay cuerpo espiritual*». Note que hay siempre el contraste entre lo almático y lo espiritual.

Después, en el versículo 46, Pablo dice: «*Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal* (almático); *luego lo espiritual*». Entonces, nuestro cuerpo actual es almático; nuestro cuerpo resucitado será espiritual. Comprendo

que eso significa que no necesitaremos más de la ‘palanca de cambios’. Nuestro espíritu simplemente decidirá dónde ir, qué decir, qué hacer, y ¡eso sucederá! Será un cuerpo controlado por el espíritu.

En Ezequiel 1 tenemos la descripción de algunas criaturas que pueden ser representadas como teniendo cuerpos espirituales. Para mí eso es maravilloso, porque en la resurrección tendremos un cuerpo como el de Jesús. Simplemente iremos donde queramos. No habrá problemas con el alma. En Ezequiel 1:12, hablando de los querubines, dice: «*Y cada uno caminaba derecho hacia delante; hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; y cuando andaban, no se volvían*». Ellos tenían cuerpos espirituales: iban para donde el espíritu quería ir.

Por lo tanto, ved mi interpretación. Un cuerpo espiritual es un cuerpo directamente motivado y controlado por el espíritu. Es como un auto en que encendemos el motor y él va para donde queremos ir, a cualquier velocidad. No tenemos que preocuparnos de la palanca de cambios.

Estos son los tres casos donde la palabra ‘psíquicos’ es usada en relación al cuerpo. Ninguna traducción inglesa (o española) que yo conozca usa la palabra ‘almático’. Consecuentemente, la diferencia queda oscurecida.

Veamos ahora otros pasajes donde se usa la palabra ‘psíquicos’. Llegamos ahora a un punto en que hay un claro conflicto entre lo almático y lo espiritual. 1ª Corintios 2:14-15: «*Pero el hombre natural (aquí es el hombre almático) no percibe las co-*

sas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie». Así, el hombre almático no está en armonía con el Espíritu. Él no puede recibir las cosas del Espíritu, no puede comprenderlas. Podemos hablar a los intelectos más altamente educados y no tendrán capacidad alguna para comprender las cosas del Espíritu, porque están funcionando en la esfera del alma. Esto es importante porque muestra que, en cierto sentido, hay una oposición entre lo espiritual y lo almático.

Pasemos ahora a la epístola de Judas, versículo 19, que es un texto revelador. Hablando de las personas que provocan problemas en la iglesia, la New King James dice: «*Son personas sensuales, que causan divisiones y no tienen el Espíritu*» (con *E* mayúscula). Pero obviamente, forman parte de la iglesia, porque provocan división dentro de ella. Entonces, tenemos en la iglesia tanto a los que son espirituales como a los que son almáticos.

De lo terrenal a lo almático y demoníaco

El pasaje más significativo de todos es Santiago 3:15, que analizaremos más detalladamente. Hablando de un cierto tipo de sabiduría, Santiago dice: «*Porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica*». Hasta aquí, usted ya ha comprendido que ‘animal’ es ‘almático’. Entonces, hay un tipo de sabiduría que es almática. Y hay una gradación descendente en tres fases:

primero, terrenal; después, almática; tercero, demoníaca. Creo que esta es la principal vía por la cual los demonios penetran en la obra de Dios, en el pueblo de Dios, en la iglesia de Dios. Es a través de este tránsito de lo terrenal a lo almático y a lo diabólico.

Consideremos lo que todo esto implica. ¿Qué significa ser terrenal? Para un cristiano, creo que significa que nuestra visión está completamente limitada a esta tierra. No conseguimos ver más allá de esta tierra. Todo lo que esperamos de Dios a través de la salvación son cosas que pertenecen a esta vida: prosperidad, sanidad, éxito, poder — ¿Qué más? Creo que todo eso es almático.

Dos casos ejemplares

Voy a dar algunos ejemplos de personas que no eran terrenas. Encontramos una lista de ellas en Hebreos 11. De hecho, podemos resumir a los santos de Hebreos 11 como los que no eran almáticos, no eran terrenos. Veremos sólo dos ejemplos.

En Hebreos 11:9-10, hablando de Abraham, dice: *«Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios»*. Abraham estaba en la tierra prometida, sabía que le había sido prometida, pero no la poseyó y nunca vivió en ella como si le perteneciese. Nunca compró una casa. Vivió siempre en una tienda, que es algo transitorio. Note el contraste con Lot, que se separó de Abraham y volvió el rostro

para Sodoma y se fue para allá. Cuando volvemos a oír hablar de Lot, ya no está sólo mirando hacia Sodoma. Ya está en Sodoma y vive en una casa — dejó de vivir en una tienda. Pienso que, en cierto sentido, Lot es una figura del hombre de Dios que es terrenal.

Pero Abraham tenía una visión que traspasaba el tiempo y penetraba en la eternidad. Él esperaba una ciudad que nunca vería, pero que sabía que un día sería su hogar. Pienso que es así que Dios espera que seamos como cristianos. En este mundo no estamos en casa. Cuando nos sentimos en casa en este mundo, nos tornamos almáticos.

Mi segundo ejemplo es Moisés, en Hebreos 11:27: *«Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible»*. Me gustaría sugerir que esta es la clave para la firmeza. Es mirar más allá del tiempo, más allá del nivel de esta vida, donde generalmente enfrentamos tiempos difíciles, muchas frustraciones, muchas decepciones. ¿Qué nos permite estar firmes? Una visión que nos transporta más allá del tiempo.

Hay muchos otros ejemplos. Esos dos —Abraham y Moisés— son sólo ejemplos de personas que no fueron terrenas. Tenemos después la notable afirmación de Pablo en 1ª Corintios 15:19, que haríamos bien en ponderar. *«Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres»*. Esta es una afirmación extraordinaria. Si todo lo que nuestra fe cristiana nos ofrece son cosas de esta vida, somos dignos de lástima, somos miserables. Y tengo que decir que hay

mucha enseñanza en la iglesia que sólo enfatiza lo que Dios hará por nosotros en esta vida. Tales personas generalmente se consideran prósperas y exitosas. Dios las considera dignas de lástima.

Esta es una verdad muy básica. Los cristianos de generaciones anteriores –hasta la Primera Guerra Mundial– tenían una conciencia básica de este hecho: el mundo no es nuestro hogar. Pero desde entonces, muchos cristianos perdieron esta percepción y viven como si realmente perteneciesen aquí. Nuestros pensamientos, ambiciones y planes están concentrados en las cosas del tiempo. Somos terrenos.

Cuando nos tornamos terrenos, ¿cuál es el próximo peldaño hacia abajo? Almático. ¿Cuál es la esencia del alma? El ego. ¿Qué significa ser almático? Es ser egocéntrico, preocuparse sólo con el número uno –yo. La persona almática dice: «¿Qué gano con esto?». La persona espiritual dice: «¿Cómo puedo glorificar a Dios?». Pienso que usted concordará –y espero no estar siendo cínico– que hay una abundancia de esta actitud almática en la iglesia actual.

Después, lo almático se abre a lo diabólico. Cuando entramos en el campo de lo almático, quedamos expuestos a lo diabólico. Creo que esto es, fundamentalmente, lo que permite que los demonios se infiltren en el pueblo de Dios, en la obra de Dios. Más adelante, presentaré cinco ejemplos de lo que ha sucedido en el siglo XX.

Dos advertencias

Consideremos por un instante dos ejemplos de personas del Antiguo Tes-

tamento que pasaron de lo terrenal a lo almático y de ahí a lo diabólico. Eran personas muy diferentes. La primera es Aarón. Si leemos Éxodo 32, descubriremos algo que siempre me espanta. Aquí estaba el Sumo Sacerdote ungido y oficializado, construyendo un becerro de oro. Me gustaría analizar lo que dice en Éxodo 32:1-10.

En ese momento, Moisés se hallaba en el monte. Hacía cuarenta días que no lo veían: «*Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.*» La frase más significativa es esta: «*el varón que nos sacó de la tierra de Egipto*». Ellos habían perdido a Dios de vista. Se estaban concentrando en líderes humanos. Creo que, casi inevitablemente, eso conduce a la idolatría. Cuando perdemos nuestra visión de Dios y nos concentramos en los siervos de Dios, estamos en gran peligro. Por eso: «*Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Entonces todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas, y los trajeron a Aarón; y él los tomó de las manos de ellos, y le dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.*»

«*Y viendo esto Aarón (esta es una*

descripción espantosa – cuando Aarón vio su propio becerro), *edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón, y dijo: Mañana será fiesta para Jehová* (Oh, Señor. Tengo dificultad para comprender cómo Aarón pudo hacer esto. Pero si Aarón lo hizo, entonces usted y yo también podemos hacerlo. No somos mejores que él. Probablemente, la mayoría de nosotros no llega a su altura). *Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y presentaron ofrendas de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse».*

Esta es la esencia de la idolatría: divertirse. Cuando nuestra adoración se torna diversión, pasamos de lo espiritual a lo almático y, en último análisis, a lo diabólico. No quiero parecer crítico, pero tengo que decir que, según mi entendimiento, la mayoría de aquello que llamamos adoración en el movimiento carismático no es de ningún modo adoración. Frecuentemente, es muy egocéntrico: «Dios, sáname. Dios, bendíceme. Dios, hazme sentir bien. Dios, haz esto; Dios haz aquello». Es egocéntrico; es almático. Sólo lo espiritual puede concentrarse directamente en Dios.

Mucha música que tenemos hoy en la iglesia apela al alma, estimula el alma. Es muy similar al tipo de música usada en el mundo para estimular el alma. No soy ningún experto en música. Canto desafinado. Pero tengo una cierta sensibilidad al impacto de la música. Viví cinco años en África, y tengo conciencia de que ciertos temas y ritmos repetitivos pueden embotar nuestra sensibilidad. Si perma-

necemos el tiempo suficiente bajo su influencia, en especial cuando son tocados muy fuerte, perdemos la capacidad de discernimiento. Y en África, esos ritmos son usados para invocar a los demonios.

Lo que espanta en esta cena de idolatría de Israel es la completa diferencia entre la actitud del pueblo cuando Dios habló desde el cielo y su actitud dos meses después. Hubo un cambio impresionante. En Éxodo 20, cuando tuvieron una revelación singular de Dios como ninguna otra nación jamás recibió, su respuesta fue temor y reverencia (Vea Éxodo 20:18-21). Con todo, en menos de dos meses, abandonaron esa actitud y llegaron al punto de querer un becerro de oro para adorar, porque no veían más a Dios, sino a Moisés como la persona que los sacó de Egipto.

Pablo habla de esto en 1ª Corintios 10:5-7. Hablando sobre las experiencias de Israel cuando salieron de Egipto, dice: *«Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis ídólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar».*

¿Qué sucedió? Sus necesidades físicas habían sido suplidas. Tenían los estómagos llenos, los cuerpos vestidos, ¿qué más les faltaba? Un poco de diversión. Quedo muy preocupado cuando la adoración se transforma en una diversión. La diversión dice: «Entusiásmame... alégrame...

extasíame». Todo esto es para beneficio del alma. El espíritu queda excluido.

Mi segundo ejemplo de la transición de lo espiritual a lo almatónico, y de esto a lo diabólico es aún más aterrador. Lo encontramos en Levítico 9:23-10:2. Esto ocurre en un momento glorioso. El pueblo había hecho todo lo que Dios exigía en cuanto a los sacrificios y, cuando su obediencia fue completa, Dios envió su gloria y quemó el sacrificio puesto sobre el altar. *«Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros. Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová».*

¡El mismo fuego que consumió el sacrificio quemó a los adoradores! ¿Y qué es el «fuego extraño»? Comprendo que es fuego que no fue tomado del altar que Dios ordenó. ¿Y qué es el «fuego extraño» en nuestra experiencia? Diría que es la adoración en cualquier otro espíritu que no es el Espíritu Santo. Y el castigo era la muerte.

En Números 16:1-35 leemos sobre una rebelión contra Moisés en el desierto, cuando algunos de los líderes tomaron 250 incensarios, pusieron en ellos fuego y dijeron: «Somos tan

buenos como Aarón. Tenemos el mismo derecho que él de ser sacerdotes». Y Moisés dijo: «Muy bien. Vamos a comprobar esa pretensión». Y les mandó reunirse, con los incensarios llenos de fuego en las manos. Entonces, el fuego del Señor irrumpió y consumió a los 250 hombres. Para mí, la lección es ésta: «Usted es responsable por el espíritu con que se acerca a Dios».

No quiero decir que usted será consumido por el fuego, pues muchas veces los juicios de Dios son para servir de ejemplo. Pero vemos aquí el peligro de aproximarnos a Dios con lo que es llamado «fuego extraño»: cualquier espíritu que no sea el Espíritu Santo. Esto se ha tornado muy real para mí.

Volvamos a Hebreos y veamos la aplicación de esto en el Nuevo Testamento. Hebreos 12:28-29: *«Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor».* Note la palabra «temor». Me pregunto a mí mismo y a usted: «¿Cuánto temor encontramos hoy en la iglesia? ¿En cuantos cultos que frecuentamos hay un sentimiento de la presencia extraordinaria de Dios?».

El verano pasado, cuando visitamos Gran Bretaña, encontré un pastor amigo que hizo este comentario: «Conozco personas que hablan de Dios como si él fuese alguien que hubiesen encontrado en el bar». Tenemos esta relación de «camarada» con Jesús. Él realmente nos invita a la comunión, pero nunca, nunca debemos perder nuestro sentido de temor. Pienso que

esta es la raíz de los problemas que hemos hablado.

Pensemos nuevamente por un instante en los movimientos espirituales contemporáneos sobre los cuales hemos hablado. Es fácil creer que en algún momento en el principio haya habido un genuino y espontáneo mover del Espíritu Santo. Parte del resultado viene del Espíritu Santo, pero es mezclado con otras cosas. Hay cosas que son de Dios, pero hay otras cosas que no.

¿Por qué? ¿Cuál es el problema? Mi respuesta es *el dominio del alma*: hay un imperceptible deslizarse desde el énfasis en Dios a un énfasis en el ego, de la verdad bíblica objetiva hacia una experiencia personal subjetiva.

Con demasiada frecuencia, un sentimiento de temor y reverencia por la santidad de Dios es sustituido por una frivolidad e irreverencia no bíblica. De hecho, diría que la irreverencia se tornó en una enfermedad epidémica en el movimiento carismático contemporáneo. Si somos culpados de esto, tenemos que arrepentirnos.

Más de una vez, Dios me ha convencido de mi irreverencia. Lo he confesado como pecado y me he arrepentido. Debemos vigilar nuestras lenguas. Charles Finney comentó cierta vez: «Dios nunca usa un contador de chistes para sondear las conciencias». Un ministerio característico del Espíritu Santo es *«convencer de pecado, de justicia y de juicio»* (Juan 16:8). Cuando las personas permanecen sin convicción de pecado, debemos preguntar si el Espíritu Santo está obrando en ellas.

¿Habrá una forma de protegernos?

¿Habrá Dios provisto alguna protección contra este tipo de error? ¡Sí! Pero primero tenemos que comprender que el error ataca principalmente el área del alma – aunque el espíritu pueda ser afectado más tarde. Es, por lo tanto, el alma que tiene que ser protegida.

La protección que Dios preparó para el alma tiene una base singular y completamente suficiente: *el sacrificio de Jesús en la cruz*. En Mateo 16:24-25, Jesús dice: «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.» Ved la paradoja divina: para salvar (proteger) nuestra alma, tenemos que perderla.

Antes de poder seguir a Jesús, hay dos pasos preliminares. Primero, tenemos que negarnos a nosotros mismos; tenemos que decir un «no» resuelto y final a nuestro ego exigente y egoísta. En segundo lugar, tenemos que tomar nuestra cruz. Tenemos que aceptar la sentencia de muerte que la cruz nos impone. Tomar la cruz es una decisión voluntaria que cada uno debe tomar. Dios no nos impone obligatoriamente la cruz.

Si no aplicamos personalmente la cruz a nuestra vida, dejamos una puerta abierta a la influencia demoníaca. Hay siempre el peligro de que nuestro ego no-crucificado responda a las lisonjas seductoras de demonios engañosos. El orgullo es la principal área de nuestro carácter que Satanás tiene como objetivo, y la lisonja es la principal palanca que él usa para poder entrar.

Cada uno de nosotros tiene que aplicar la cruz personalmente a sí mismo. En Gálatas 2:20 Pablo dice: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo...*». Cada uno de nosotros necesita preguntarse: «En mi caso, ¿es esto verdad? ¿Fui ya crucificado con Cristo? ¿O todavía soy motivado por mi ego almático?».

Hoy muchos cristianos piensan que esta solución es demasiado radical. Cuestionan si es realmente la única forma de defenderse del engaño. Tienden a considerar a Pablo un «super-santo» a quien les es imposible imitar. Con todo, Pablo no se ve así. Su ministerio como apóstol fue único, pero su relación personal con Cristo fue un patrón que todos debemos seguir (Vea 1ª Timoteo 1:16). De nuevo, en 1ª Corintios 11:1, dice: «*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*». La única alternativa a la cruz es colocar el ego en lugar de Cristo. Pero eso es idolatría y abre el camino para las consecuencias malignas que invariablemente siguen a la idolatría.

La cruz es el corazón y el centro de la fe cristiana. Sin la cruz proclamada y aplicada, el cristianismo queda sin fundamento y sus reivindicaciones dejan de tener ningún valor. De hecho, se torna una falsa religión. Como tal —como todas las falsas religiones— está inevitablemente expuesta a la infiltración demoníaca y al engaño.

Cinco movimientos que se desviaron

Ahora, después de todo lo que he dicho, me gustaría dar cinco ejemplos de movimientos dentro del movimiento carismático que acabaron yendo

todos por el mismo camino. De una forma o de otra, tuve algún tipo de relación con cada uno de ellos.

Volviendo al largo período después de la 2ª Guerra Mundial: en Canadá, hubo un derramamiento del Espíritu Santo en Saskatchewan, que fue llamado la «Lluvia tardía». Produjo un poderosísimo impacto, y mucha gente de diversas regiones de América del Norte fue a Saskatchewan. Diría que la esencia de este movimiento fue una plena restauración de todos los dones del Espíritu Santo.

Más tarde, conocí un hombre que fue presidente de Adhonet (Asociación de Hombres de Negocios del Evangelio Completo, por sus iniciales en inglés), en Chicago, un excelente cristiano. Me contó lo que le sucedió cuando fue para allá. Dijo que los cultos duraban nueve horas y eran tan emocionantes que ni siquiera daban deseos de ir al baño. Pero ¿qué sucedió? El líder se tornó una persona orgullosa que se autopromovía, y cayó en la inmoralidad, desacreditando así los dones del Espíritu.

Más tarde, entre 1957 y 1962, fui misionero entre las Asambleas Pentecostales de Canadá — gente excelente, pero que prácticamente no ejercían los dones espirituales. Un día les dije: «¿Por qué nunca ejercitamos los dones espirituales?». La respuesta fue: «Eso fue para la ‘Lluvia Tardía’». En otras palabras, lo que sucedió nos imposibilitaba de usar los dones; podíamos seguir el mismo camino que ellos. Una de las tácticas de Satanás es desacreditar lo que es bueno a través de su mal uso.

Después vinieron los «Hijos Ma-

nifiestos». Eran un grupo muy poderoso de hombres que se basaban en el versículo que dice que toda la creación espera la manifestación de los hijos de Dios. Tuvieron un ministerio realmente poderoso, especialmente en la expulsión de demonios. Pero al expulsar los demonios entraban en un largo diálogo con ellos y procuraban obtener revelación de ellos. Creo que es completamente errado en cualquier circunstancia obtener revelaciones por medio de demonios.

Finalmente, adoptaron una teología exagerada que sostenía que algunos de ellos ya habían recibido cuerpos resucitados. Lo que sucedió en seguida fue que dos de ellos murieron en un accidente de avión. Dios les estaba diciendo: «¿Dónde está su cuerpo resucitado?». Pero en un principio eran hombres excelentes.

Después, surgieron los «Niños de Dios». Más tarde cambiaron su nombre a «La Familia». Una mujer llamada Linda Meisner ejerció entre ellos un poderoso ministerio. Me encontré dos o tres veces con ella. Era una mujer poderosa y muy dedicada, que sentía una enorme carga por los jóvenes de América. Pero cuando fue dominada por el orgullo, se tornó manipuladora y dominadora. Muchos de los jóvenes de los «Niños de Dios» quedaron bajo su control. Les hizo cortar relaciones con los padres y la familia y eso fue desastroso. Pero pienso que en el comienzo, ella estaba bien.

Después, apareció William Branham. Tuve una ligera asociación con él en la fase final de su ministerio. Estuve con él en el púlpito dos o tres

veces con la Adhonep. Branham tuvo, en algunos aspectos, uno de los más notables ministerios que yo he conocido. Era un hombre muy amable, humilde y amoroso. Su ministerio de la palabra de conocimiento era absolutamente legendario. Jamás alguien le oyó pronunciar una palabra de conocimiento falsa.

Estuve con él en un culto en Phoenix, Arizona. Él estaba en la plataforma y señaló a una mujer en la audiencia, y le dijo: «Usted no vino aquí por su causa, sino por su nieto». Después, reveló el nombre y la dirección exacta de la mujer en Nueva York. En esa ocasión, se encontraba aproximadamente a 3.000 kilómetros de distancia de la ciudad de Nueva York.

Lamentablemente, después de ejercitar su don dos o tres veces, se desmayó y sus asistentes tuvieron que llevárselo. Explicó lo sucedido recurriendo a la declaración de Jesús que «de mí salió virtud». Pero Jesús no se desmayó. No creo que esto fuese el Espíritu Santo. Pienso que era diabólico.

Más tarde, hizo amistad con Ern Baxter, quien, por un período considerable, enseñaba la Biblia en los cultos evangelísticos de Branham. Ern respetaba mucho a Branham, pero su corazón quedó despedazado con lo que sucedió. Un día, reunió un pequeño grupo y les dijo: «Quiero contarles una cosa sobre Branham, pero me gustaría que no lo divulguen».

Como todas las personas involucradas ya fallecieron, me siento libre para revelar lo que Ern dijo sobre Branham. Él dijo: «Branham tenía dos

espíritus: uno era el Espíritu de Dios, y otro no». Cierta ocasión cuando estaban juntos, Branham señaló una lámpara en el techo y dijo: «El poder que tengo puede hacer mover esa lámpara».

Pienso que Branham permaneció en Cristo hasta el fin, pero fue dominado por personas que quisieron explotarlo. Aunque él no se titulase a sí mismo «Elías», permitía que sus seguidores lo trataran así. Murió en un accidente de tránsito cuando su auto fue alcanzado por un motoneta borracho. Sus seguidores embalsamaron su cuerpo y lo conservaron hasta el Domingo de Pascua, convencidos de que resucitaría, pero eso no sucedió.

Cuando estaba en el Espíritu, bajo la unción, era casi invencible. Cierta vez, en un culto, un endemoniado se acercó para atacarlo. Branham le ordenó que se arrodillase y permaneciese así hasta concluir su mensaje. El hombre se mantuvo arrodillado en la misma posición durante toda la predicación de Branham. Pero tengo que admitir que su fin fue... en el mejor de los casos, desalentador.

Después, tuvimos el «Movimiento del Discipulado». En este caso, yo estuve personal e íntimamente involucrado y puedo decirle que comenzó como una intervención sobrenatural de Dios. Estuve presente cuando todo sucedió. Junto a otros tres predicadores –Bob Mumford, Charles Simpson y Don Basham– estábamos hablando en una Conferencia. En medio del evento, descubrimos que el hombre que dirigía y organizaba la conferencia tenía un serio problema de inmoralidad. Y pensamos: «¿Qué debemos

hacer?». Concordamos en reunirnos en un cuarto de hotel – que no fue el mío. Los cuatro nos arrodillamos y oramos y cuando nos levantamos sabíamos, sin ningún proceso racional, sin haber orado para eso, sin siquiera haberlo deseado – que Dios nos había juntado.

Con todo, pese a eso, al cabo de un año las cosas comenzaron a andar mal. Esta es mi impresión personal: el problema fue principalmente la ambición personal... en diferentes formas. Uno quería ser el líder de un movimiento, otro quería aparecer en el púlpito, etc, y yo era uno de ellos. Según mi experiencia, diría que no hay mayor problema en la iglesia de hoy que la ambición personal en el ministerio.

Otro problema es que no estábamos renovados en nuestras mentes. Todavía pensábamos en términos de la antigua iglesia. Quienes no simpatizaban con nosotros decían: «Ustedes son realmente una denominación». Nuestro líder respondía: «¡No! No somos una denominación. Nunca lo seremos». Pero la lógica de los principios espirituales es inexorable. Él y su grupo se tornaron una denominación.

Nuestro problema fundamental era que no éramos renovados en nuestras mentes. Todavía pensábamos en términos de la forma como la iglesia tradicionalmente hace las cosas. Y no creo que la iglesia haga las cosas como deben ser hechas. Creo que precisa haber una revolución en nuestro modo de pensar antes de poder entrar en plena sintonía con los propósitos de Dios.

Déjeme hacer una lista de estos cinco ejemplos: La Lluvia Tardía, Los

Hijos Manifiestos, Los Niños de Dios, William Branham, El Movimiento del Discipulado.

Finalmente, me gustaría destacar dos elementos que pienso son comunes a todos estos movimientos. Primero: Orgullo. En mi opinión, el orgullo es el más peligroso de todos los pecados. Cierta vez oí a un colega pastor afirmar: «El orgullo es el único pecado del cual el diablo nunca lo hará sentirse culpable». Proverbios 16:18, un versículo muy corto, dice: «*Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu*».

Usted puede notar que las personas generalmente dicen: «El orgullo precede a la caída». Pero no es eso lo que dice la Biblia. Lo que ella dice es: «El orgullo (o la soberbia) precede a la ruina». Entonces, dé media vuelta. No continúe en ese camino, porque su fin es la destrucción. Y digo esto tanto para mí mismo como para usted.

La segunda característica que pienso es común a los cinco movimientos fue aquello que ya comenté: una mezcla de espíritus. Había verdad y había error. Había el Espíritu Santo y había otros espíritus. Y la forma como los otros espíritus entraron fue a través de una declinación progresiva: de lo terreno a lo almático y de esto a lo diabólico.

Recordemos que lo almático es esencialmente egocéntrico. En 2ª Timoteo 3:1-5, Pablo describe cómo será la condición de la humanidad al final de esta era y creo que ya estamos viviendo en ese tiempo. Él señala dieciocho pecados o defectos morales: «*También debes saber esto* (y es la única vez que recuerdo que Pablo haya

sido tan enfático. Él dice: debes saber con toda certeza), *que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos*».

La palabra griega traducida por ‘peligrosos’ es usada en un solo pasaje más, en Mateo 8:28, que describe a dos endemoniados que enfrentaron a Jesús. Y note la palabra castellana usada en ese texto: «feroces». Entonces, vendrán tiempos *feroces* ¡y ya llegaron! Usted puede orar cuanto quiera, pero no puede cambiar la situación. Porque Dios dice: «*También debes saber esto ... vendrán tiempos feroces*». Usted no puede cambiar las cosas, pero puede pedir a Dios que lo prepare para enfrentarlas.

Después, Pablo da una lista de estos dieciocho defectos morales: «*Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios...*». Note que la lista comienza y termina con las cosas que las personas aman. Amor a sí mismo, amor al dinero y a los deleites. Pero me gustaría enfatizar: la raíz de todo esto es el amor a sí mismo. Es eso lo que deja entrar el mal. Egocentrismo. Estar concentrado en el yo. ¿Qué va a hacer Dios para mí? ¿Qué voy a ganar yo con todo esto?

Y después, continúa en el versículo 5: «*...que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita*.» Así, estas personas con estas terribles dieciocho situaciones morales tienen una forma de piedad.

No son incrédulos; no son ateos. No creo que Pablo haya usado jamás la palabra piedad fuera del contexto cristiano. Entonces son, pues, cristianos profesantes. ¿Y cuál es el problema? **Egoísmo.** El egoísmo es aquello que abre el camino a todos los otros problemas. Egocentrismo. Eso lleva, a su vez, a la mezcla.

Sólo un punto más antes de concluir. La mezcla actúa de la siguiente forma: provoca confusión y después división. Porque parte de lo que presenta es bueno y parte malo; parte es verdad y parte error.

Esto significa que hay dos formas como las personas reaccionan: hay los que se concentran en el error y rechazan la verdad; otros se concentran en la verdad y aceptan el error. Y de ahí surge la confusión – y de la confusión,

la división. Las personas quedan agresivamente comprometidas a una u otra de las alternativas. ¿Qué provoca eso? La mezcla. No podemos darnos el lujo de tolerar la mezcla. ¿Cuál es la respuesta a la mezcla? ¡La verdad! ¡La pura e incontaminada verdad de la palabra de Dios!

Cierta vez en los Estados Unidos fui el único testigo de un accidente ocurrido en la calle frente a nuestra casa. Como resultado, fui citado a testificar en el tribunal. Antes de dar mi testimonio, se me pidió que hablase la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Ese fue el patrón establecido por un tribunal secular. ¿Cuánto más no debemos nosotros, como cristianos, defender **la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?**

* * *

El poder de la Palabra

El misionero brasileño Antonio Abuchaim cuenta que cierta vez predicó sobre la parábola de la fiesta de bodas en el cierre de un congreso de jóvenes. Entregó el mensaje sin pretensión alguna, pensando consigo mismo: “Me voy a desentender de la tarea. Es el cierre. No tengo mucho más que hacer”. Entonces, simplemente, expuso la palabra, casi apenas relatando la parábola. Al terminar, dijo: “Quiero dar una oportunidad. Vamos a cantar un himno mientras damos una oportunidad”. Entonces muchas personas vinieron al frente. Él pensó: “Nunca he llamado a tanta gente así”. Pero seguía viniendo gente al frente. Luego vino la juventud, y todo el auditorio estaba llorando. ¡Fue una escena impactante! Abuchaim se puso muy contento, y pensó. “Ahora sí; sólo predicaré este sermón”.

En la primera oportunidad que tuvo, lo predicó de nuevo. El resultado fue cero, *absolutamente cero*. Él pensó que podría predicar eso en el mayor congreso y que sería lo mismo. Abuchaim confiesa: “La primera vez prediqué con temor, confiando en la Palabra de Dios, presentándola sin pretensiones, dejándola fluir y actuar libremente en el auditorio. No procuré en modo alguno influir en la Palabra, y ella, entonces, hizo su trabajo. ¡Lo mejor que un predicador puede hacer es predicar de tal manera que no estorbe la operación de la Palabra de Dios!”.

Tomado de “Barro en sus manos”.



La maravillosa historia del misionero a la India cuyo ejemplo de ganador de almas a través de la intercesión casi no tiene igual en la historia de la iglesia.

John Hyde, apóstol de la oración

John Hyde nació en 1865, en Illinois, Estados Unidos. Era hijo de un ministro presbiteriano. Sobre su hogar paterno alguien ha dicho: «Era una casa donde Jesús era un invitado permanente, y donde los moradores en ella respiraban una atmósfera de oración».

Su padre era un cristiano fiel, sobrio, con modales amables. Muchas veces oró con fervor pidiendo obreros a la mies; y el Señor contestó su oración con creces, pues aun dos de sus hijos fueron llamados al ministerio. Su madre poseía una dulce espiritualidad, y se dedicaba con esmero a sus seis hijos.

La habilidad escolar de John era tan notable que le pidieron que fuera maestro en su ‘alma mater’ después de la graduación. Pero esa profesión no tenía ningún atractivo para el joven y, en obediencia a lo que él sentía era el llamado de Dios, decidió asistir a un seminario en Chicago.

Tomando una gran decisión

Estando allí tuvo una experiencia dolorosa que marcó su corazón: la muerte de su hermano Edmund, quien había decidido ser misionero. Este hecho le llevó a una búsqueda interior, pues él había considerado a su hermano como un modelo para su vida.

J. F. Young, un compañero en aquel seminario, cuenta así lo que fue esta experiencia para John: «Fue durante el año siguiente a la muerte de su hermano Edmund que sus compañeros comprendieron que John no era un joven ordinario. Fue impresionado grandemente por la muerte de su hermano, y un gran conflicto tuvo lugar acerca de lo que haría de su vida. Por fin él se rindió, y en definitiva dijo: «Iré donde tú quieras que yo vaya, amado Señor. «El resultado fue un cambio en su propia vida, y nosotros empezamos a disfrutar de esta experiencia con él».

Su amigo Konkle lo describe así: «Durante el último año, cuando había un interés creciente por las misiones extranjeras en nuestra clase, Hyde vino a mi cuarto aproximadamente a las once una noche y dijo que él necesitaba todos los `argumentos` que yo tenía para ir al campo extranjero. Nos sentamos entonces algunos momentos en silencio, y entonces yo le dije que él conocía tanto como yo el campo extranjero; que yo no creía que eran argumentos lo que él necesitaba, y que la manera de saberlo era ponerlo ante nuestro Padre y esperar hasta que Él decidiera por él. Nos sentamos en silencio un rato más largo, y, diciendo él creer que yo tenía razón, salió dándome las buenas noches. La próxima mañana cuando yo iba a la capilla, sentí una mano en mi brazo, y volviéndome vi la cara de John radiante con una nueva visión. ‘Es seguro, Konkle’, dijo él, y yo no necesité saber cómo».

Desde ese momento, el servicio extranjero fue su tema principal de conversación. Sus oraciones eran que el Señor enviase obreros a tierras donde Cristo no era conocido. Sus peticiones fervientes fueron contestadas con creces, pues, de su clase de 46 graduados, 26 se ofrecieron para el trabajo misionero extranjero.

Primeros pasos en la India

John se embarcó para India en octubre de 1892. Él deseaba rescatar a los millones que estaban pereciendo sin Cristo, pero también esperaba hacerse de un nombre, dominar los idiomas y ser un misionero de fama. Cuando fue a su camarote, encontró

una carta de un amigo de su padre, a quien admiraba por la profundidad de su vida espiritual. Cuando la leyó, se sobresaltó. «No dejaré de orar por ti hasta que seas lleno del Espíritu Santo». La implicación era que él no lo estaba.

«Mi orgullo fue tocado» confesó después, «y me sentí muy enfadado. Tiré la carta a un rincón y subí a cubierta. Yo amaba al remitente, conocía la vida santa que él llevaba. Y en mi corazón hubo la convicción de que él tenía razón: yo no estaba capacitado para ser un misionero».

Regresó a su cabina. «Con desesperación, le pedí al Señor que me llenara de su Espíritu, y al momento todo se aclaró. Empecé a verme a mí mismo y mi ambición egoísta. Antes de llegar al puerto ya estaba decidido a alcanzar aquello, cualquiera fuese el costo».

Al llegar a India, John se encontró con que sólo había tres mujeres y otro misionero para un millón de no cristianos. Era tiempo para empezar a cumplir su vocación y empezar a abrir camino en una nueva tierra. Hyde se encontró con el misionero Ullman, quien servía en la India desde hacía cincuenta y cinco años. Él le enseñó sobre el poder de la sangre de Jesús, lo cual habría de ser un fundamento muy importante para Hyde.

Poco después, asistió a una reunión donde se predicó que Jesucristo puede salvar de todo pecado. Cuando uno de los oyentes, al cierre del servicio, se acercó al orador con la aguda pregunta: «¿Es esa su experiencia personal?», John se sintió muy agradecido de que no fuese él el interrogado. Re-

conoció que él mismo, aunque había estado predicando tal evangelio, aún desconocía ese poder.

Confrontado con la realidad espiritual, sin el bautismo del Espíritu Santo, él era un fracaso completo. Se retiró a su cuarto, orando: «Señor, o tú me das victoria sobre todos mis pecados, o me volveré a América para buscar allí algún otro trabajo. Soy incapaz de predicar el Evangelio hasta que pueda testificar de su poder en mi propia vida».

Con una fe simple, miró a Cristo para la liberación del pecado. Después dijo: «Él me liberó, y no he tenido una duda de esto desde entonces. Puedo ponerme de pie ahora sin vacilación para testificar que él me ha dado la victoria».

Dificultades y fracasos

Sin embargo, el terreno para la evangelización era muy hostil, y los resultados muy pobres. En una carta a su seminario después de su primer año, Hyde escribió: «Ayer se bautizaron ocho personas de la casta inferior en uno de los pueblos. Parece una obra de Dios en la que el hombre, como instrumento, es usado en un grado muy pequeño. Oren por nosotros. Yo aprendo a hablar el idioma muy, muy despacio: sólo puedo hablar un poco en público o en conversación».

En efecto, el idioma fue para él una gran dificultad. Llegando a la India, le fue asignado el estudio del idioma vernáculo. Al principio trabajó duro, pero después lo descuidó por el estudio de la Biblia. Fue amonestado por el comité, pero él contestó: «Lo primero es lo primero». Él argumentó que

había venido a India para enseñar la Biblia, y necesitaba conocerla antes de enseñarla. Dios, por Su Espíritu maravilloso, le abrió las Escrituras sin abandonar el estudio del idioma. «Se volvió un orador correcto y fácil en Urdu, Punjabi, e inglés; pero lejos y principalmente, él aprendió el idioma del Cielo, y de tal manera lo aprendió a hablar que tuvo a los públicos de centenares de indios fascinados mientras él abría para ellos las verdades de la palabra de Dios.»

En el comienzo John Hyde no era un misionero notable. Era lento para hablar. Cuando se le hacía una pregunta o un comentario, parecía no oír, o si oía, permanecía un largo tiempo pensando en la respuesta. Su oído era ligeramente defectuoso, y temía que esto le impidiera aprender el idioma. Su disposición era mansa y callada; él parecía carecer del entusiasmo y celo que un misionero joven debía tener. Sin embargo, a través de sus hermosos ojos azules brillaba el alma de un profeta.

En 1895, Hyde trabajó con otro misionero y surgió un pequeño avivamiento. Esto causó una gran persecución en el pueblo, hasta el punto que los nuevos convertidos fueron golpeados y repudiados. Esto condujo a John a la oración y la intercesión.

En 1896 no hubo ni una sola conversión. Esto le dejó grandemente perturbado, así que fue a la oración para «buscar la razón». El Espíritu de Dios empezó a revelarle que «la vida de la iglesia estaba muy por debajo de las normas de la Biblia».

Dios equipa sabiamente al instrumento que piensa usar, trayendo las

más inesperadas y aun indeseables providencias sobre su vida. En 1898, Hyde quedó inmovilizado durante siete meses. Contrajo la fiebre tifoidea, seguida por dos abscesos en su espalda. Esto le produjo tal depresión nerviosa que hizo necesario el reposo absoluto. Durante este tiempo, fue conducido a una profunda vida de oración. Con el mundo excluido fuera de la puerta, luchó a menudo con Dios hasta la medianoche. O antes del amanecer, estaba de rodillas suplicando por un derramamiento de gracia divina en los pueblos de la India. En una carta a su universidad, escribió: «He sido llevado a orar por otros este invierno como nunca antes. En la universidad o en las fiestas en casa, yo guardaba tales horas para mí, ¿y no puedo hacer yo tanto para Dios y por las almas?».

Se apropió de la oración de Jabes, en 1 Crónicas 4:10. *«¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe! Y le otorgó Dios lo que pidió»*, hasta sentir que Dios también le había oído a él y le había otorgado lo que pedía.

Sin embargo, mientras más tiempo pasaba en oración, sus compañeros misioneros menos lo entendían. Incluso pensaban que él era un fanático y extremista, y aun le consideraban loco. De estos tiempos de intercesión, surgió el apodo que hoy la historia registra: «el Orante John Hyde».

En 1900-1901 escribe a casa proféticamente sobre lo que el Señor le había mostrado en oración acerca del nuevo siglo. Que el nuevo siglo

sería un tiempo de poder pentecostal y una porción doble del Espíritu Santo sería derramada. Que una gran convicción vendría y muchos nacerían de nuevo. Él vio una cristiandad apostólica plena restaurada a la iglesia. Hyde creyó que un gran avivamiento ocurriría después de una comprensión del bautismo del Espíritu Santo. Él predicó a menudo un mensaje: «Recibirás poder después».

Las Convenciones de Oración

Después de diez años de servicio en el campo misionero, por razones de salud, volvió a América. Allí recaló en los corazones una y otra vez la necesidad de ser llenos del Espíritu, para que la causa de las misiones avanzara. Citando Pentecostés como prueba, él declaraba que la oración unida por parte de los cristianos produciría un tremendo crecimiento de la Iglesia en casa y en el extranjero.

En su retorno a la India, el avivamiento vino a la escuela de niñas de Sialkot, en el Punjab, la oficina principal de la Misión presbiteriana donde laboraba John. El Espíritu de Dios también se movió en el seminario cercano. Algunos de los estudiantes, encendidos con amor divino, visitaron la escuela para niños, donde, curiosamente, no les permitieron dar testimonio de lo que Dios había hecho por ellos. Los jóvenes volvieron al seminario, donde se unieron en oración por una visitación del Espíritu Santo en esa rama de la obra. «Oh, Señor», oraron, «concédenos que el lugar donde nos prohibieron que habláramos esta noche se vuelva el centro de grandes bendiciones que fluirán a todas las partes de India».

La dirección de la escuela de niños pronto fue puesta en otras manos, y se anunció una convención en Sialkot para abril de 1904. El propósito era unirse en oración para un movimiento del Espíritu de Dios a lo largo de la India.

Dios puso una gran carga de oración en los corazones de John N. Hyde, R. McCheyne Paterson y George Turner por esta convención. Vieron la necesidad de que la vida espiritual de los obreros, pastores, maestros, y evangelistas, tanto extranjeros como nativos, fuera profundizada. El Espíritu Santo era poco conocido en estos ministerios y muy pocos estaban siendo salvados de entre los millones de inconversos.

Un gran aliento para ellos fue saber del avivamiento que había empezado en Gales. Esto acrecentó su oración y fe. Este evento «abrió senda» para el avivamiento y para llevar adelante la convención.

Hyde y Paterson esperaron y se retiraron un mes entero antes de la fecha de la apertura. Durante treinta días y treinta noches estos hombres piadosos esperaron ante Dios en oración. Turner se les unió después de nueve días, para que durante veintiún días y veintiuna noches estos tres hombres alabaran y oraran a Dios por un poderoso derramamiento de su poder.

Canon Haslam, en una conferencia ocurrida veintiocho años después, dio su impresión personal de aquellos servicios y del cambio notable que se generó allí. «Poco después del comienzo de la convención, el Sr. Hyde pasó por una experiencia que le transfor-

mó en un hombre con poder de Dios y un gran misionero. La vida de la Iglesia, en conjunto, estaba espiritualmente en un nivel muy bajo. Algo drástico se necesitaba. A Hyde se le reveló que la Iglesia no tenía poder debido al pecado; y que ese pecado es quitado sólo cuando hay real arrepentimiento y confesión».

La noche que comenzó todo quedó marcado en la memoria de uno de los participantes: «Cuando la hora de la reunión llegó, se sentaron los hombres en las esteras en la tienda, pero el Sr. Hyde, el conductor, no había llegado. Empezamos a cantar, y cantamos varios himnos antes de que él entrara, bastante tarde.

«Recuerdo cómo él se sentó en la estera frente a nosotros, y silencioso durante un tiempo considerable después que el cantar se detuvo. Entonces se levantó, y nos dijo muy quietamente: ‘Hermanos, yo no dormí nada anoche, y no he comido nada hoy. He estado teniendo una gran controversia con Dios. Siento que él me ha hecho venir aquí para testificarles involucrando algunas cosas que él ha hecho por mí, y he estado arguyendo con él que yo no debo hacer esto. Sólo hace un poco rato he tenido paz acerca de la materia y he estado de acuerdo en obedecerle, y ahora he venido a decirles sólo algunas cosas que él ha hecho por mí’.

«Después de hacer esta breve declaración, nos contó en forma muy quieta y sencilla algunos de los conflictos desesperados que él había tenido con el pecado, y cómo Dios le había dado victoria. Yo pienso que no habló más de quince o veinte minu-

tos; luego se sentó e inclinó su cabeza durante unos minutos, y entonces dijo: 'Tengamos un tiempo de oración'. Recuerdo cómo la pequeña compañía se postró en las esteras sobre sus rostros a la manera oriental, y entonces por un largo tiempo, no sé cuánto, uno tras otro, los hombres se fueron poniendo en pie para orar, y hubo tal confesión de pecados como muchos de nosotros nunca habíamos oído antes, y un clamor a Dios por misericordia y ayuda.

«Era muy tarde esa noche cuando la pequeña asamblea se disgregó, y algunos de nosotros supimos después de varias vidas que fueron transformadas totalmente a través de la influencia de esa reunión».

Evidentemente ese singular mensaje abrió las puertas de los corazones de las personas para el inicio del gran avivamiento en las iglesias de la India.

De ahí en adelante, año tras año, la Unión de Oración ayunó y oró, y en cada convención una urgencia creciente por la evangelización e intercesión llenó a cada asistente. John Hyde surgió como el líder de la oración, y todos estaban asombrados por la profundidad de su visión espiritual, y el ímpetu de su carga por India.

Al año siguiente, la Convención de Sialkot fue precedida otra vez por mucha oración. John Hyde era el predicador principal, y pasaba casi todo el tiempo en su cuarto en constante oración.

Una vez le pidieron a Hyde que hiciera cierta cosa, y él fue para hacerlo, pero volvió al cuarto de oración llorando y confesando que había obe-

decido con reticencia: «Oren por mí, hermanos, para que yo haga esto con alegría». Después de eso, salió y obedeció triunfalmente. Entró nuevamente en el salón con gran alegría, repitiendo tres palabras en urdu: «Ai Asmani Bak»: «Oh, Padre celestial». Lo que siguió es difícil de describir. Fue como si un inmenso océano hubiese inundado aquella asamblea. Los corazones se postraban delante de la presencia divina como los árboles de la floresta delante de un gran temporal. Era el océano del amor de Dios que se derramaba a causa de la obediencia. Hubo corazones quebrantados; confesiones de pecados con lágrimas que luego se transformaban en alegría.

Desde ese tiempo, aquella misión en Sialkot se mantuvo en un nivel espiritual más alto del que había tenido alguna vez. «Buenos» misioneros llegaron a ser conocidos como «poderosos» misioneros. El efecto se sintió a lo largo de toda la India.

También por esa época, John Hyde tuvo dos revelaciones muy preciosas: una de Cristo glorificado como Cordero en su trono – sufriendo infinito dolor por su Cuerpo en la tierra. Como la Cabeza divina, él es el centro nervioso de todo el cuerpo. Él de hecho está viviendo hoy una vida de intercesión por nosotros. La oración a favor de otros es como si fuese la propia respiración de la vida de nuestro Señor en el cielo. Esto se estaba haciendo más y más real en la vida de John Hyde.

La otra fue acerca del atalaya en Isaías 62:6-7. Les preguntaba a menudo a los ministros: «¿Está el Espí-

ritu primero en sus púlpitos?». Él estaba refiriéndose a Juan 15: «Pero cuando el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él testificará de mí: Y ustedes también serán testigos, porque han estado conmigo desde el principio». Había en él tal espíritu de intercesión que otros también empezaron a gemir en agonía por los perdidos.

Un ejemplo de oración intercesora

En uno de los veranos siguientes, Hyde fue a casa de un amigo en las montañas. El propósito era entrar en una verdadera intercesión con su Maestro. Su amigo escribió al respecto: «Era evidente para todos que él estaba quebrantado por el peso de la profunda angustia de su alma. Faltó a muchas comidas, y cuando yo iba a su cuarto, lo encontraba postrado con una gran agonía, o caminando de arriba abajo como si un fuego interior estuviese ardiendo en sus huesos... John no ayunaba en el sentido normal de la palabra, pero frecuentemente, cuando yo le rogaba que viniese a comer, él me miraba, sonreía y decía: «No tengo hambre». Había un hambre mayor consumiendo su propia alma, y solamente la oración podía saciarla. Delante del hambre espiritual, el hambre natural desaparecía».

Paso a paso él estaba siendo llevado hacia una vida de oración, vigilancia y agonía a favor de otros. Un pensamiento predominaba siempre en su mente: que nuestro Señor todavía agoniza a favor de las almas. Con toda la profundidad del amor por su Señor, había vislumbres de sus alturas – mo-

mentos del cielo en la tierra— cuando su alma quedaba inundada con cánticos de alabanza y él entraba en el gozo de su Señor.

En 1908, John Hyde se atrevió a orar por lo que, para muchos, era una demanda imposible: que durante el próximo año en la India él salvara un alma cada día. Trescientas sesenta y cinco personas se convirtieron, bautizaron, y públicamente confesaron a Jesús como su Salvador. Lo imposible sucedió.

Antes de la próxima convención por la cual John Hyde había orado, más de 400 personas habían entrado en el reino de Dios, y cuando la Unión de Oración se volvió a reunir, él duplicó su meta a dos almas por día. Ese año se registraron ochocientas conversiones, y todavía Hyde mostraba una pasión inextinguible por las almas perdidas.

Alguien comentó sobre los resultados de aquella obra: «No había nada superficial en la vida de esos convertidos. Casi todos se volvieron cristianos activos».

John Hyde fue conducido por Dios a confesar los pecados de otros y ponerse en el lugar de ellos, tal como hacían los profetas de la antigüedad (Ver Esdras 9; Daniel 9). «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo» (Gál. 6:2), dice el apóstol. Según esa ley, debemos entregar nuestra vida por los hermanos. Era lo que Hyde hacía.

Al respecto, él aprendió una lección muy solemne – el pecado de señalar los defectos en los demás, aunque sea al orar por ellos. Él estaba cargado cierta vez con un peso de ora-

ción a favor de un siervo de Dios hindú. Se retiró a su cuarto de oración, y meditando en la frialdad de aquel siervo y de la muerte consecuente que había en su congregación, comenzó a orar: «Oh Padre, tú sabes cuán frío...». Pero fue como si un dedo fuese puesto en sus labios, de modo que no podía hablar lo que pretendía, y una voz le dijo al oído: «Quien lo toca, toca la niña de mi ojo». Hyde clamó con angustia: «Perdóname, Padre, pues he sido un acusador de mis hermanos delante de ti». Él reconoció que a la vista de Dios debería contemplar todo lo que es amable. Sin embargo, él quería contemplar también todo lo que es verdadero. Le fue revelado que lo «verdadero» de este versículo se limita a aquello que es, al mismo tiempo, amable y verdadero, que el pecado de los hijos de Dios es efímero; el pecado no es la verdadera naturaleza de los hijos de Dios, pues debemos ver que están en Cristo – perfeccionados, así como estarán cuando él haya completado la buena obra que comenzó en ellos.

Entonces John pidió al Padre que le mostrase todo lo que era digno de alabanza en la vida de aquel hermano. Él recordó entonces muchas cosas por las cuales podía agradecer a Dios de corazón, ¡y así cambió su tiempo en alabanza! Este fue el camino para la victoria. ¿El resultado? Luego después supo que aquel siervo de Dios recibió en la misma época un gran avivamiento y estaba predicando con fuego.

Una vida de oración

En la convención de 1910, la última a la que Hyde asistió, los presentes fueron testigos de la dramáticas

súplicas de Hyde en oración: «¡Oh, Dios, dame almas, o me muero!».

Antes de que la reunión acabara, John Hyde reveló que estaba duplicando su meta de nuevo para el próximo año: Cuatro almas cada día, y nada menos. Durante los próximos doce meses el ministerio de John Hyde lo llevó a lo largo de India. Ahora él era conocido como «el Orante Hyde,» y su intercesión inició los avivamientos en Calcuta, Bombay, y otras ciudades grandes. Si en un día cualquiera no se convertían cuatro personas, Hyde decía que por la noche habría tal peso en su corazón que él no podía comer o dormir hasta haber obtenido la victoria. Oraba por las personas «hasta que...». Le gustaba orar postrado en el suelo. Después que había orado, aplaudía con sus manos, danzaba, gritaba y estaba lleno de gozo. El número de nuevos convertidos crecía continuamente.

Un amigo escribe respecto de él en una de esas reuniones: «Él permaneció con nosotros casi quince días, y durante todo ese tiempo estaba con fiebre. Aun así, ministró en las reuniones normalmente, ¡y cómo Dios nos habló a través de él, a pesar de que físicamente no estaba en condiciones de hacer nada!

«En aquella época yo estuve enfermo por varios días. El dolor en el pecho me mantuvo despierto varias noches. Fue entonces que noté lo que el Sr. Hyde estaba haciendo en su cuarto, frente al mío. Yo podía ver la claridad de la luz eléctrica cuando él salía de la cama y la encendía. Lo observé hacer eso a las doce horas, a las dos, a las cuatro y después a las cinco. Des-

de aquella hora la luz permanecía encendida hasta el amanecer.

«Nunca me olvidaré de las lecciones que aprendí en aquella época. ¿Yo había orado alguna vez por el privilegio de esperar en Dios en las horas de la noche? ¡No! Esto me llevó a pedir este privilegio para mí mismo. El dolor que me impedía dormir noche tras noche fue transformado en alegría y alabanza por causa de este nuevo ministerio que de repente había descubierto, de mantener la vigilia de la noche junto con los otros que tienen la función de despertar al Señor.

El mismo amigo relata cómo John Hyde empeoró físicamente, y finalmente fue persuadido a ver un médico. El diagnóstico del médico fue que el corazón de Hyde estaba en pésima condición. «Nunca encontré un caso tan terrible como este. Fue movido desde su posición normal en el lado izquierdo hacia el derecho». Cuando el médico le preguntó: «¿Qué ha hecho usted consigo mismo?», John Hyde no dijo nada. Solamente sonrió. Pero aquellos que le conocían sabían cuál era la causa: su vida de incesante oración, noche y día, orando excesivamente con muchas lágrimas por sus convertidos, por los colegas en la obra, por los amigos, y por las iglesias en India. Su oración para que él fuese enteramente quemado en vez de oxidarse, estaba siendo respondida.

Una amplia visión final

A principios de 1911, volvió a América muy enfermo, donde supo que, además, también tenía un tumor cerebral. Una operación trajo alivio sólo temporal y, poco después de de-

Cuando el médico le preguntó: «¿Qué ha hecho usted consigo mismo?», John Hyde no dijo nada. Solamente sonrió. Pero aquellos que le conocían sabían cuál era la causa.

jar su India querida, «Orante» Hyde dijo adiós a este mundo, con la siguiente expresión en sus labios: «Grito la victoria de Jesucristo». Tenía sólo 47 años. Nunca se casó.

Antes de morir, él compartió lo que Dios le había mostrado: «En el día de oración, Dios me dio una nueva experiencia. Me parecía estar lejos de nuestro conflicto aquí en el Punjab y vi la gran batalla de Dios en toda la India, y luego más allá, en China, Japón, y África. Vi cómo habíamos estado pensando en el círculo estrecho de nuestros propios países y en nuestras propias denominaciones, y cómo Dios estaba ahora rápidamente reuniendo fuerza y fuerza, línea y línea, y todo estaba empezando a ser un gran forcejeo. Aquello, para mí, significaba el gran triunfo de Cristo. Nosotros debemos ser extremadamente cuidadosos en ser absolutamente obedientes a Él, quien ve todo el campo de batalla todo el tiempo. Sólo él puede poner a cada hombre en el lugar donde su vida puede rendir al máximo».

Su secreto espiritual

«Orante» Hyde había aprendido el más valioso secreto para mantener la

vida espiritual. Algunos de sus compañeros más íntimos revelan, para nuestro beneficio, la razón de su piedad profunda.

Pengwern Jones recordó un sermón de Hyde que dejó una fuerte impresión en su vida. «El Espíritu lo usó para darnos una visión completamente nueva de la Cruz. Ése fue uno de los mensajes más inspiradores que alguna vez oí. Él empezó diciendo que desde cualquier punto de vista que miremos a Cristo en la cruz, vemos heridas, vemos señales de sufrimiento. Desde arriba, vemos las marcas de la corona de espinas; desde atrás de la cruz, vemos los surcos causados por los azotes, etc. Nos habló de la Cruz con tal iluminación que nos olvidamos de Hyde y de todo lo demás. El ‘muriendo, mas viviendo en Cristo’ estaba delante de nosotros. Entonces, paso a paso, nos guió para ver a Cristo crucificado en la provisión para cada necesidad nuestra y, cuando él señalaba la aptitud de Cristo para cada emergencia, sentí que tenía suficiente para la eternidad.

«Pero la cima de todo fue la forma en que enfatizó la verdad de que Cristo en la cruz gritó triunfalmente ‘Consumado es’, cuando todo a su alrededor indicaba que su vida había acabado. Para sus discípulos, él no había cumplido sus propósitos; a sus enemigos les parecía que por fin lo habían vencido. Aparentemente, el conflicto había terminado, y su vida se había acabado. Entonces resonó el grito de victoria: ‘Consumado es’. ¡Un grito de triunfo en la hora más oscura!

«Entonces Hyde nos mostró que,

unidos a Cristo, también podemos gritar triunfalmente, aun cuando todo parezca perdido. Pensamos que nuestra obra parece haber fracasado y el enemigo haber ganado la delantera; somos culpados por todos nuestros amigos y somos compadecidos por nuestros compañeros, pero aun entonces podemos tomar nuestra posición con Cristo en la cruz y gritar: ‘¡Victoria, victoria, victoria!’.

«Desde ese día, nunca he tenido desesperación por mi trabajo. Siempre que me siento desalentado, oigo la voz de Hyde gritando: ¡Victoria!, e inmediatamente llevo mis pensamientos al Calvario, y oigo a mi Salvador en su hora agonizante clamando con gozo: ‘Consumado es’. Hyde dijo: ‘Ésta es una victoria real, para gritar en triunfo aunque alrededor todo sea oscuridad’».

«Esta dependencia de Cristo y su Espíritu era el secreto del éxito de John Hyde en todo», agregó R. McCheyne. «¡Éste es el secreto de cada santo de Dios! ‘Mi poder se perfecciona en la debilidad’, es Su Palabra. Así cuando yo soy débil, soy fuerte, fuerte con poder divino. ¡Cuanto más crecemos en gracia, más dependientes nos volvemos! Nunca olvidemos este hecho glorioso, y entonces seremos capaces de agradecer a Dios por nuestros recuerdos malos, por nuestros cuerpos débiles, por todo; y en ese sacrificio de alabanza estará Su deleite y también el nuestro».

A través de John Hyde, Dios reveló vislumbres del divino corazón de Cristo, partido por nuestros pecados. No necesitamos tener nosotros nuestro corazón partido, sino tener el co-

razón partido de Dios. No somos participantes de nuestros sufrimientos, sino de los sufrimientos de Cristo. No es con nuestras lágrimas que debemos clamar noche y día, sino que todo viene de Cristo. La comunión con sus sufrimientos es un don gratuito para ser recibido simplemente por fe.

McCheyne agrega al respecto: «¿Cuál fue el secreto de la vida de oración de John Hyde? ¿Quién es la fuente de toda vida? Jesús glorificado. ¿Cómo recibo esta vida de él? Así como recibí su justicia en el comienzo. Reconozco que no tengo ninguna justicia en mí mismo –solamente trapos de inmundicia– y en fe me apropio de su justicia.

«Ahora sigue un doble resultado. En cuanto a nuestro Padre en los cielos, él ve la justicia de Cristo y no mi injusticia. Un segundo resultado viene en cuanto a nosotros mismos: la justicia de Cristo no sólo nos reviste exteriormente, sino que entra en nuestro propio ser por su Espíritu, recibido por fe, y desarrolla la santificación en nosotros.

«¿Por qué no puede ser lo mismo con nuestra vida de oración? Acordémonos de la palabra «por». «Cristo murió por nosotros», y «viviendo siempre para interceder por nosotros», esto es, en nuestro lugar. Así declaro que mis oraciones son siempre insuficientes (ni me atrevo a llamarla una vida de oración), y suplico basado en su intercesión incesante. Eso afecta a nuestro Padre, pues él ve la vida de oración de Cristo en nosotros y res-

ponde de acuerdo con ella. De manera que la respuesta es «mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos».

«Otro gran resultado se sigue: nosotros somos afectados. La vida de oración de Cristo entra en nosotros y él ora en nosotros. Esto es la oración en el Espíritu Santo. Esta es la vida más abundante que nuestro Señor nos da. ¡Oh, qué paz, que alivio! No hay más necesidad de esforzarnos para producir una vida de oración, fallando constantemente. Jesús entra en la barca y la labor termina, y luego estamos en el lugar que era nuestro destino. Ahora, necesitamos quedar quietos delante de él para oír su voz y permitir que él ore en nosotros – sí, más que esto, permitir que él derrame en nuestra alma su vida transbordante de intercesión, que significa literalmente «encontrarse cara a cara con Dios – verdadera unión y comunión».

John acostumbraba a decir: «Cuando nos mantenemos cerca de Jesús, es él quien atrae las almas a sí mismo a través de nosotros, pero es necesario que él sea levantado en nuestra vida: esto es, tenemos que ser crucificados con él. De alguna forma, es el yo que se levanta entre nosotros y él, y por eso el yo precisa ser tratado como él fue. El yo necesita ser crucificado. Solamente entonces Cristo será levantado en nuestra vida, y él no puede dejar de atraer las almas a sí mismo. Todo eso es resultado de la unión y comunión íntimas, o sea, comunión con él en sus sufrimientos».

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada.

Los novacianos



Rodrigo Abarca

El clamor por una iglesia santa

En la historia de la iglesia, los 200 años posteriores a Pentecostés fueron testigos de una lenta, pero inexorable declinación espiritual en medio de los creyentes. Por un lado, la organización, y jerarquización de la cristiandad darían lugar a un vasto sistema eclesiástico gobernado por una casta superior y sacerdotal; por otro, el sencillo culto del principio, flexible y participativo, que daba lugar a la libre expresión de todos los miembros del cuerpo, fue reemplazado por un ritual cada vez más rígido, exterior y formal, bajo el control exclusivo de la nueva casta sacerdotal. Los obispos, convertidos en verdaderos monarcas, reclamaban la autoridad sobre todo y en todo. Ya hemos visto como Ignacio de Antioquía inició esta tendencia hacia la importancia superlativa de los obispos, la que se vio re-

forzada por el «rol» que les asignaron algunos connotados apologistas, conceptuándolos como los «auténticos» guardianes de la «tradición apostólica».

Es justo señalar, sin embargo, que los grandes apologistas (Ireneo, Tertuliano, etc.) que escribieron contra los gnósticos (los cuales pretendían poseer una tradición secreta y superior del Evangelio), acudieron a la autoridad de las sedes apostólicas más antiguas (como Roma, Jerusalén, Antioquía, etc.) para buscar en ellas la interpretación aceptada como regla universal de interpretación de los escritos apostólicos, y no como fuente de nuevas tradiciones que se alejaban de la sencillez original. De hecho, como se ha señalado en el artículo anterior, Tertuliano, quien apela resueltamente a la autoridad de las sedes apostólicas contra los gnósticos, no duda en denunciar la creciente autoridad episcopal

como una novedad que modifica la antigua tradición de las iglesias en cuanto al gobierno y el culto.

En verdad, el siglo segundo y tercero fueron un extenso campo de batalla entre el antiguo orden de la iglesia, heredado de los apóstoles, sencillo, flexible y horizontal, y el nuevo orden obispal, rígido, formal y vertical. Muchas iglesias se opusieron a este cambio, pero con el paso del tiempo se hallaron formando parte de una minoría cada vez más reducida, que contemplaba entristecida cómo la cristiandad se alejaba más y más de los principios neotestamentarios.

Alrededor del año 250 d. C. las tendencias episcopales llegaron a su máxima expresión con Cipriano, obispo de Cartago. Este, al igual que Ignacio, fue un hombre consagrado y un valiente mártir de Jesucristo, quien, además, paradójicamente, consideraba a Tertuliano como su maestro. Fue Cipriano quien desarrolló hasta el máximo la idea del obispo monárquico como encarnación suprema y final de la iglesia: *«El obispo está en la iglesia, y la iglesia en el obispo; y si alguno no está con el obispo, no está en la iglesia»*. Así surgió la idea de la iglesia como algo aparte y distinto de todos los creyentes. En el Nuevo Testamento, la iglesia era, sobre la tierra, el cuerpo entero de creyentes; jamás Pablo, Pedro o Juan se habrían atrevido a afirmar que «ellos eran la iglesia», sin incluir a todos los hermanos en ella, aún siendo apóstoles de Jesucristo. Pero para el año 250 d. C., la iglesia vendría a ser, por definición, el sistema clerical.

Además, para Cipriano, la iglesia, encarnada en los obispos, era la mediadora visible y exclusiva de la gra-

cia de Dios, por medio de sus sacramentos. Quien no se sometía a la autoridad de «esta iglesia» estaba fuera de la gracia y debía ser considerado como un hereje de la peor clase, sin importar cuán ortodoxo, y fiel pudiera ser como creyente en Jesucristo. Todo era una cuestión de sumisión a la iglesia organizada, fuera de la cual no había salvación.

Esta terrible y trágica distorsión de la naturaleza de la iglesia habría de ser la fuente de muchos males posteriores. Un entero sistema terrenal había usurpado el lugar y el nombre de Cristo y su iglesia sobre la tierra, y esta ya no sería más considerada como la comunidad de los redimidos y regenerados por el Espíritu. Además, en conexión con esto mismo, se desarrolló la idea del bautismo como sacramento regenerador, que tenía eficacia por sí mismo. Bajo este concepto, Cipriano y otros desarrollaron y extendieron la práctica de bautizar niños, abriendo las puertas de la «iglesia» a hombres y mujeres no regenerados.

La reacción novaciana

Este era el estado de cosas en la cristiandad cuando en el año 250 d. C., el emperador Decio lanzó una terrible ola de persecución contra los santos. Pero las iglesias habían llegado a una condición espiritual tan deplorable, que en esta oportunidad cientos de miles de creyentes salvaron sus vidas apresurándose a negar su fe, adorando la imagen del emperador y denunciando a sus hermanos. Es verdad que algunos cedieron después de horribles torturas, pero con muchos sólo bastó la amenaza del castigo. Esto, por supuesto, causó es-

cándalo en muchas conciencias espirituales. Cuando la persecución terminó, muchos de estos hombres y mujeres que habían negado su fe, pidieron ser readmitidos en la «iglesia». Y la gran mayoría de los obispos estuvo dispuesta a recibirlos, alegando que el espíritu del evangelio era el perdón. Pero en verdad, detrás de mucho de este supuesto espíritu evangélico, se escondía una ambición secularizada y contemporizadora que sólo buscaba prosélitos y poder, sin ningún interés por la condición espiritual de la iglesia.

No obstante, quienes fueron testigos de esta tragedia y de la posterior reacción de los obispos, y tenían una conciencia y un celo por la condición espiritual de la iglesia, vieron en tal apostasía causas mucho más profundas. Y entre éstos hubo en particular dos hombres: Novato y Novaciano.

El primero era presbítero en la ciudad de Cartago y se oponía a las tendencias monárquicas y jerárquicas de los obispos, en especial de Cipriano. Novato buscaba reestablecer la antigua igualdad entre los obispos y los presbíteros, pero Cipriano lo resistió vehementemente. Novato se fue a Roma, donde continuó con sus enseñanzas. Allí conoció a Novaciano quien a su vez, al igual que los montanistas, se negaba a aceptar que quienes habían desertado de su fe fuesen readmitidos. A ellos se unieron por todas partes muchos hermanos y hermanas que deploraban profundamente el estado de cosas en la cristiandad organizada. Se les llamó Novacianos, por causa de Novaciano, pero ellos difícilmente habrían aceptado ser llamados así. Eran simples hermanos y hermanas que bus-

caban regresar a un estándar más puro, sencillo y elevado de la fe cristiana.

Muchos los han acusado de un rigor y extremismo que difiere del espíritu del evangelio de la gracia y del perdón. Se dice que exigían una perfección más allá de las posibilidades humanas (perfección que, por lo demás, el mismo Señor demandó, por ejemplo, en el Sermón del Monte). Y, tal vez, haya en esta acusación algo de cierto, pues en ocasiones pecaron de falta de compasión y misericordia hacia quienes genuinamente se arrepentían de su deserción. No obstante, para comprender su reacción extrema se debe antes considerar la condición general de la cristiandad de sus tiempos. Ellos veían en estos cristianos desertores el signo de que la iglesia se había convertido en un sistema terrenal, sin poder ni eficacia para producir vidas verdaderamente regeneradas.

Rechazaron el bautismo de niños, pues lo consideraban una de las causas de la ruina espiritual. Para ellos, quienes habían negado la fe, no eran en verdad cristianos, es decir hombres y mujeres regenerados por el Espíritu. Habían entrado en la iglesia como producto de la laxitud moral y la ambición de algunos obispos que promovían un cristianismo sin demandas espirituales, convirtiéndolo en un rito exterior y sacramental (incluyendo el bautismo de niños), con miras a acrecentar casi indiscriminadamente el número de fieles, abriendo así una puerta para toda clase de elementos y costumbres paganas. Por ello, llegaron a considerar al sistema obispal mismo como una deformación y un gran mal para la iglesia.

Los Novacianos anhelaban una iglesia santa, pura, más sencilla y compuesta sólo de hombres y mujeres regenerados. Para ellos, la prueba de esa regeneración debía ser hallada en una vida de consagración y santidad para el Señor. No aceptaban que la santidad era la vocación de unos pocos en el cuerpo de Cristo, mientras que el resto podía contentarse con un cristianismo diluido y acomodado a sus «debilidades humanas». Rechazaban, por lo mismo, el sistema clerical, y los sacramentos como medios de gracia, que promovían esta visión dual de la vida cristiana,¹ y creían en iglesias independientes en cuanto a organización y funcionamiento, dirigidas por una pluralidad de presbíteros o ancianos, cuyo estándar, como se ha dicho, era la santidad.

De hecho, y de acuerdo con la Escritura, creían que los obispos y los presbíteros eran lo mismo. Sin embargo, su protesta se topó con la férrea oposición de algunos obispos de su época. Cipriano, junto con Cornelio, obispo de Roma, a cuya designación se había opuesto Novaciano debido a su laxitud moral, convocaron un sínodo de obispos y lograron que los Novacianos fuesen excomulgados y

expulsados de la iglesia organizada. No había ninguna cuestión doctrinal que los separase, sino sólo cuestiones de autoridad eclesiástica y práctica cristiana. Novaciano mismo escribió un excelente tratado sobre la Trinidad y, al escribir en latín, entregó a occidente la capacidad de desarrollarse teológicamente. También escribió tratados refutando algunas herejías gnósticas. Fue él quien por primera vez usó la expresión «Verbo encarnado».

Tristemente, nada de esto impresionó a Cipriano y a los demás obispos, como tampoco el carácter espiritual irreprochable de Novaciano y los hermanos que estaban con él. Los así llamados *Novacianos* comenzaron desde entonces una obra separada de la cristiandad organizada, que se extendió rápidamente por muchas partes de Europa y Asia menor. Lo que de paso prueba que en muchas partes había hermanos y hermanas descontentos con el desarrollo de la cristiandad organizada. Debido a su celo por una vida más santa y pura fueron llamados *cátaros* (del griego *kataroi* o «puros»). Y con ese nombre aparecen en la historia posterior, como también con muchos otros apodos, dados por sus detractores y perseguidores. En los

¹ La reacción contra este estado de cosas tuvo, dentro de la cristiandad organizada, el nombre de monasticismo, a partir de Pablo, el eremita, el año 251 d. C., quien se retiró a la soledad del desierto de Egipto. Hombres y mujeres se separaban de la mundanalidad de sus días para intentar vivir vidas más santas y conformes con el evangelio, aunque sin pretender que todos los creyentes siguieran su ejemplo. De hecho, entre ellos encontramos a la mayoría de los queridos santos que iluminaron desde adentro la terrible oscuridad de la cristiandad organizada. Las órdenes monásticas, sin embargo, decaían

con el tiempo, y una nueva orden venía a reemplazarlas. Se destacan entre ellos los nombres de Benito de Aniano, Agustín de Hipona, Odo de Cluny, Bernardo de Clairvaux, Tomás de Aquino y Francisco de Asís. Sin embargo, con el monasticismo se afianzó también el errado concepto de que había dos clases de cristianismo posible: uno diluido e inferior para el común de los creyentes y otro más exigente y elevado para quienes escogían la vida monástica. Este trágico hecho nos muestra la importancia y pertinencia de la demanda novaciana.

Una investigación histórica más exacta probará que en verdad la mayoría de las llamadas sectas medievales se negaron a aceptar la decadencia de la cristiandad y escogieron así el terrible camino del descrédito, la difamación, la persecución, el martirio y, finalmente, el olvido.

siglos siguientes, tras la unión de la «iglesia organizada» y el estado bajo Constantino, se convirtieron en un pueblo perseguido y difamado. Su historia posterior constituye quizá una de las mayores tragedias en la historia de la iglesia. Perseguidos hasta casi el exterminio, sus prácticas y creencias fueron distorsionadas, deformadas, y cuando no, borradas casi por completo del registro de la historia. Hoy es poco lo que sabemos de ellos, excepto por las supuestas confesiones extraídas por sus torturadores y ejecu-

tores. Como mínimo, se les ha acusado de sostener las peores herejías gnósticas y maniqueas, pues la cristiandad organizada siempre quiso mantener la ilusión o ficción de que fuera de ella nunca existió verdadera fe. Todo lo demás no podía ser sino herejía y falsedad.²

Sin embargo, una investigación histórica más exacta probará que en verdad la mayoría de las llamadas sectas medievales, conocidas como valdenses, albigenses, cátaros y muchos nombres más, eran en verdad sucesores directos de aquellos antiguos hermanos que se negaron a aceptar la decadencia de la cristiandad y escogieron así el terrible camino del descrédito, la difamación, la persecución, el martirio y, finalmente, el olvido.

Pero, gracias a ellos, la antorcha nunca se apagó del todo, incluso en los tiempos de mayor apostasía y oscuridad. Más adelante, como ya se ha dicho, volveremos a encontrarnos con estos valientes testigos de Jesucristo, ya sea escondidos en los valles alpinos, u ocupando extensas regiones del sur de Francia, manteniendo aún la primitiva sencillez, santidad y organización de las iglesias apostólicas.

² Al respecto, muchos historiadores y novelistas modernos, siguiendo esta línea de interpretación han escrito supuestos libros y novelas «históricas» sobre los cátaros, mostrándoles como sectas gnósticas o maniqueas. Pero su línea de razonamiento y su método de reconstrucción es débil y extemporáneo: Puesto que sus acusadores dicen que sostenían herejías gnósticas, investigan acríticamente el pensamiento de gnósticos como Marción y Valentino, de mediados del siglo II, y lo superponen luego extemporánea y arbitrariamente so-

bre los cátaros de los siglos IV en adelante. Sin embargo, ningún documento histórico contemporáneo escrito por ellos da base para dichas acusaciones, pues éstos no existen o fueron destruidos. De hecho, en este caso lo que primero debe ser puesto en duda es la confiabilidad del testimonio de sus perseguidores y verdugos. En verdad, la primera vez que los cátaros aparecen en la historia es siendo estrictamente ortodoxos y trinitarios en su fe, tal como lo fue el mismo Novaciano.

Claves para el estudio de la Palabra

Rut

A. T. Pierson

Palabra clave: Pariente (redentor)**Versículo clave: 4:14**

Este es un idilio pastoral. En Booz, redentor de Rut y de su propiedad perdida, dos condiciones necesitan estar presentes: él necesita ser pariente para tener el derecho, y ser de una rama más alta de la familia, pudiente económicamente, para tener el poder de redimir. La raza está en ruinas. El hombre es pariente del hombre, pero no puede redimir a su prójimo, pues él también está arruinado. El Dios-Hombre, nuestro pariente cercano, siendo de una familia más noble, se convierte en redentor y novio de la Iglesia.

Esta *sagrada historia de amor* tiene un aspecto tipológico. Hay hambre en Belén (Casa del Pan), que lleva a Elimelec (Dios, mi Rey) a Moab, tierra extranjera. Allá, entre altares de Quemos (enemigo vencido) él muere y después de él sus hijos Mahlón (canción) y Quelión (perfección), dejando viudas a las moabitas, Orfa (cráneo) y Rut (satisfecha). Diez años después Noemí (dulce) retorna con Rut. Guiada por la providencia, ella espiga en los campos de Booz (en él hay fuerza). Él la mira con gracia, recupera su propiedad y la desposa.

La moabita, excluida por la ley (Dt. 23:3), es admitida por la gracia, no sólo en la congregación del Señor, sino en la línea genealógica del Mesías, que, como Booz, es el Señor de la mies, dispensador del pan, donador del descanso.

Sin embargo, la falta de pan no nos autoriza a apartarnos de Dios y a identificarnos con la tierra prohibida de los extranjeros. La calamidad sigue a la desobediencia. Lo que cae debe volver de la alienación y separación a ser reunido al Señor y su pueblo antes de que vuelva la prosperidad.

Orfa representa el rechazo del pecador; Rut, el pecador arrepentido, que cree y viene al Redentor, pobre y sin amigos, quedándose a sus pies, suplicando por el abrigo de su Nombre, la protección y provisión de su amor, la participación de su vida y gozo, y hallando en él más de lo que la esperanza jamás se atrevió a anticipar.

Rut es la precursora de los gentiles incorporados a la Iglesia.

* * *

Como ropa vieja

El mundo de nuestros días se asemeja a una pieza de vestir cuyas fibras se han desgastado y comienza a resquebrajarse. Cuando se remienda por un lado se rompe por otro.

Evis Carballosa.

Estudiando los Salmos con C. H. Spurgeon.



El tesoro de David

Salmo 65

Éste es un Salmo encantador. Vinieron después de los anteriores que son tan tristes, parece la aparición de la mañana después de las tinieblas de la noche. Hay la frescura del rocío en él, y desde el versículo 9 hasta el final hay una sucesión dulce de cuadros o paisajes que nos recuerdan la hermosa de la primavera; y verdaderamente es una descripción, en imágenes naturales, del estado feliz de la mente de los hombres que resulta del «Día de la Primavera que nos visita desde lo alto» (Lucas 1:78). (*O. Prescott Hiller*).

Salmo 66

Tiene que haber sido un hombre de gran destreza el que cantó este Salmo: la mejor música del mundo se sentiría honrada de poderse unir a expresiones semejantes. No sabemos quién fue su autor, pero no vemos razón alguna para dudar de que fue David el que lo escribió.

Salmo 67

No se da nombre de autor, pero sería muy atrevido el que intentara negar que fue escrito por David. A pesar de las tristes nociones de algunos, seguimos adheridos a la creencia de que el reino de Cristo abarcará todo el globo habitable y que toda carne verá la salvación de Dios; y por esta gloriosa consumación agonizamos en la oración. Las naciones nunca estarán contentas mientras no sigan la guía del gran Pastor. Algunos cantan por costumbre, otros para exhibirse, otros por deber, otros por diversión; pero el cantar del corazón que rebosa de gozo y necesita hallar salida, esto es verdaderamente cantar. Naciones enteras harán lo mismo cuando Jesús reine sobre ellas en el poder de su gracia.

Salmo 68

Es un cántico estimulante y enardecedor. Todo el Salmo presenta en cuadros aptos el camino del Señor Jesús entre sus santos y su ascenso a la gloria. El

Salmo es a la vez sumamente excelente y difícil de interpretar. Su oscuridad en algunas estrofas es del todo impenetrable. Algún crítico alemán habla de él como de un titán, muy difícil de dominar. «Para muchos críticos ésta es la efusión más elevada de la musa lírica de David» (William Binnie). «A juzgar por la antigüedad de su lenguaje, su descripción concisa, las expresiones frescas, potentes y, algunas veces, irónicas de su poesía, lo podemos considerar como uno de los monumentos más antiguos de la poesía hebrea». (*Boettcher*).

Salmo 69

En el Salmo cuarenta y uno había lirios dorados que desprendían mirra olorosa y suave, y florecían en hermosos jardines al borde de palacios de marfil; en éste tenemos el lirio entre espigas, el lirio del valle hermoso, floreciendo en el Jardín de Getsemaní. Si alguno inquiera: «¿De quién dice esto el Salmista? ¿De sí mismo o de otro?», contestaremos: «De sí mismo y de algún otro». Quién es este otro no tardaremos mucho en descubrirlo; sólo del crucificado se puede decir: «En mi sed me dieron vinagre para que lo bebiera». Sus pisadas a o largo de este cántico lastimero han sido indicadas por el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, y por tanto creemos y estamos seguros que se trata del Hijo del Hombre aquí. Con todo, parece que la intención del Espíritu, si bien da tipos personales y con ello muestra la semejanza al primogénito que existía en los herederos de salvación, es hacer resaltar también las diferencias entre el mejor de los hijos de los hombres y el Hijo de Dios, porque hay versículos aquí que no se pueden aplicar a nuestro Señor; casi nos estremeamos cuando vemos a algunos hermanos

que intentan hacerlo, como, por ejemplo, el 5. «Este Salmo ha sido en general considerado como mesiánico. No hay porción de las Escrituras del Antiguo Testamento que sea mencionada con mayor frecuencia en el Nuevo, con la excepción del Salmo 22». (*J. J. Stewart Perowne*).

Salmo 70

En cuanto al título, se corresponde con el Salmo 40, del cual es una copia con variaciones. David, al parecer, escribió el Salmo completo, y también hizo un extracto del mismo y lo alteró para adaptarlo a la ocasión. Hace juego con el Salmo 69 y es un prefacio apropiado para el Salmo 71.

Salmo 71

Tenemos aquí «La oración del creyente anciano», que en santa confianza de la fe, fortalecido por una larga y notable experiencia, apela contra sus enemigos y pide bendiciones para sí. Dando por segura una respuesta misericordiosa, promete enaltecer al Señor en gran manera. (*C. H. S.*)

Se puede preguntar cómo pudo usar Cristo versículos como el 9 y el 18, puesto que dan la impresión de referirse a la fragilidad de la edad. La respuesta de esta dificultad es que estas expresiones son usadas por él en simpatía con sus miembros, y en su propio caso denotan el estado equivalente a la edad. Su ancianidad fue alcanzada a los treinta y tres años, según Juan 8:57 parece implicar; porque «los hombres muy activos viven rápidamente». (*Andrew A. Bonar*).

Salmo 72

Es casi cierto que el título declara que Salomón es el autor de este Salmo, y, aun así, a partir del versículo 20 da la impre-

sión de que David está pronunciándolo como una oración suya antes de morir. Jesús está aquí, sin la menor duda, en la gloria de su reino, tanto en su figura presente como en la forma en que será revelado en su gloria final. (*C. H. S.*)

Tan claro es el rastro de la pluma de Salomón, que Calvino, cuya sagacidad en esta clase de criticismo nunca ha sido superada, por más que se vea obligado por la nota al final del Salmo a atribuir la sustancia del mismo a David, pensaba que había en él los rasgos de la mano de Salomón y presentó la conjetura de que la oración era del padre, pero que después el hijo le dio forma lírica. (*William Binnie*).

Salmo 73

Es curioso que este Salmo 73 se corresponda en el tema con el 37; ayudará a la memoria de los jóvenes el notar que los guarismos son invertidos. El tema es la piedra de tropiezo de los hombres buenos, que los amigos de Job no pudieron pasar; a saber: la prosperidad de los inicuos y las aflicciones de los piadosos en el tiempo presente. Los filósofos paganos se han quedado perplejos ante ella, en tanto que para los creyentes ha sido con mucha frecuencia una tentación. (*C. H. S.*)

El Salmo 73 es un testimonio notable de la lucha mental que un judío eminente y piadoso sufrió al contemplar las condiciones respectivas de los justos y de los malvados. Cuenta que el peor sobresalto para su fe fue el contrastar la prosperidad de los inicuos, que, aunque con orgullo, menospreciaban a Dios y al hombre, prosperaban en el mundo e incrementaban sus riquezas con sus esfuerzos, en tanto que el que había purificado su corazón y lavado sus manos en la inocencia se veía «plagado todo el día

y disciplinado cada mañana». (*Thomas Thomason Perowne*).

En el Salmo 73 el alma busca y razona en lo que ve; es decir, una maldad que triunfa y una justicia que sufre. ¿A qué conclusión llegamos? «He purificado mi corazón en vano». Este es el resultado de la búsqueda.

En el Salmo 73 el alma busca y razona en lo que encuentra. ¿Cuál es la conclusión? «¿Ha olvidado Dios su misericordia?». Esto es lo que resulta de mirar adentro. ¿Dónde, pues, hemos de mirar? Mira directamente hacia arriba y di lo que ves. ¿Cuál será la conclusión? Vas a entender el «fin» del hombre y seguir el «camino» de Dios.

Salmo 74

Un Salmo instructivo por Asaf. La historia de los sufrimientos de la iglesia ha sido siempre edificante; cuando vemos en qué forma los fieles confiaron y forcejearon con su Dios en períodos de extrema dificultad, aprendemos la forma en que hemos de comportarnos nosotros bajo circunstancias similares; aprendemos, además, que cuando la prueba cae sobre nosotros no nos pasan cosas extrañas, sino que seguimos las huellas de las huestes de Dios. (*C. H. S.*)

Hay un punto singular en este Salmo que nos recuerda el Salmo 44: no hay mención de ningún pecado nacional o personal, no hay súplica de perdón; y, sin embargo, apenas puede haber duda que el escritor del Salmo, sea quien sea, tiene que haber sentido de modo tan vivo como Jeremías, Ezequiel, Daniel, o cualquier otro de los profetas de la cautividad, los pecados e iniquidades que habían traído aquel mal lamentable sobre ellos.

Pero, no obstante, a pesar de que haya reconvencción, no hay queja; aunque haya lamento, no hay murmuración; hay mu-

cho más que el grito del niño herido, que se pregunta por qué y está apenado de que el rostro de su padre se aparte de él con desagrado, y la mano del padre sea tan pesada sobre él.

O podríamos casi decir que es como el grito de uno de los mártires que se hallan debajo del altar preguntando por qué este continuo sufrimiento para los suyos, pisoteados por los merodeadores y opresores, y exclamando: «¿Hasta cuándo, oh Señor, hasta cuándo?». Y, sin embargo, es la apelación de uno que estaba todavía sufriendo y gimiendo bajo la presión de las calamidades: «¿Por qué nos has echado para siempre? No entendemos las señales; ya no hay profetas entre nosotros». (*Barton Bouchier*).

Salmo 75

La destrucción del ejército de Senaquerib es una ilustración notable de este canto sagrado. Un himno a Dios y un cántico para sus santos. Feliz el pueblo que, habiendo hallado un gran poeta en David, tenía un cantor casi igual en Asaf; más feliz aún, porque estos poetas no se inspiraron en la fuente de Castalia, sino que bebieron de la «fuente de toda bendición».

Salmo 76

Aquí canta la fe los triunfos conseguidos. El Salmo presente es un canto de guerra jubiloso, un trofeo para el Rey de reyes, el himno de una nación teocrática a su divino Soberano. No tenemos necesidad de marcar divisiones en un cántico en que la unidad está tan bien preservada.

Salmo 77

«Salmo de Asaf». Asaf era un músico y poeta que cantaba con frecuencia en

tono menor; era reflexivo, contemplativo, creyente, pero, pese a todo, había un punto de tristeza en su persona, y esto impartía un sabor especial a sus cánticos.

Salmo 78

La mente del poeta-profeta estaba llena de historias antiguas que él presentaba en una serie copiosa de cantos, y entre el torrente de palabras había perlas y gemas de verdad espiritual capaces de enriquecer a los que podían buscarlas entre la profundidad de la corriente y sacarlas a la superficie.

La letra de este cántico es preciosa, pero su sentido interior es inapreciable. El hombre más agradecido es el que atesora las misericordias de Dios en su mente, y puede alimentar su fe con lo que Dios ha hecho por él, de modo que sea corroborado con ellas en sus apuros presentes. (*William Gurnall*).

Salmo 79

Un Salmo de lamentación que podría haber sido escrito por Jeremías entre las ruinas de la ciudad amada. Evidentemente trata de los tiempos de la invasión, opresión y derrocamiento nacional.

Salmo 80

Título: «Al músico principal; sobre Lirios». Ésta es la cuarta vez que vemos este título; los demás Salmos son el 45, el 60 y el 69. ¿Por qué se da este título? Es difícil decirlo en cada caso, pero la forma delicadamente poética del Salmo presente justifica muy bien el título encantador. El Salmo es un testimonio de la iglesia como un «lirio entre espinos». (*C. H. S.*) (Continuará).

(*Extractado de El Tesoro de David, de C. H. Spurgeon*).

Estudio de la Segunda Epístola a los Gálatas.

Viendo a
Cristo a
través de
los



errores

Stephen Kaung

Lecturas: Gálatas 1:6-17; 3:1-3; 6:11-18.

Ya mencionamos anteriormente que la Biblia es la revelación de Jesucristo. Es la voluntad de Dios que en cada uno de los sesenta y seis libros, nosotros veamos a Jesús. Si no vemos a Jesús en alguno de ellos, perderemos el verdadero motivo por el cual nos fue dada su Palabra. Debemos ver a Jesús en sus muchos aspectos y en diferentes contextos. En esta ocasión, estudiaremos la epístola a los Gálatas. Se puede decir que esta carta nos permite ver a Cristo a través del error – el error doctrinal.

¿Cual es el error doctrinal que encontramos en la carta a los Gálatas? De acuerdo con Hechos 13 y 14, sabemos que el Espíritu Santo apartó a Bernabé y Pablo para el apostolado. Al iniciar su ministerio, visitaron primeramente algunas ciudades en Galacia: Antioquía de Pisidia, Licaonia, Listra y Derbe. Allí

predicaron el evangelio de Jesucristo, y muchas personas vinieron al Señor. Establecieron iglesias. Podemos decir que estas primeras iglesias en Galacia eran el primer amor del apóstol Pablo porque fueron su primera obra como apóstol. Los visitaba cada cierto tiempo. En casi todos sus viajes él pasaba por Galacia. Pero, después de diez años, casi al final de su tercer viaje apostólico, Pablo tuvo que escribir una carta a los creyentes de Galacia combatiendo un error doctrinal básico.

¿Cuál era ese error? Al comparar 1 Corintios con la carta a los Gálatas, descubriremos que los creyentes en Corinto tenían muchos problemas, pero estos eran, en su gran mayoría, conflictos prácticos y morales. Aunque ellos tuviesen problemas doctrinales, éstos no eran comparables a las dificultades que tenían en cuestiones de moral y en su vida prácti-

ca. Los creyentes de Galacia, en tanto, tenían un solo problema y no muchos, como los creyentes de Corinto, y este era un problema doctrinal, con respecto a la verdad. A causa del error, sus vidas estaban siendo afectadas día a día.

Los corintios no querían caminar con el Señor. Pensaban que, para ellos, el ser salvos era suficiente. Ellos deseaban ser bebés por toda la vida, querían tener siempre a alguien que los cuidara y, de esta manera, no querían asumir responsabilidad alguna. Por tanto ellos permanecían como bebés, en la carne, no crecían hasta tornarse hijos e hijas de Dios maduros, y esto entristecía a Dios profundamente.

Los problemas de los cristianos en Galacia, en tanto, eran casi lo opuesto. Después de haber creído en el Señor Jesús, ellos deseaban crecer y alcanzar la perfección de manera tal que fueron tentados a caer en la esperanza de obtener una espiritualidad instantánea. La reacción de Pablo o, mejor dicho, la reacción de Dios, fue más fuerte con relación a los cristianos en Galacia que para los creyentes de Corinto. Pablo escribió una carta muy severa a los cristianos de Galacia y en ella podemos sentir la verdadera agonía del corazón de Pablo.

Cuando escribió la primera carta a los Corintios, él derramó muchas lágrimas, pero, cuando se dirigió a los Gálatas, él verdaderamente lloró y agonizó mientras les escribía. Su corazón estaba partido porque había un error básico en medio de ellos, el cual destruiría, no tan sólo la obra de Pablo entre ellos, sino el propio evangelio de Jesucristo.

¿Cuál era, entonces, el error que Pablo debería combatir? Era aquel «otro evangelio». Este «otro Evangelio» al que se refiere Pablo no es el evangelio de acuerdo con el evangelio de Jesucristo.

En realidad es un evangelio opuesto al de Jesús. Era predicado como evangelio, pero no era un evangelio; eran malas noticias y no buenas nuevas. El único evangelio que es en verdad buenas nuevas es el evangelio de Jesucristo. O sea, Jesucristo es el Evangelio; él es las buenas nuevas. Si alguna otra cosa es predicada que no sea Jesucristo, no son nuevas de alegría, sino malas noticias, porque nos llevarán a la destrucción.

Este «otro evangelio» que Pablo tenía que combatir con tanta severidad era una mezcla de ley y gracia. El evangelio de Jesucristo es el evangelio de la gracia. Sin embargo, algunos judaizantes vinieron a las iglesias de Galacia. Estos eran probablemente judíos, tal vez de la secta de los fariseos, que se habían convertido al cristianismo. Ellos habían aceptado al Señor Jesús y, sin embargo, aún estaban apegados a su judaísmo.

Sabemos que desde mucho antes algunos judaizantes vinieron de Jerusalén a Antioquía. Ellos empezaron a hablarles a los creyentes, en su mayoría gentiles, que ellos debían ser circuncidados y guardar la ley de Moisés, de lo contrario ellos no eran salvos y no podrían ser perfeccionados. A causa de esto, había una gran discusión y controversia entre ellos. Finalmente, la iglesia en Antioquía envió a Pablo, Bernabé y algunos otros a Jerusalén a fin de que se reunieran con los apóstoles y ancianos de allá y aclarar este problema tan básico: ¿El gentil que se convierte a Cristo debe guardar la ley de Moisés o no? O aun: ¿El gentil necesita hacerse judío a fin de poder tener salvación y ser perfeccionado?

Hubo una gran discusión en Jerusalén y, gracias a Dios, el Espíritu Santo, los apóstoles y los ancianos decidieron que los gentiles no necesitaban ser circuncidados ni hacerse judíos. Ellos no

necesitaban observar la ley de Moisés, porque nadie podía cumplirla. Todo lo que deberían hacer era abstenerse de comer sangre, abstenerse de la idolatría y del adulterio. En realidad, estas no eran leyes de Moisés, sino leyes universales que venían desde los tiempos de Noé. Después del diluvio, Dios hizo un pacto con Noé, sus hijos y con todos los seres vivos, y ese pacto es válido hasta nuestros días.

Después de la decisión, se enviaron cartas a diferentes iglesias de Asia. Pero es sorprendente constatar que, aun después de tomada esta decisión, el problema no estuvo resuelto. Aun después del concilio en Jerusalén, algunos judaizantes fueron a Asia y Galacia para enseñar que los creyentes en Jesucristo deberían ser circuncidados, deberían obedecer la ley de Moisés y observar ciertas ordenanzas de la ley del Antiguo Testamento. Mezclaban la ley y la gracia. Ellos aceptaban a Jesucristo, pero decían que eso no bastaba; Cristo no era suficiente. Después de haber recibido al Señor Jesús, tú deberías ser circuncidado y observar las leyes a fin de ser perfeccionado. Ellos judaizaron el cristianismo. Intentaron hacer del cristianismo una parte de la religión judaica en vez de ser una relación viva con el Señor Jesucristo, donde Cristo lo es todo. Comenzaron a reducir el cristianismo a un sistema, una religión de leyes, reglas, reglamentos, ritos y ceremonias. Al hacer eso, sutilmente, estaban destruyendo el fundamento mismo del evangelio de Jesucristo.

¿Cómo se explica esto? La causa es la naturaleza humana. Descubriremos que este «otro evangelio» atrae los instintos de la naturaleza humana porque, en lo que se relaciona con los instintos, a nosotros siempre nos gusta hacer algo. Si recibimos todo gratuitamente, sentimos que no

hay gloria para nosotros; a nuestra naturaleza humana le gusta hacer cosas de manera que podamos recibir alguna gloria de aquello que hacemos, aun en lo que respecta a la salvación. ¿Por qué tan pocos reciben este don de Dios? Porque es gratuito. Si Dios exigiese alguna cosa, probablemente muchos intentarían obtenerla; pero la salvación es gratuita; Dios ya lo hizo todo. Tú no puedes hacer nada. Dios no te exige que hagas nada, porque él sabe que no puedes hacer nada. Es gratuitamente concedida, es universal, dada a ti y, porque esto es tan bueno, concedido tan libremente, las personas no quieren poseerla. Así es la naturaleza humana.

Después que las personas creen en el Señor Jesús, ellas aún poseen ese instinto humano. O sea, después que hemos probado todos los recursos y comprobado que ninguno funcionó, concluimos que no podemos salvarnos por nosotros mismos, entonces tenemos que humillarnos y aceptar el don gratuito de Dios – Jesucristo. Pero, aun después de haber hecho esto, nosotros decimos: «Ahora que somos salvos, vamos a completar esta salvación. Vamos a hacer algo para perfeccionarla». Este es el instinto humano, nosotros queremos hacer alguna cosa. De esta manera, estos judaizantes fueron a los creyentes de Galacia y les dijeron: «Muy bien, es maravilloso saber que ustedes creen en el Señor Jesús. Ustedes necesitan realmente creer en él; pero, si quieren ser perfectos, necesitan circuncidarse y observar las leyes de Moisés. Entonces sí estarán completos». Y los gálatas cayeron en la trampa, porque su carne amaba aquellas cosas.

Además de eso, hay otra cosa que también es explicada por el instinto humano. A nosotros nos gustan las cosas instantáneas, nos gusta ver que las cosas

sucedan rápidamente. Queremos el bien inmediato. Oh, cuán bueno sería si llegásemos de inmediato a la madurez. Así pues, los judaizantes se pusieron en medio de los creyentes gálatas y dijeron: «¿Ustedes quieren ser maduros? ¿Quieren ser perfectos? ¿Quieren ser exitosos? ¡Eso es muy fácil! Todo lo que necesitan es circuncidarse y observar unas pocas reglas y leyes. Entonces serán perfectos». Y los cristianos de Galacia aceptaron la propuesta con avidez. Ellos dijeron: «¡Perfecto! ¡Esto es muy bueno, porque así seremos espirituales instantáneamente!».

¿No es así la naturaleza humana? Queremos que todo ocurra en un instante. Aun cuando se trata de cosas espirituales, queremos la espiritualidad instantánea. Así que, si alguien nos ofrece un evangelio, que no es realmente evangelio sino una falsificación, que nos prometa espiritualidad instantánea, me temo que nosotros aceptemos y caigamos en el mismo error en que los gálatas incurrieron. Ellos eran tan impacientes que no querían permitir que el Espíritu Santo obrase cada día en sus vidas formando a Cristo en ellos cada vez más, para que ellos pudiesen crecer verdaderamente en Cristo. Esto les parecía muy aburrido, demasiado lento. Ellos querían algo rápido e inmediato, y por eso cayeron en el error. Con esto, es claro que ellos estaban desechando la gracia de Dios, apartándose de la gracia de Dios. Así, el fundamento del evangelio fue destruido. En vez de glorificar a Cristo, ellos estaban glorificando el 'yo'. En vez de recibir la gracia de Dios, trataron de perfeccionarse por las obras de la ley. En vez de la fe en Jesucristo, ellos confiaron en su carne y el resultado de tal elección fue evidente. A causa de este error básico, sus vidas estaban siendo afectadas en forma nega-

tiva día tras día. Las obras de la carne eran muy notorias, en tanto los frutos del Espíritu eran escasos. Este «otro evangelio», que en realidad no es evangelio, es lo que el apóstol Pablo estaba combatiendo.

Hace cuatro siglos atrás, ocurrió la Reforma. Martín Lutero y los reformadores se enfrentaron a una situación semejante a la que Pablo enfrentó en Galacia. Lutero y los reformadores tuvieron que confrontar a un cristianismo judaizado. ¿Qué era el cristianismo hace cuatro siglos atrás? El cristianismo no era Cristo. Cristo había sido enterrado; la Biblia había sido cerrada. En aquella época, las personas trataban de obtener la salvación, no por la fe en Cristo Jesús, sino por medio de las buenas obras. Si ellos obtenían muchos méritos, entonces irían al cielo; si no, irían al purgatorio.

El cristianismo era un sistema, una religión. El cristianismo era un conjunto de reglas, ritos y ceremonias. Las personas intentaban salvarse a sí mismas y aun así afirmaban creer en el Señor Jesús. El cristianismo estaba judaizado; ya no era Cristo. Era el hombre haciendo todas las cosas, aun tratando de salvar su propia alma. Esta es conocida como la época oscura. Había muchas tinieblas, tantas, que la verdad del evangelio no era conocida. Gracias a Dios, él levantó a Lutero y los reformadores. Nosotros sabemos que Martín Lutero dijo: «La carta a los Gálatas es mi carta. Es mi Catalina (ese era el nombre de su esposa). ¡Estoy casado con esa carta!». El utilizó la carta a los Gálatas como una espada para herir a aquel cristianismo judaizado del siglo XVI. El mostró a las personas que la justificación es por la fe, y no por las obras de la carne. El dio a las personas que habitaban en Europa en aquella época una Biblia abierta, accesible a todos, a fin de

que pudiesen retornar a la Palabra de Dios en vez de oír la tradición de los padres.

Amados hermanos, ¿cuál es el desafío que nosotros tenemos hoy? ¿Estamos en una posición más cómoda que la de Pablo? ¿Es nuestra condición mejor que la de los reformadores? ¿Cuando miramos el cristianismo de hoy, qué es lo que vemos? ¿No se ha judaizado el cristianismo nuevamente? ¿No están mezcladas otra vez la gracia y la ley? Es cierto que Cristo no ha sido totalmente rechazado. Él aun no ha sido dejado fuera. Las personas aún mencionan el nombre de Jesús; pero es como si él no fuera suficiente y necesitaríamos una ley para ayudarlo. Tú no puedes entrar a través de Cristo, necesitas ser ayudado por Moisés. Puedes empezar por el Espíritu, pero tendrás que ser perfeccionado por las obras de la carne. Hay una mezcla de ley y gracia.

Después que creíste en el Señor Jesús, ¿que es lo que se espera de tí? Se espera que obedezcas a ciertas normas y reglamentos. Se espera que hagas ciertas cosas y si las haces, entonces eres perfecto. El cristianismo hoy se ha vuelto una religión, no es una relación viva. Se ha tornado un sistema de cosas, en vez de que Cristo sea todo. Las personas hoy no saben lo que es la gracia, porque están bajo la esclavitud de la ley. No saben lo que es la fe, porque todas ellas están envueltas en las obras. No saben lo que es el Espíritu Santo porque todo es esfuerzo propio. El cristianismo hoy está judaizado. Hoy, el fundamento mismo del cristianismo está en peligro. Oh, cuanto necesitamos volver a la carta a los Gálatas, porque en ella encontraremos lo que es en verdad el evangelio de Jesucristo.

Al combatir este error, «el otro evangelio», Pablo no escribió con un lengua-

je negativo. Muchas veces, cuando nosotros tratamos de combatir un error, tenemos la tendencia a ser extremadamente negativos. Vemos todos los errores, pero, ¿dónde está la verdad? Sin embargo, a medida que Pablo era guiado por el Espíritu Santo, escribió esta carta con un lenguaje muy positivo. No sólo por medio del contraste, sino también al presentar lo que es realmente el evangelio del Señor Jesucristo y, si conocemos la verdad, seremos verdaderamente libres.

La carta a los Gálatas puede ser dividida fácilmente en tres partes, compuesta de dos capítulos cada una. Es evidente que la división en capítulos es arbitraria, pero coincidentemente se puede dividir esta carta en tres partes. Los primeros dos capítulos tratan de la autenticidad u origen del evangelio de Pablo —¿Dónde recibió Pablo el evangelio? ¿Cómo lo recibió?—. Los capítulos 3 y 4 hablan de la naturaleza del evangelio de Pablo —¿De qué trata este evangelio?—. Los capítulos 5 y 6 nos hablan del efecto del Evangelio de Pablo —Cuando predicamos el evangelio, ¿cuál es el resultado? ¿Cuál será, en la práctica, el resultado final del evangelio?—

El origen del evangelio

Gálatas 1:11-12: «*Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.*»

Pablo dice que el evangelio que él predica no es según hombre, porque él no lo recibió de hombre alguno ni le fue enseñado por hombre alguno. El evangelio que él predicaba había sido recibido por revelación de Jesucristo. Entonces él habla un poco de su historia personal. Dice que fue educado en el judaísmo, con lo que estaba en pleno acuerdo. El era un

Muchas veces, cuando nosotros tratamos de combatir un error, tenemos la tendencia a ser extremadamente negativos. Vemos todos los errores, pero, ¿dónde está la verdad? Sin embargo, a medida que Pablo era guiado por el Espíritu Santo, escribió esta carta con un lenguaje muy positivo.

fariseo de fariseos, aventajando a muchos de su edad en el judaísmo. Estaba tan involucrado en la tradición de sus padres, en la enseñanza de los rabinos con relación a la palabra de Dios, que consideraba su deber perseguir a Cristo y a sus seguidores. De acuerdo con la enseñanza de los padres en el judaísmo, Jesús era considerado un impostor, del cual ellos querían deshacerse. Por tanto, Pablo dice que perseguía a la iglesia con excesivo celo. Él no quería tener ningún vínculo con Cristo, él era seguidor de Moisés. Tanto era así, que él iba a las ciudades de los gentiles para apresar a los cristianos y los llevaba a Jerusalén para que fuesen condenados. Pero, el Señor lo detuvo a la entrada a Damasco y lo desafió: «¿Saulo, Saulo, por qué me persigues? Tú ni siquiera me conoces. ¿Por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. ¿No sabes que estás en mis manos y deberías estar haciendo mi voluntad? Sin embargo, te opones a mí». Y cuando agradó a Dios revelar a su Hijo a

Pablo y en Pablo, esa revelación lo transformó completamente. Él recibió las buenas nuevas por medio de la revelación de Jesucristo. Ningún hombre se lo enseñó, sino fue el Señor mismo quien se lo reveló.

Después de haber visto el Señor como *la buena nueva, el evangelio, la salvación, la esperanza, la fe, el amor*, ¿qué hizo él? ¿Regresó corriendo a Jerusalén para buscar y encontrar a los que ya eran apóstoles antes de él, para que le fuese enseñado más acerca del evangelio de Jesucristo? No. Y él fue a Arabia, no por orgullo, sino porque deseaba conocer el evangelio de primera mano y no de modo indirecto. La expresión «Arabia», es un término que, en aquella época, podía referirse a muchos lugares. Pero a medida que leemos la carta a los Gálatas, encontramos algunas indicaciones de otros lugares, como por ejemplo, «Sinaí».

Después que el Señor se hubo revelado a Pablo y que él estuviese algunos días con los discípulos, es muy probable que Pablo haya viajado al desierto, al monte Sinaí. Sabemos que el monte Sinaí es el lugar donde fue dada la ley y también el lugar donde fue el profeta Elías, después de huir para salvar su vida y recobrar su ministerio delante de Dios. Pablo fue al Sinaí – el lugar de la ley y del profeta. Él se había apartado a fin de estar a solas con Dios mismo y allá, creo yo, Pablo releyó el Antiguo Testamento a la nueva luz de Cristo. Él conocía el Antiguo Testamento, la palabra de Dios, pero lo había leído a la luz de las tradiciones de los padres, y cuán engañado estaba a causa de ello. Ahora necesitaba releer la Palabra a la luz de Cristo.

Oh, amados hermanos, él, de modo impresionante, descubrió a Cristo en cada página del Antiguo Testamento. Entonces volvió a Damasco y allí predicó que

Jesús era el Cristo, el Mesías, aquél cuya venida estaba prometida en el Antiguo Testamento. Tres años después de su conversión, fue a Jerusalén a fin de tener comunión y no actuar en forma independiente. Encontró a Pedro y Santiago, estuvo con ellos durante quince días; regresó a Tarso, pasando algunos años en las regiones de Siria y de Sicilia. Él fue a Jerusalén con la revelación que había recibido sólo después de transcurridos catorce años. Si embargo, aunque exteriormente parezca que él haya ido a Jerusalén a causa de la controversia con los judaizantes en Antioquía, en realidad él fue por revelación. Dios le había revelado que él debía ir a Jerusalén por amor del evangelio. Pablo llevó consigo a Tito. Tito sería una buena prueba en aquella ocasión, puesto que era gentil, y por tanto incircunciso.

Al leer el segundo capítulo de Gálatas en el idioma original, el griego, se descubre que la gramática de Pablo estaba completamente mezclada en este capítulo, absurda, un texto gramaticalmente malo. Cuando se lee el capítulo 15 del libro de los Hechos, se percibe que los ánimos no estaban tan exaltados; pero al leer Gálatas 2 es posible darse cuenta que Pablo mezcla las reglas gramaticales, comprobando que él estaba muy agitado. Sin duda, trataron de presionar a Pablo para que circuncidase a Tito, pero él dice que él no cedería en ninguna manera, para que la verdad del evangelio permaneciese entre ellos. Gracias a Dios, en aquel gran conflicto, Pablo permaneció firme en favor de la verdad del evangelio. Es la gracia, y no la gracia incrementada por la ley. La batalla fue ganada, pero los judaizantes lo perseguirían por toda su vida. Ellos fueron a las iglesias en Galacia y casi tuvieron éxito en judaizar a los cristianos allí, haciéndolos judíos

en vez de cristianos.

Tras el concilio en Jerusalén, Pedro visitó Galacia y comió con estos cristianos gálatas que eran gentiles. En los primeros días de la iglesia, los hermanos acostumbraban reunirse y comer juntos. Esta comida era llamada 'fiesta del amor ágape'. Todos contribuían para esta ocasión en que comían juntos, y era una comunión de amor. Cuando Pedro estuvo con ellos, participó de aquella fiesta del amor y comió con los cristianos gentiles. Pero entonces vinieron algunos judaizantes de Jerusalén y Pedro se atemorizó. Él pensó: «¿Qué va a pensar Santiago de mí? ¿Qué dirán aquellos que son celosos por las tradiciones judaicas?». Nosotros sabemos cómo era Pedro. Él se separó de los gentiles y ya no comió más con ellos. Aun Bernabé actuó de la misma manera, como si los gentiles fueran impuros. En ese momento, el evangelio de Jesucristo es puesto a prueba: ¿será judaizado o permanecerá puro?

Por causa de la verdad del evangelio, Pablo, el más joven entre los apóstoles, confrontó a Pedro públicamente, diciendo: «Todos sabemos que aun nosotros mismos, los judíos, necesitamos creer en el Señor Jesús a fin de recibir la salvación del mismo modo que los gentiles. ¿Cómo podríamos obligar a los gentiles a que se hagan judíos? Si nosotros mismos no somos capaces de obedecer la ley, ¿cómo pretendemos poner esta carga sobre los gentiles? Si hiciéramos eso, estaríamos apartándonos de la gracia de Dios». Gracias a Dios, el evangelio de Jesucristo pasó la prueba, porque en Cristo no hay judío ni gentil, circunciso ni incircunciso. El evangelio que Pablo predicaba es el evangelio de Jesucristo. Él lo recibió por revelación, esta revelación fue probada y comprobó ser verdadera – este es el evangelio en el cual nosotros hemos creído.

La naturaleza del evangelio

Gálatas 3:1: «*¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos fue ya presentado ya claramente entre vosotros como crucificado?*».

El evangelio predicado por Pablo es: «Cristo crucificado». En 1 Corintios, él dice: «*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado*». Este es el evangelio, y «Cristo crucificado» es la figura que les es presentada. Esta figura fue puesta en medio de ellos como un cartel, algo que debería permanecer siempre delante de sus ojos – «Cristo crucificado». Esto es el evangelio. Cristo ya hizo todas las cosas para nosotros. Ya no hay nada más por hacer. Todo lo que necesitas es creer en él. Es por gracia, todo por gracia.

La salvación es una promesa de Dios. Dios había prometido una bendición, una herencia, a Abraham y su descendencia. Pero si era una promesa, entonces no podía ser recibida por medio de las obras, ni ser anulada a través de la ley. La promesa de Dios a Abraham no fue revocada ni anulada por la ley de Moisés que fue dada cuatrocientos treinta años más tarde. Una promesa debe ser recibida. Es dada de gracia y debe ser recibida por la fe. Pero, entonces, ¿por qué fue dada la ley? La ley nos fue dada para darnos a conocer la trasgresión. La ley es como un tutor que nos conduce a Cristo.

Amados hermanos, Pablo está tratando de decir a los cristianos de Galacia que «Cristo crucificado» es el evangelio; «Cristo crucificado» les basta. Es promesa de Dios es gracia. Debe ser recibida por la fe y, cuando eso ocurre, tú recibes el Espíritu Santo de la promesa. El Espíritu Santo te es dado a fin de perfeccionarte hasta que alcances la condición de hijo maduro. Dios es quien hace

todo esto. ¿Por qué, entonces, ustedes quieren retroceder y apoyarse en las obras de la ley? Si ustedes hacen eso, recuerden que aquel que viola un mandamiento, los ha violado todos. Está bajo la maldición de la ley. En la palabra de Dios está escrito: «*Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre*» (Gál. 4:30). Sólo aquellos que nacieron de la promesa pueden recibir la herencia prometida por Dios. Esto el evangelio – «Cristo crucificado». Que podamos tener siempre esto presente en nuestros corazones.

Nosotros vemos a Cristo crucificado en la cruz. ¿Por qué? Porque él fue crucificado no sólo para llevar sobre su propio cuerpo nuestros pecados y pudiese ser perdonados, sino que fue también crucificado para que vuestro viejo hombre, nuestro 'yo', fuese crucificado juntamente con él. «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó así mismo por mí*» (Gál. 2:20). Esto es el evangelio.

El efecto del evangelio

Gálatas 5:1: «*Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud*».

Cuando tú crees en Jesucristo, eres libertado por él. Si conoces la verdad, la verdad te hará libre. Si el Hijo del Hombre –el Hijo de Dios– te liberta, entonces serás verdaderamente libre. Gracias a Dios somos libres en Cristo Jesús. Permanece en esta libertad. No te pongas de nuevo bajo la esclavitud de la ley. Una gran tentación para nosotros, aun siendo cristianos, es volver atrás y colocarnos bajo el yugo de la ley.

Amados hermanos, después de haber creído en el Señor Jesús, ¿le miramos constantemente a él? ¿Ves siempre a «Cristo crucificado» como la verdad? ¿O, después de haber sido salvo, te vuelves a ti mismo y dices: «Muy bien, ahora que ya soy salvo, tengo que hacer algo a fin de completar mi salvación; tengo que hacer esto y aquello, tengo que agradar a Dios, tengo que usar mi propia fuerza para cumplir todo lo que la ley de Dios exige?». ¿Te estás volviendo a ti mismo en la expectativa de perfeccionar tu salvación? ¿O ya has entendido que, no obstante haber recibido tu salvación, no eres tú quien vive, sino Cristo quien ha de vivir en ti? Si en lugar de intentar agradar a Dios y vivir la vida cristiana, reconoces que en tu carne no habita el bien, que estás muerto en Cristo y vives para Dios a través de la vida de Él, aprenderás a vivir por la vida de Cristo en ti.

Amado hermano, ¿estás otra vez en esclavitud, bajo el yugo de normas y reglamentos? ¿O eres ahora libre en Cristo Jesús? Permanece firme en esta libertad. No obstante, la libertad en Cristo, no significa que ahora eres libre para hacer todo lo que se te venga a la mente. Tener libertad en Cristo significa que ahora eres libre y, por lo tanto no necesitas ya más obedecer a la carne; eres libre para hacer la voluntad de Dios por medio de Su vida. Es por eso que Pablo dice: *«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el Espíritu es contra la carne... para que no hagáis lo que quisieréis»* (Gál. 5:17).

Este es un versículo maravilloso y muy diferente del capítulo 7 de Romanos. En Romanos está escrito que tú no haces lo que deseas, sino aquello que no quieres hacer, eso haces. Esto es esclavitud. Pero en Gálatas 5:17 está escrito: *«...y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis»*. Sin embar-

go, por cuanto el Espíritu Santo habita en ti y tú vives por el Espíritu Santo, tú no vas a hacer lo que tu carne desea que hagas. Tú eres capaz de no hacer aquello que no deseas hacer y eres capaz de hacer aquello que quieres hacer, porque ahora andas de acuerdo con el Espíritu de Dios. Libertad en Cristo no significa que ahora eres libre para hacer todo lo que se te antoje. Libertad significa que eres libre para vivir como Dios desea que vivas. Libertad en Cristo no significa que eres libre para andar según tu carne; por el contrario, eres libre para vivir en el Espíritu. De esta manera, cuando vives en el Espíritu, eres verdaderamente libre porque las obras de la carne serán crucificadas y el fruto del Espíritu será producido. Este es el efecto del evangelio de Jesucristo.

Algunas personas piensan que porque todo es por la gracia, por Su gracia, entonces después que creen en el Señor Jesucristo, ellos son libres para hacer todo lo que quieran. No. Si tú en verdad sabes lo que es la gracia, ésta producirá en ti el mismo carácter de nuestro Señor Jesucristo. Si realmente sabes que la gracia es nuestro Señor Jesucristo viviendo en ti, vas a andar según el Espíritu y no de acuerdo con la carne. Esto es gracia.

Pablo concluye diciendo: *«Ved con qué grandes letras os escribí...»*. Cuando Pablo escribía sus cartas, generalmente las dictaba y otra persona transcribía, probablemente por causa de sus ojos. Pablo no tenía buena vista. Generalmente, él dictaba sus cartas, pero es posible que la carta a los Gálatas la haya escrito él mismo.

¿Por qué escribió esta carta personalmente? ¿Qué significa esto? Esto nos indica que Pablo estaba muy angustiado con la situación de los gálatas. Él podía

Los nombres de Cristo (9).



El Cordero

Harry Foster

El día más triste en la historia de la nación judía fue cuando, en su capital sitiada en el año 70 d. C., todos los suministros se agotaron y los sacrificios cesaron, porque ya no había ningún cordero más para ofrecer. Para Dios, sin embargo, el día más triste había sido cuando, unos cuarenta años antes, los sacerdotes del templo continuaron descuidada y laboriosamente derramando la sangre de innumerables corderos de Pascua mientras el Cordero de Dios estaba siendo sacrificado en una cruz en las afueras de la ciudad.

Juan el Bautista había testificado fielmente que Jesús era el Cordero de Dios (Juan 1:29), pero la nación cuya historia entera estaba basada en el concepto del cordero sacrificial, no recibió su testimonio, persistiendo con las sombras mientras rechazaban decididamente la sustancia. Felizmente, había un remanente dentro de esta nación que abrió camino para el nuevo Israel espiritual, basando su fe y esperanza en el hecho de que Cristo, nuestro Cordero de Pascua, ha sido sa-

crificado en nuestro favor (1 Cor. 5:7). La predicación de Felipe (Hech. 8:32-35) y la enseñanza de Pedro (1 Pedro 1:19) muestran claramente que todos los creyentes identificaban a Jesús como el Cordero de Dios. Del mismo modo como el perdón, la protección y la liberación vinieron a Israel mediante la sangre de un cordero, y de igual forma en que la comunión con Dios fue mantenida por los sacrificios diarios, así nosotros disfrutamos hoy la justificación, la reconciliación con Dios y la victoria espiritual a través de la sangre del Cordero (Ap. 12:11).

El cordero es símbolo de apacible mansedumbre. La única referencia que el Nuevo Testamento hace del corazón de Cristo es citar sus propias palabras sobre su humildad esencial (Mateo 11:29). Esto enfatiza la idoneidad y la belleza de Su nombre. El cordero también es símbolo de pureza. Un rasgo permanente de los corderos sacrificiales era el no tener imperfección alguna. El cordero de Pascua tenía que ser reservado durante tres días de cuidadosa inspec-

ción para asegurar su aptitud, y sólo entonces era aceptado como sacrificio válido. El Señor Jesús, sin embargo, estuvo expuesto por más de tres años al examen más acucioso de hombres y demonios, sin descubrirse falta alguna en Él, y fue declarado perfecto por el juicio celestial del Padre mismo. Él era el Cordero de Dios sin mancha, y su sangre la provisión suficiente para la necesidad del pecador, ahora y a través de la eternidad (Ap. 7:14).

El libro de Apocalipsis no sólo revela las glorias del reino venidero de Cristo, sino que también descubre el verdadero carácter del presente reino de este mundo pecador, y para este propósito emplea el simbolismo de una bestia salvaje. En total contraste con las pretensiones arrogantes de esta encarnación bestial del reino de Satanás, Juan fue inspirado para enfatizar la verdadera naturaleza del Rey designado por Dios. Él es el Cordero. El título se usa veintiocho veces en el curso del libro, y la traduc-

ción más exacta del vocablo es 'el Corderillo'. El punto final de la historia de esta edad será un conflicto culminante entre la bestia y el Cordero (Ap. 17:14). Por supuesto, el Cordero y los seguidores del Cordero tienen asegurada la victoria. En el universo de Dios, el amor siempre prevalecerá contra el odio, la mansedumbre siempre triunfará sobre el orgullo, la pureza siempre emergerá triunfante de su lucha contra la fuerza bruta. El Cordero y Su cruz garantizan esto.

El Cordero será la figura central en la ciudad eterna de Dios de vida y amor. Él será su lumbrera (Ap. 21:22) y es interesante descubrir que este título es usado siete veces en la descripción dada por Juan en la maravillosa conclusión de su propio libro y de la Biblia entera. No hay privilegio más alto que ser ciudadano de esa metrópoli celestial. Este honor está reservado para aquellos que «siguen al Cordero por dondequiera que va».

*Toward the Mark Vol. 2, N° 3,
Mayo - Junio 1973.*

* * *

Dios trae lo mejor

El tiempo de Dios es siempre mejor que el nuestro. Él nos lleva de la mano lentamente y con destreza. Nosotros nos impacientamos, queremos todo ahora mismo. Algunas veces nos ponemos metas que pueden ser buenas y válidas, pero para las que no estamos preparados. Cuando esto sucede, es correcto que un Padre amoroso las deje fuera de nuestro alcance. Sólo Él sabe cuáles serán las implicaciones para nuestro bienestar general si nos volvemos famosos o ricos, o si nos casamos con determinada chica, si obtenemos un ascenso, si rompemos un récord, o simplemente si nos damos el lujo de cambiarnos al barrio en que siempre hemos deseado vivir. Él lo sabe todo. Parte de lo que significa ser hijos de Dios es aceptar que Él conoce nuestras circunstancias y que siempre traerá a nuestras vidas lo que realmente es mejor, no necesariamente lo que nosotros queremos, sino lo mejor."

Charles Conn, en "Haciendo que las cosas sucedan".

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El número 40

Cuarenta es el número de la prueba, examen y ensayo. Su significado se ilustra claramente en la vida de Moisés, el libertador y caudillo de Israel. Pasó 40 años en Egipto, 40 años con las ovejas de Jetro en el desierto y 40 años en el servicio de Dios. Ocupó 40 años en desarrollar sus capacidades naturales, 40 años en aprender su incapacidad y 40 años para aprender que Dios es Todopoderoso.

Dios le concedió al rey Saúl 40 años para probar que era digno de ser el escogido de Israel, y en estos años pecó contra todos: contra Samuel, David, Jonatán y contra Dios y su Palabra. Probablemente su vida infructuosa era la consecuencia de su gran deficiencia y escasez espiritual. Ignoraba completamente el trabajo de Samuel. Esto de por sí indica que Saúl vivía fuera de los contactos religiosos y se preocupaba de los asuntos materiales. Una cualidad esencial para un rey de Israel era la lealtad al Rey celestial, cosa que era el corazón de la vida de Samuel. Pero Saúl carecía de todas las cualidades que Samuel poseía.

En Génesis 7 vemos que Dios le dijo a Noé: «*Entra tú y toda tu casa en el arca*». Al estudiar el número ocho, ya notamos el tipo de la Resurrección en las ocho personas que salieron del arca. Ahora notamos el número de prueba: llovió 40 días y 40 noches sobre la tierra.

Dios juzgó la tierra y probó a Noé.

Moisés estuvo en el monte Sinaí 40 días para recibir la ley. Él era fiel, pero su hermano Aarón y los israelitas eran infieles (Ex. 24:18).

Los 12 espías estuvieron en la tierra de Canaán 40 días. Diez de ellos fallaron en esta prueba, pero Josué y Caleb salieron aprobados. Israel duró en total 40 años en el desierto (38 entre Cades y Canaán, Núm. 14:33, 34; Sal. 95:10; Dt. 2:14).

Jonás desobedeció y trató de huir de Jehová. Después de ser castigado, entró en Nínive pregonando: «*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*».

Cristo fue llevado por el Espíritu al desierto por 40 días y fue tentado por el diablo. Estuvo 40 días con sus discípulos en la tierra después de su resurrección. Y 40 años después de su crucifixión sucedió la destrucción de Jerusalén.

Como 40 siglos después de Adán, vino «*el cumplimiento del tiempo*». El mundo había pasado su prueba: el hombre había fracasado. Y para que nosotros fuéramos adoptados hijos, «*Dios envió a su Hijo*» (Gál. 4:4). Él era el Hijo desde la eternidad. Nosotros somos hijos en el tiempo. Él era el Delegado oficial del consejo de la eternidad. El Omnipotente descendió a los incapaces.

(Tomado de *Manual de Interpretación Bíblica*, E. Hartill).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Por qué Lucas 15 usa tres parábolas?
¿No habría sido suficiente con una?

En Lucas 15 hallamos tres parábolas y las tres hacen referencia a algo que se ha perdido. La primera habla de una oveja perdida; la segunda, de una moneda perdida; y la tercera, de un hijo perdido.

Muchos, al leer este capítulo, se sorprenden de que se use la palabra «perdido» para indicar a un pecador, y de que nuestro Señor contara tres parábolas en vez de una. Sabemos, sin embargo, que el propósito de estas parábolas no es describir a los perdidos o la caída del hombre, sino que el énfasis está en la forma en que Dios trata al alma perdida. Más específicamente, en la forma como el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo actúan para con los perdidos. Estas tres parábolas realmente nos revelan la obra triple del Dios Trino.

¿Se puede cambiar el orden de estas parábolas? No, porque el evangelio sería alterado si cambiáramos este orden; porque en estas tres parábolas se nos da el orden del plan de la redención de Dios.

La primera habla del Señor Jesús como el Buen Pastor. Juan 10 nos dice que el buen pastor pone su vida por las ovejas. Luego, el Señor menciona la parábola de la mujer que busca con diligencia la moneda de plata perdida. El Buen Pastor busca la oveja perdida en un lugar diferente del lugar en que la mujer busca la moneda perdida. El Buen Pastor sale fuera de la casa para buscar la oveja. Y esto es lo que hace el Señor Jesús, que deja el hogar de su Padre y viene al mundo para buscarnos a cada uno

de nosotros. La mujer, sin embargo, busca la moneda perdida dentro de la casa. Enciende una lámpara, barre la casa y busca la moneda perdida con diligencia. ¿Vemos el orden aquí? Primero viene el Señor Jesús a realizar la redención, luego el Espíritu Santo nos ilumina por dentro para que aceptemos lo que el Señor Jesús ha venido a realizar. La Biblia nos muestra dos dones maravillosos de Dios, no sólo uno. Nos da a su propio Hijo y nos da al Espíritu Santo.

Dios no sólo envió al Señor Jesús como el Buen Pastor que vino a buscar nos, sino que ha enviado al Espíritu Santo para iluminarnos. En la primera parábola no hay ninguna lámpara; en la segunda hay una lámpara. La primera parábola nos habla de buscar fuera de la casa; la segunda, de buscar dentro de la casa. El Señor Jesús sale fuera de la casa—el mundo—para buscar a la oveja perdida; el Espíritu Santo está dentro de la casa—dentro de nosotros—iluminándonos con la lámpara de la luz y buscando con diligencia la moneda de plata perdida. Pero, finalmente, la última parábola nos habla del padre que espera que su hijo regrese al hogar.

Ahora bien, si falta la primera o la segunda parábola, la tercera parábola no se sostiene firme. Porque sin la venida del Buen Pastor para poner su vida por las ovejas, no se habría realizado la redención. Y sin la iluminación del Espíritu Santo nadie sería redargüido de pecado, de justicia y de juicio. Aunque algunos experimenten una convicción de pe-

cado parcial, nadie puede arrepentirse verdaderamente sin la iluminación del Espíritu Santo.

Si el Buen Pastor no pone su vida por las ovejas, el Padre no puede recibir al hijo pródigo cuando éste regresa al hogar. La obra del Espíritu Santo está basada en la muerte del Señor. Si el Señor no hubiera muerto, el Padre celestial no podría perdonar los pecados de los hombres, pues si lo hiciera, Dios sería injusto.

Pero como el Señor Jesús ha muerto y ha realizado la redención, el Padre celestial ahora está esperando para recibirnos. Notemos que cuando el hijo pródigo regresa al hogar, su padre no pronun-

cia una palabra de acusación ni de exhortación. Esto es así porque el Salvador ya ha realizado la redención por este pecador, y el Espíritu Santo ya le ha iluminado de modo que sus pecados sean perdonados y lavados con la sangre.

Vemos, pues, que las tres parábolas de Lucas 15 no son repeticiones, porque nos muestran el orden en el plan de la redención de Dios. Cristo realizó la redención, el Espíritu Santo nos ilumina, y Dios el Padre nos recibe con su amor. Una comprensión adecuada de estas tres parábolas nos dará una vida cristiana equilibrada.

(Preguntas vitales sobre el Evangelio, Watchman Nee).

Viene de la pág. 102

prever que, si este problema no era resuelto, el cristianismo sería completamente judaizado y el evangelio de Jesucristo no sería conocido. Todas las personas se apartarían de la gracia. Estaba tan angustiado a causa de esto que no dictó la carta – él mismo tenía que escribirla. Sus letras eran grandes, tal vez feas. No podía tener buena caligrafía si tenía problemas de visión. Por tanto, decía: «No se preocupen por la apariencia exterior. Si ustedes buscan una buena caligrafía, yo no la tengo; pero tengo la realidad. Yo tengo a Cristo».

¿Cómo es posible tener a Cristo? No tendrás a Cristo si no aceptas la cruz. Es la cruz la que nos da a Cristo. Aquellos judaizantes querían escapar de la persecución de la cruz. Es por eso que ellos procuraban que las personas se circuncidasen. O sea, tú haces una cosa en tu cuerpo físico y todo está listo. No necesitas que la cruz obre profundamente en tu vida; no necesitas que la cruz haga que dejes los deseos y pasiones de tu carne, para que

Cristo viva en ti. Pero Pablo dice: «Yo prefiero la realidad; me glorío en la cruz, porque ella me liberta del mundo, aun del mundo religioso de un cristianismo judaizado. La cruz me da a Cristo». Haciendo esto, él estaba trayendo en su cuerpo las marcas de Jesús. En el cuerpo de Pablo se podían ver las heridas y los sufrimientos – las marcas. Y, a través de estas marcas, él probó al mundo que el evangelio que predicaba era poderoso. Obró poderosamente en su vida.

Amados hermanos, el evangelio que ustedes reciben determinará el tipo de persona que ustedes son. Si tú recibes «otro evangelio», éste hará de ti otro tipo de cristiano. Te hará otro, pero no de la misma especie. Sin embargo, si recibes el evangelio de Jesucristo como Pablo lo predicó, éste hará de ti el cristiano que Dios desea. Así, pues, que la gracia del Señor Jesús sea con el espíritu de todos ustedes. Amén.

(Tomado de Vendo Cristo no Novo Testamento, Tomo II).

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

La Biblia es el Libro por excelencia. Como J. N. Darby decía, “contiene la mente de Dios, la condición del hombre, el camino de salvación, la condenación de los pecadores y la felicidad de los cristianos. Sus doctrinas son santas, sus preceptos son justos, sus historias verdaderas y sus decisiones inmutables”. Todo esto es gloriosamente verdad.

Pero también la Biblia nos muestra las formas de vida de los pueblos, sus costumbres, aun aquellas cosas menudas de la vida cotidiana. A continuación espigamos para usted algunos de los muchos oficios que se mencionan en ella, asociados muchas veces a importantes personajes. Le invitamos a ejercitar sus conocimientos acerca de este tema. Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

1. Primer oficio que aparece mencionado en la Biblia:
 - a) pastor
 - b) labrador
 - c) pescador
 - d) artesano
2. La Biblia lo señala como el primer artífice de toda obra de bronce y de hierro:
 - a) Tubal-caín
 - b) Caín
 - c) Lamec
 - d) Jabal
3. Oficio que se atribuye a Nimrod, el primer fundador de ciudades:
 - a) cazador
 - b) escriba
 - c) hechicero
 - d) mercader
4. Funcionario del Faraón que fue encarcelado por su amo y luego perdonado y rehabilitado:
 - a) heraldo
 - b) panadero
 - c) capataz
 - d) copero
5. Las cortinas, el velo del tabernáculo y las vestiduras de Aarón eran obra de:
 - a) recamador
 - b) artesano
 - c) esclavo
 - d) tejedor
6. Balaam, hijo de Beor, era un:
 - a) soldado
 - b) adivino
 - c) alfarero
 - d) sacerdote
7. En los días del rey Saúl, los filisteos prohibieron este oficio a los israelitas (1 Samuel 13:19).
 - a) curtidor
 - b) vidente
 - c) herrero
 - d) perfumista
8. La Biblia se refiere a él como «el dulce cantor de Israel»:
 - a) Asaf
 - b) Coré
 - c) David
 - d) Habacuc
9. Dios habla a Ezequiel comparando la labor del profeta con la del:
 - a) portero
 - b) atalaya
 - c) segador
 - d) vidente
10. Persona que anunciaba en alta voz los edictos del rey
 - a) pregonero
 - b) orador
 - c) cónsul
 - d) profeta

11. «No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres». ¿Quién es el autor de esta frase?
 a) Amós b) Oseas
 c) Jonás d) Joel
12. La profesión de Mateo era una de las más aborrecidas por los judíos:
 a) carcelero b) banquero
 c) publicano d) escriba
13. Sirviente que, entre otras funciones, debía probar el vino que se servía en un banquete:
 a) ministro b) ayo
 c) criado d) maestresala
14. María Magdalena confundió al Señor resucitado con un:
 a) alguacil b) hortelano
 c) guardia d) carpintero
15. Profesión de Lucas, evangelista y compañero de viaje de Pablo:
 a) marinero b) arquitecto
 c) tesorero d) médico
16. Famoso doctor de la ley, venerado de todo el pueblo judío en los tiempos de Jesús:
 a) Nicodemo b) Gamaliel
 c) Anás d) Caifás
17. Eran fabricantes de tiendas, colaboradores de Pablo:
 a) Ananás y Safira
 b) Trifena y Trifosa
 c) Bernabé y Silas
 d) Priscila y Aquila
18. Personajes que disputaban con Pablo en Atenas:
 a) jueces b) soldados
 c) filósofos d) hechiceros
19. Ocupación de Cornelio, varón gentil que recibió en su casa a Pedro y se convirtió a Cristo:
 a) comisario b) centurión
 c) mercader d) magistrado
20. El apóstol Pablo se queja de este hombre, que era calderero, pues le había causado muchos males:
 a) Demas b) Judas
 c) Alejandro d) Himeneo
21. «Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti». Esta profecía se refiere a:
 a) Tiro b) Roma
 c) Sodoma d) Babilonia

* * *

Lo que tenemos en Cristo

Un amor que nunca puede igualarse; una vida que nunca puede ser superada; una virtud que nunca puede empañarse; una paz que no puede ser quitada; un descanso que nunca puede ser turbado; un gozo que nunca puede disminuir; una esperanza que nunca puede nublarse; una luz que nunca puede extinguirse; una felicidad que nunca puede ser interrumpida; una fuerza que nunca puede ser debilitada; una pureza que nunca puede ser manchada; una belleza que nunca puede marchitarse; una sabiduría que no puede ser confundida. Todos estos bienes jamás pueden ser agotados.

Dwight L. Moody.

Una mirada bíblica a la clonación.

Todos íbamos a ser dioses

Ricardo Bravo M.



Parafraseando un poema de la poetisa Gabriela Mistral («Todas íbamos a ser reinas»), el título de este artículo apunta a la sensación que hoy se tiene respecto a ciertas biotecnologías, en donde los seres humanos pareciera que jugamos a ser dioses, al haber llegado a descubrir y empezar a controlar las moléculas que regulan los procesos vitales dentro de la célula y que son las que en último término controlan la esencia de la vida en los organismos. Estas biotecnologías son: la ingeniería genética, que puede llegar a alterar los genes a voluntad en un organismo dado; en segundo lugar la genómica, ciencia que ha descifrado el genoma, identificando los genes uno a uno; y finalmente la clonación, que apunta a obtener copias de organismos. Si bien estas tres tecnologías enfrentan aún limitaciones importantes, hay quienes piensan que dentro de poco entraremos en la época de los

animales y personas de «diseño», creados a la voluntad de su hacedor.

Precisamente, una de las maravillas de la vida es que ésta pueda continuar de un organismo a otro, y ante la imposibilidad de crear un ser vivo en el laboratorio, hoy se cuenta con lo más cercano que es la clonación, la que unida a la ingeniería genética y a la genómica, podría llegar a moldear y repetir organismos a voluntad.

La clonación en la naturaleza

La clonación no es una invención científica original. En realidad, forma parte importante de un modo de perpetuación natural de muchos grupos de organismos vivos; desde bacterias y hongos hasta animales y vegetales. La palabra «clon» deriva del griego *klon*, que se traduce como «retoño» o «brote». En biología corresponde al individuo que ha nacido de un solo progenitor por vía asexual, a partir de fragmentos de ADN

o de algunas líneas celulares.

La clonación en el mundo natural no es más que modos de reproducción asexual; esto es, la producción de organismos descendientes que proceden de un solo progenitor, sin necesidad de una pareja y sin fecundación. La progenie resultante es genéticamente idéntica a su progenitor, puesto que no ha habido participación de genes de otro organismo que sirva como pareja. La reproducción por clonación es común en organismos microscópicos simples como las bacterias, o más complejos como los protozoos; en organismos multicelulares como las hidras y medusas, y también en otros animales más desarrollados como la estrella de mar.

También en vertebrados puede ocurrir reproducción por clonación, aunque esto es más bien la excepción que la regla. Es el caso de las lagartijas de cola de látigo en las praderas secas y desiertos de EE.UU. y norte de México (Campbell et al. 2000). En este caso, una lagartija hembra produce los óvulos que, sin ser fecundados por un gameto masculino, se desarrollarán en varias hembras descendientes clonadas. En los mamíferos la clonación es más difícil y sólo ocurre en aquellos gemelos monocigóticos que son idénticos. En este caso, el huevo fecundado o cigoto se divide en dos dentro del útero, y origina a dos descendientes que son prácticamente iguales entre sí, aunque diferentes de sus padres.

En los vegetales, la clonación es común y se llama reproducción vegetativa. Ocurre desde organismos pequeños como algunos ajos que han quedado almacenados por algún tiempo y empiezan a emitir brotes reproductivos, hasta los enormes pinos secuoya, los que producen pequeños pinos (vástagos) a partir de sus raíces. Son pequeños clones que con los años se convertirán en árboles gigantes.

Lo novedoso de la clonación en el ámbito científico es que no sólo se trata de dividir un cigoto o huevo fecundado para producir gemelos, sino que corresponde a una manipulación más compleja, que involucra la transferencia del núcleo de una célula de un animal que actúa como donante, a un ovocito o célula equivalente que hace las veces de receptor y al que se le ha extraído previamente el núcleo (para que sea el núcleo del donante quien tome el control del desarrollo del organismo con sus genes). La célula huevo producida, la cual contará con los mismos genes del donante, se traslada desde la cápsula de Petri del laboratorio hasta el útero de una hembra receptora para que continúe su desarrollo embrionario. A su tiempo, ésta dará a luz un organismo clonado.

La rana y la oveja

En febrero de 1997, un grupo de científicos escoceses anunció que habían clonado una oveja, a la que llamaron «Dolly», resultando ésta ser una copia genéticamente idéntica a su progenitora. La oveja había nacido varios meses antes (Julio de 1996), pero sus «creadores» se aseguraron que sobreviviera lo suficiente antes de dar a conocer la noticia que impactaría a la opinión pública mundial. Después de todo, el embrión que luego originó a Dolly había resultado sólo después de muchos fracasos (Wiltmut et al. 1997). De 277 intentos de fusionar el ovocito receptor con el núcleo del donante, sólo 8 lograron desarrollarse como embriones, y de ellos, solamente uno continuó su desarrollo hasta su nacimiento como animal, el que correspondió a la famosa oveja. «Dolly» pasó a ser el primer mamífero clonado, aunque en realidad hacía ya un par de décadas que biólogos genetistas americanos estudiaban

la clonación, habiéndose logrado por primera vez esta técnica en una rana en 1952.

Lo anterior refleja que aunque se especula bastante con la clonación por manipulación de células, los más experimentados en esta técnica a escala mundial sólo consiguen coronar con éxito menos del 0,3 % de sus experimentos. Se ha invertido cifras fabulosas de dinero, pero los resultados van siendo demasiado lentos. El Instituto «creador» de la oveja «Dolly» cerró sus puertas en el 2002, luego de que sus acciones se desplomaran en la bolsa. La clonación, por tanto, no se presenta fácil, y menos aún todas las limitaciones que habrá que despejar con los problemas que presentan los animales clonados.

«Dolly» hubo de ser sacrificada porque presentaba las condiciones físicas de un animal viejo en extremo, a pesar que sólo tenía seis años. Exhibía una cojera en una de sus patas traseras y una menor longitud en los telómeros, estructuras responsables de la división celular que están presentes en los cromosomas (una célula de un animal joven cuenta con telómeros de mayor longitud que una misma célula de un animal más viejo). Los científicos piensan que la célula donante que se utilizó en la clonación no partió de cero con la edad, sino que mantuvo su «reloj biológico» original, es decir 6 años, el que correspondía a la edad de la oveja de la cual se obtuvo la célula donante. Por tanto, si se le suman los seis años que vivió «Dolly», se llega al máximo promedio que vive un animal de esta especie (12 años).

Clonación humana

Los científicos Ian Wilmut y Keith Campbell, quienes «crearon» a la oveja «Dolly» por clonación, relatan en su libro «La Segunda Creación» (2000), que no serían partidarios de la clonación

reproductiva en humanos, debido a los diversos peligros genéticos y de diversidad biológica que ello encierra, además de las consideraciones éticas y bioéticas. Pero como la historia nos recuerda que lo que puede llegar a hacerse, algún día alguien lo hará de todas formas (como ocurrió con la ciencia nuclear y su posterior uso con fines bélicos), habrá quienes se salten todas las barreras y terminen practicando clonación reproductiva en seres humanos, no importando los fines por los que se realice.

Sin embargo, conviene derribar algunos mitos gestados en la matriz de la especulación clónica. Un ser humano generado por clonación ¿será una copia exacta, tanto en lo físico como en lo psicológico, de su progenitor que aportó la célula donante? ¿Qué ocurre con el alma del ser clonado, es sólo biológico y por tanto no tiene alma? Si clonamos a 10 personas ¿son todas fotocopias unas de otras? Cuando se produjo la noticia de la clonación de «Dolly» en 1997, muchos semanarios y revistas mostraron en sus portadas repeticiones seriadas de un determinado animal o persona. Tal vez una de las más impactantes fue la que mostró la revista alemana *Der Spiegel*, presentando en su portada a Hitler, y a una compañía de clones a su lado. Otros propusieron clonar a grandes músicos del Barroco o Romanticismo, o a grandes artistas, políticos, etc.

Pero lo cierto es que nunca un clon será igual a otro, excepto en su apariencia física. Esto es así porque un animal o un ser humano es el resultado de la interacción de muchos factores, no sólo de la genética. Factores claves en la modelación de un organismo son el medio ambiente en que se desarrolla; en el caso de un ser humano, la educación recibida, la alimentación, las experiencias de vida, etc. Pero por sobre todo, lo que hace la diferencia entre

clones humanos es que el alma y el espíritu no son susceptibles de clonación, ni tampoco pueden ser engendrados por los padres, porque la inclusión y participación de éstos en la constitución de un ser humano, van mucho más allá de la esfera biológica y se enmarcan en el accionar creador de Dios.

Contamos con un ejemplo de clonación natural humana en el caso de los gemelos monocigóticos. Son personas altamente similares en su aspecto físico, comparten la misma talla en sus ropas, sin embargo su individualidad y carácter propio son evidentes aún desde sus primeros días de vida. Los dos gemelos tienen su personalidad y temperamentos propios, su alma y espíritu únicos.

La clonación humana se ha relacionado con la eugenesia («mejoramiento genético de la especie humana»), lo que le ha conferido un estigma notorio, dejándola bajo la atenta mirada de las ciencias jurídicas y de la ética, las cuales han condenado fuertemente los experimentos eugenésicos registrados en la historia reciente, y hacen lo propio con la clonación reproductiva.

Un interesante trabajo que aborda esta problemática fue publicado por Costa (2005), quien cuestiona el sujeto sobre el cual interviene la clonación humana. A continuación, un breve resumen de los aspectos más importantes.

Criterios de juicio: «Se interviene sobre un embrión humano, no sobre «algo», no sólo sobre un material biológico, sino sobre «alguien», igual a cualquiera de nosotros»; «Debe ser tratado como fin en sí mismo (el embrión) y nunca como un mero medio para los fines de otras personas».

Clonación reproductiva humana: «Se interviene sobre el embrión sin finalidad terapéutica, atentando contra su vida

y su integridad, de manera voluntaria y evitable»; «Se busca y se quiere al «hijo» producido por clonación no por sí mismo sino como medio, como un bien útil o un bien de consumo para satisfacer los deseos de los progenitores. La «eugenesia positiva» es contraria a la dignidad humana»; «No respeta el derecho de todo ser humano a la unicidad biológica, a la diversidad y la singularidad»; «Es la forma más esclavizante de manipulación genética, porque no busca modificar, sino fijar unas características genéticas»; «No respeta el derecho de ser traído a la existencia en el matrimonio y a nacer y crecer en relación y referencia a los padres verdaderos».

La paternidad-maternidad en la clonación humana: «La participación del hombre y la mujer en la procreación se convierte en un hecho marginal, y quedan reducidos sólo a proveedores de material genético»; «Se produce una instrumentalización radical de la mujer, quedando reducida a algunas de sus funciones puramente biológicas (proveedora de óvulos, de útero de alquiler)».

Clonación, ovnis y sectas

Una nueva secta originaria de Canadá se ha inspirado en la clonación para darle curso a desviaciones filosóficas y religiosas; se trata de «los Raelianos». Fundada por su líder Rael, cuyo nombre significaría «dios que trae la luz» (Ra = luz y El = dios, abreviado de Elohim). Los dioses extraterrestres (elohim) habrían invitado a Rael a su nave espacial, en donde le ordenaron que confiriera a sus seguidores el don de la eternidad (Graef 2004). Producto de que los dioses eran del siglo XXI, decidieron que este paso a la eternidad se hiciese por clonación. De esta manera se solucionaba la eternidad física. Además, la secta asegura que pronto podrá transfe-

Lo interesante de esto es que en el hebreo original, la palabra *hueso* aparece como *sustancia*. Por tanto, al reemplazar la frase queda como «sustancia de mi sustancia»; o, como debiéramos decirlo hoy en la terminología de la biología reproductiva asexual, una copia idéntica entre organismos, un perfecto clon.

rir la memoria del donante a su clon (por cierto que no existe científico en el mundo que sepa cómo se configura la memoria en forma física).

En diciembre del 2002, la Dra. Brigitte Boisselier, directora de la compañía «Clonaid» y obispo de la secta los Raelianos, entregó una impactante noticia al señalar que había nacido el primer bebé por clonación. Una niña a la que habrían llamado Eva, clonada a partir de células de una mujer norteamericana de 31 años a la que a continuación se le implantó el embrión para que lo gestara. Posteriormente, ha habido otros anuncios de clonación humana en Corea del Sur e Italia. La negativa de todos estos clonadotes de someter a sus niños clonados a un estudio de ADN para comprobar si realmente ha habido clonación, indica que nos hallamos ante una falsedad. El mundo científico, político y religioso ha exigido estas pruebas, que obviamente no pueden dar porque no ha ocurrido clonación humana (todavía).

Clonación divina

El libro de Génesis relata una forma de reproducción particular que utilizó Dios sobre el cuerpo de Adán para formar a Eva en el inicio de la especie humana: *«Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras este dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: ¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Será llamada «Mujer» porque del hombre fue tomada»* (Génesis 2:21-23).

En más de alguna ocasión ya sea en el colegio o en la universidad habremos escuchado burlas acerca de lo absurdo de estos pasajes del Génesis y de lo ridículo que sería aquél que aceptase que a partir de un pedazo de hueso se pudiera formar un ser humano. Pero muchos de aquellos que se han burlado, hoy se sienten maravillados ante el descubrimiento científico de formar a un organismo a partir de una célula madre o de alguna célula somática fusionada con un ovocito enucleado. No obstante, pocos se darán el trabajo de reconocer que ésta fue la forma (no sexual) que utilizó el Creador del hombre para producir la primera reproducción humana, cuando sólo había un hombre sobre la tierra sin una pareja para procrear. De modo que quienes se burlaban ya no tienen argumento para reírse de la afirmación bíblica.

Pero algunos pueden pasar al escepticismo y plantear que tal vez los escritos del Génesis son recientes y están acomodados a los hallazgos de la ciencia. Este es el argumento utilizado para desconocer muchas profecías, afirmando que éstas se habrían escrito después de los hechos que ellas señalan. Pero entonces la cura para este escepticismo será acu-

dir a las pruebas arqueológicas, las cuales nos aportan los manuscritos antiguos, fechados como tales científicamente. Allí aparece el mismo relato en donde el Señor toma una parte del sistema óseo de Adán para formar a Eva, y posteriormente Adán dirá que la mujer formada tiene la misma composición que él («carne de mi carne, hueso de mis huesos»).

Lo interesante de esto es que en el hebreo original, la palabra «hueso» aparece como «sustancia». Por tanto, al reemplazar la frase queda como «sustancia de mi sustancia»; o, como debiéramos decirlo hoy en la terminología de la biología reproductiva asexual, una copia idéntica entre organismos, un perfecto clon.

Las «células troncales» o «células madre» pueden ser encontradas principalmente en dos partes del cuerpo: en el cordón umbilical del recién nacido y en la médula ósea de huesos largos y costillas. Conocimiento científico que respalda absolutamente lo señalado en la Escritura Sagrada hace más de 4000 años, cuando nadie había visto y ni tan siquiera imaginaba que nos componíamos de células, y que de sólo algunas de ellas se pueden obtener células madre o troncales, capaces de formar un individuo entero. Evidencias más que contundentes para que la risa y el escepticismo den paso a un mayor reconocimiento de lo escrito, no solamente en el Génesis, sino en toda la Biblia.

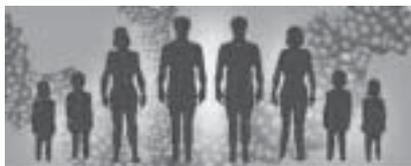
Las células troncales capaces de llegar a producir un organismo completo por medio de la clonación no es una técnica nueva que pueda ser adjudicada como un descubrimiento original de la ciencia, sino que fue utilizada a la perfección por el Creador para formar una pareja a partir del único hombre que Él había creado. No creó a Eva de la misma forma que a Adán sino que la hizo a partir del

propio Adán. Esto, para que no fuese una criatura con una constitución distinta, sino para que tuviese su misma sustancia y llegasen a ser una «sola carne» una vez que se hubiesen unido en matrimonio, y a partir de allí se concibieran hijos en pareja, de la manera que conocemos se ha reproducido la especie humana hasta hoy.

Sin duda, el ser humano seguirá jugando a ser dios, ayudado de la ciencia y la tecnología, y con ello podrá producir importantes beneficios para su especie, pero también insospechados daños. De momento, la clonación reproductiva en humanos atenta contra el carácter sagrado de la vida humana y también contra el propósito divino de la procreación, estructurado sólo en el ámbito de la familia. Pero la familia es una institución que está perdiendo cada vez más su fuerza estructural, en donde la clonación reproductiva viene a ser sólo un elemento colaborador más.

Bibliografía

- Campbell N. M Lawrence & J. Reece. 2000. *Biología, Conceptos y relaciones*. 3ª Edición. Pearson Educación, 896 pp.
- Costa J. 2005. *Ética de la vida y de la salud*. Cuestiones de Bioética. 133 pp.
- Graef C. 2004. *Nuevos movimientos religiosos y clonación, la oferta de clonaid*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Reina Valera. 1995. Santa Biblia.
- Wilmot I., K. Campbell & C. Tiedge. 2000. *La segunda creación*, Ediciones Barcelona.
- Wilmot I., A. Schnieke, J. McWhir, A. Kind & K. Campbell. 1977. *Viable offspring derived from fetal and adult mammalian cells*. *Nature*, Vol. 385, pp. 810-813.



Milagros en una prominente familia hindú.

La muerte de un Gurú



Rabi Maharaj

A pesar de lo satisfactoria que pueda llegar a ser la vida, hay siempre algún pesar cuando uno mira hacia atrás. Mi más profundo sentimiento de pérdida involucra a mi padre. Muchas cosas han pasado desde su muerte. Me pregunto a menudo lo que sería compartirlo todo con él, y cuál sería su reacción.

Nosotros nunca compartimos algo en nuestras vidas. Debido a los votos que él había hecho antes de que yo naciera, nunca me habló o me prestó la menor atención. Apenas dos palabras suyas me habrían hecho indeciblemente feliz. Cómo hubiese querido oírle decir sólo una vez: «Rabi, hijo». Pero él nunca lo hizo. Durante ocho años, no profirió una palabra. El estado de trance que él había logrado se considera en el Oriente un estado de conciencia más alta y sólo puede ser obtenido a través de la meditación profunda.

«¿Por qué mi padre es así?», preguntaba yo a mi madre, aún demasiado joven para entender. «Él es alguien muy especial, es el hombre más grande que tú podrías tener como padre», me contestaba ella. «Él está buscando el verdadero Yo que hay dentro de todos nosotros, el único ser más allá del cual no hay ningún otro. Y eso es lo que tú también eres, Rabi».

Mi padre había dado un ejemplo, era una persona notable, había ganado la admiración de muchos, y era inevitable que a su muerte su manto caería sobre mí. Sin embargo, yo nunca había pensado que aquel día fatídico llegaría siendo yo aún un niño. Cuando él murió, sentí que lo había perdido todo. Aunque apenas lo había conocido como padre, él había sido mi inspiración —un dios— y ahora estaba muerto.

En el funeral, su cuerpo fue puesto sobre una gran pila de leña. El pensamien-

to de su cuerpo siendo sacrificado a Agni, el dios del fuego, agregó una nueva dimensión de misterio al desconcierto y al profundo sentido de pérdida que ya me agobiaba. Cuando las llamas lo envolvieron, no pude acallar mi angustia. «¡Mamá! ¡Mamá!», grité. Si ella me oyó sobre el rugido de las llamas, pareció no darse por enterada. Como una verdadera hindú, ella tuvo fuerzas para seguir la enseñanza de Krishna: no la vi llorar mientras el fuego consumía los restos de mi padre.

Después del funeral, fui el sujeto favorito de los quirománticos y astrólogos que frecuentaban nuestra casa. Nuestra familia nunca tomaba una decisión importante sin consultar a un astrólogo, así que era vital que mi futuro fuese confirmado de la misma manera. Era alentador saber que las líneas de mis manos, los planetas y las estrellas vaticinaban que yo llegaría a ser un gran líder hindú. Yo era obviamente un vaso escogido, destinado al éxito temprano en la búsqueda de la unión con Brahma (el Uno). Las fuerzas que habían guiado a mi padre ahora estaban conmigo.

Cuando tenía sólo once años, muchas personas se postraban ante mí, depositando a mis pies ofrendas en dinero, ropas y otros tesoros, y colgaban guirnaldas de flores en mi cuello en las ceremonias religiosas. Yo amaba esos rituales en la sala de nuestra casa, donde amigos y parientes se apiñaban. Allí yo era el centro de atención. Disfrutaba moviéndome entre mis adoradores, rociándoles agua bendita o marcando sus frentes con pasta de sándalo.

Sin embargo, mientras veraneaba en la propiedad de una tía, tuve mi primer encuentro real con Jesús. Un día en que paseaba disfrutando del paisaje, fui sobresaltado por un sonido susurrante en la maleza detrás de mí. Me volví rápida-

mente y vi con horror que una gran serpiente venía hacia mí, amenazante. Me sentí paralizado; quería correr, pero era incapaz de moverme.

En ese momento de terror, vino desde el pasado la voz de mi madre, repitiendo unas palabras que yo había olvidado hacía mucho tiempo: «Rabi, si alguna vez estás en grave peligro y nada más parece funcionar, hay otro dios al que puedes rogar. Se llama Jesús».

«¡Jesús, ayúdame!», intenté gritar, pero mi voz salió ahogada y escasamente audible. Ante mi asombro, la serpiente dio la vuelta y rápidamente se perdió en la maleza. Jadeante y todavía temblando, yo estaba lleno de gratitud a este dios asombroso, Jesús. ¿Por qué mi madre no me había enseñado más acerca de él?

Durante mi tercer año en la escuela secundaria, experimenté un progresivo y profundo conflicto interior. Mi conocimiento creciente de Dios como el Creador, separado y distinto del universo que él había hecho, se contradecía con el concepto hindú de que el dios era todo, que el Creador y la creación eran una misma cosa. Si había sólo una Realidad, entonces Brahma era tanto el mal como el bien, la muerte como la vida, el odio como el amor. Eso hacía de todo algo sin sentido, la vida así era un absurdo. No era fácil mantener la cordura viendo que lo bueno y lo malo, el amor y el odio, la vida y la muerte eran una misma Realidad.

«Rabi, si alguna vez estás en grave peligro y nada más parece funcionar, hay otro dios al que puedes rogar. Se llama Jesús».

Un día, una amiga de mi primo Shanti cuyo nombre era Molli, vino a visitarnos. Ella me preguntó si yo había hallado la realización personal en el Hinduismo. Tratando de ocultar mi vaciedad, le mentí, y le dije que estaba muy feliz y que mi religión era la Verdad. Ella escuchó pacientemente mis pomposas y aun arrogantes declaraciones. Suavemente, sin discutir, Molli expuso mi vacío, con preguntas cortésmente expresadas.

Ella me dijo que Jesús la había reconciliado con Dios. También me dijo que Dios es un Dios de amor y que él desea que nosotros estemos cerca suyo. No obstante, yo resistí obstinadamente, decidido a no renunciar a mis raíces hindúes.

Sin embargo, me encontré preguntando: «¿Qué es lo que te hace tan feliz? Tú debes haber estado practicando mucha meditación».

«Lo hacía», contestó Molli, «pero ya no más. Jesús me ha dado una paz y alegría que nunca antes conocí». Luego dijo: «Rabi, tú no pareces muy feliz, ¿verdad?».

Yo bajé mi voz: «La verdad, no soy feliz; quisiera tener tu gozo». ¿Estaba diciendo yo esto?

«Mi alegría es porque mis pecados han sido perdonados», dijo Molli. «La paz y la alegría vienen de Cristo, cuando se le conoce de verdad».

Hablamos durante largas horas, sin percibir cómo pasaba el tiempo. Yo quería tener su paz y su alegría, pero estaba resuelto a no abandonar por ningún motivo mi religión.

Cuando ella se iba, me dijo: «Antes de que te acuestes esta noche, por favor, ponte de rodillas y pídele a Dios que te muestre la Verdad. Yo estaré orando por ti». Luego se despidió.

En mi orgullo, intentaba rechazar

todo que Molli había dicho, pero estaba demasiado desesperado como para mantener mi posición. Esa noche, caí sobre mis rodillas, consciente de que estaba cediendo ante su demanda.

«¡Oh, Dios, el verdadero Dios y Creador, por favor, muéstrame la verdad!». Algo dentro de mí se encendió. Por primera vez en mi vida, sentí que realmente había orado y había tocado, no a una Fuerza impersonal, sino al verdadero Dios que ama y protege. Cansado ya para pensar, me arrastré a la cama y me dormí casi al instante.

Poco después, mi primo Krishna me invitó a una reunión cristiana. Me sorprendí yo mismo de nuevo respondiendo: «¿Por qué no?». Mientras íbamos Krishna y yo, se nos unió Ramkair, un nuevo conocido suyo. «¿Sabes tú algo acerca de esta reunión?», le pregunté a Ramkair, ansioso de conseguir un poco de información anticipada.

«Algo», respondió. «Hace poco tiempo que soy cristiano».

«¡Cuéntame!», le dije ávidamente, «¿Realmente Jesús cambió tu vida?». Ramkair sonrió ampliamente. «¡Seguro que lo hizo! Todo es diferente para mí ahora». «¡Es realmente cierto, Rab!», agregó Krishna con entusiasmo. «Yo me he vuelto cristiano también, hace sólo unos días».

El predicador habló sobre el Salmo 23, y las palabras: «El Señor es mi pastor» hicieron brincar mi corazón. Después de la Palabra, el predicador dijo: «Jesús quiere ser tu Pastor. ¿Has oído su voz en tu corazón? ¿Por qué no le abres tu corazón ahora? ¡No esperes hasta mañana; puede ser demasiado tarde!». El predicador parecía estar hablándome directamente.

Yo no podía esperar más. Pasé adelante y me arrodillé delante de él. Él son-

rió y preguntó si alguien más quería recibir a Jesús. Nadie más lo hizo. Entonces pidió a los asistentes que se acercaran a orar por mí. Por años, los hindúes se habían postrado ante mi presencia – y ahora yo estaba arrodillándome delante de un cristiano.

En voz alta, repetí después de él una oración. Cuando el predicador dijo el «Amén», sugirió que yo orase con mis propias palabras. Quietamente, ahogando por la emoción, yo empecé: «Señor Jesús, yo nunca he estudiado la Biblia, pero he oído que tú moriste por mis pecados en el Calvario, para que yo sea perdonado y pueda reconciliarme con Dios. ¡Por favor, perdona todos mis pecados, y entra en mi corazón!».

Antes de terminar, supe que Jesús no era sólo otro de los varios millones de dioses. Él era la manifestación del Dios a quien yo había anhelado. Él era el Creador. Él me había amado de tal manera que se hizo hombre para morir por mis pecados. Con esa revelación, las densas tinieblas parecieron esfumarse y una luz resplandeciente inundó mi alma.

De vuelta a casa, Krishna y yo nos encontramos con la familia entera esperándonos, pues se habían enterado de lo ocurrido. «¡He aceptado a Jesús en mi vida!», exclamé con gozo, mirando a sus caras sobresaltadas. «¡Es glorioso! No puedo expresarles cuánto significa él para mí». Algunos familiares parecían ofuscados y desorientados; otros estaban felices por mí. Pero en un breve lapso de tiempo, trece de nosotros terminamos dándole nuestros corazones a Jesús. Fue

algo asombroso.

Al día siguiente, con Krishna, caminamos resueltamente a la sala de culto hogareño. Juntos, acarreamos todo al patio: los ídolos, las escrituras hindúes y los adornos religiosos. Quisimos librarlos de todo lazo con el pasado y con los poderes de oscuridad que nos habían cegado y nos habían esclavizado por tanto tiempo. Cuando todo fue apilado en un montón, encendimos fuego y contemplamos las llamas consumiendo nuestro pasado. Las diminutas figuras a las que una vez reverenciamos como dioses se volvían cenizas. Nos abrazamos y dimos gracias al Hijo de Dios que había ido a la muerte para darnos libertad.

Mis pensamientos se remontaron a la cremación de mi padre. En contraste con nuestro nuevo gozo, aquella escena había despertado una pena inconsolable. El cuerpo de mi padre había sido ofrecido a los mismos dioses falsos que ahora ardían delante nuestro. Parecía increíble estar participando con tanta alegría en la destrucción de lo que representaba todo aquello en lo cual yo había creído una vez tan fanáticamente.

En cierto sentido ésta era mi propia ceremonia de cremación – el fin de la persona que yo había sido una vez... la muerte de un gurú. El viejo Rabi Maharaj había muerto en Cristo. Y de esa tumba se había levantado un nuevo Rabi en quien Cristo estaba viviendo ahora.

Nota del editor: Rabi vive actualmente en California y está dedicado a la evangelización por el mundo. (Copyright 1994 Christian Research Institute).

* * *

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1B, 2A, 3A, 4D, 5A, 6B, 7C, 8C, 9B, 10A, 11A, 12C, 13D, 14B, 15D, 16B, 17D, 18C, 19B, 20C, 21D.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Sitio web

Permitame felicitarles por la página Web, la cual visito con frecuencia y he recomendado a otros siervos. Todo lo que he encontrado en ella me ha sido de gran bendición, en especial la revista. Los libros, me he tomado la libertad de compartirlos con otros hermanos que igualmente aman al Señor y desean conocerlo. Les expreso todo mi cariño y apoyo en esta tarea de expandir el conocimiento del único Dios verdadero.

Jean Paul López, Colombia.

Boletín

Que el Señor siga bendiciendo rica y abundantemente al equipo de Aguas Vivas, que nos bendice a través de sus publicaciones. Queremos imprimir un boletín juvenil, y por ello les pedimos permiso para publicar algunos artículos de su sitio web. Su autorización derivaría en bendición para nuestros jóvenes y toda la congregación.

Miguel Frías, Sto. Domingo, R. Dominicana.

Mensajes

Es con mucha alegría que recibimos los mensajes en audio. Están siendo de gran edificación para nuestras vidas. Cada vez que escucho a los hermanos, recuerdo al apóstol Pablo, pues son palabras profundas y de mucho valor. Muchas gracias a los hermanos de Chile por el apoyo que nos han dado en todo este tiempo. Sentimos una alegría muy grande, pues ustedes han sido de gran bendición para nuestras vidas.

Celio Batista, Aruba.

En la cárcel

Estoy muy agradecido por la revista Aguas Vivas; es una bendición del cielo. Ahora las uso en la cárcel; se las llevo a los hermanos y ellos las leen. Cuando terminan me las devuelven y les presto otras, porque no quiero desahacerme de ellas. Gracias por todo. El Señor les ayude y provea para todas sus necesidades.

E. C., Cuba.

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 7 · Nº 39 · Mayo - Junio 2006

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, David Wilkerson, Christian Chen, Gino Iafrancesco, Ricardo Bravo, Rodrigo Abarca.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com
Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com